

HAIM H. LOPEZ - PENHA

# LA PANDILLA

NOVELA DOMINICANA



*EDITORIAL EL DIARIO*  
*Santiago, República Dominicana*



12467

**BIBLIOTECA**  
**República Dominicana**

DE LA  
PAR  
*La Presidencia*

LA PAINDIA

OK  
2004



RD  
863.44  
L8644

OBRAS DEL AUTOR

*Hidalguía Antillana*, novela.

*Senda de Revelación*, novela.

*Renacimiento*, novela.

*Breviario de Luz y Amor*, ensayo.

000343





11.50  
0.28



0343



## INVOCACION

*Quiero tañer acordes de otra era  
en mi cítara de oro y de marfil,  
y entonar mi canción de primavera,  
la jocunda eclosión de un rubio abril.*



## CAPITULO I

### MI PANDILLA Y YO

La muy reputada institución de la pandilla es tan antigua como el mundo. Existió desde que hubo muchachos valerosos que, conscientes de su fuerza y libertad, se dieron a la tarea de ejercitarlas a escondidas de sus padres y para tormento del vecindario.

Descubrir y explotar los mejores baños en ríos y playas para gozar de su delicia; decretar e imponer el comunismo en los dominios de los árboles frutales; practicar el honroso duelo singular, la pelea, y llevarlo a cabo colectivamente en batallas campales o simples maniobras de guerrillas, ya sirviéndose de frutas verdes como proyectiles, ya a pedradas, cuando el honor propio o el del vecindario estuviesen comprometidos. He aquí sus esenciales actuaciones como organismo.

Los archivos nacionales y el de Indias nada dicen de cómo funcionó la pandilla de los indiecitos quisqueyanos. Es de suponer que aquellos hijos de nuestra madre común, la Naturaleza, que vivieron más en contacto con ella que nosotros, fueran, seguramente, mejores nadadores, cazadores, pillos de



frutas ajenas y trepadores de árboles y riscos, que los miembros de la pandilla dominicana, cuya historia me esfuerzo en esbozar para que no se olvide la escuela preparatoria de nuestros hombres bravos.

Me atrevería a jurar que Ramón Matías Mella, primero, entre los héroes del 27 de Febrero, que disparara en el año de gracia de 1844 el trabucazo decisivo de una jornada inmortal, tampoco debió tener escrúpulos en sus inquietos años mozos, para iniciar, con audaz actitud, la solución más radical en cualquier comprometida empresa que interesase a la cofradía de pichones de héroes de su barrio.

Cuando hablo de "mi pandilla", el pronombre posesivo no indica que yo fuese su fundador ni el dueño de la misma. Al contrario, yo era suyo, en cuerpo y alma como lo fueron los demás miembros, entre los cuales había categorías, conforme a la manifestación personal del valor y de la fuerza, a la audacia y a la iniciativa y todo ello movido por el dinámico y generoso impulso del espíritu de la vida humana: el entusiasmo.

La plana mayor la constituíamos cuatro; entre éstos el "Gacho" y yo, cuya posición central dentro de nuestra sociedad era similar a las semillas gemelas del mamey. La masa se adhería a nosotros. Los otros principales tenientes eran dos primos míos. Ambos vestían sotanas ocasionalmente y, si no fuese muy osada la comparación, diría que representaban el tipo del clérigo sintético; se llamaban Manolín y Toñito.



El de la idea de hacerse monaguillos fué Manolín. ¡Felicísima ocurrencia! A no ser por ella, ¿que hubiera sido del tesoro de la pandilla?

Cuando entré a formar parte de nuestra guerrilla tenía ésta por jefe único y muy respetado, al "Gacho". Al principio le "caí" muy mal. Y maldito el esfuerzo que hizo por ocultarlo. Su primera objeción fué dirigida a mi manera de vestir y me calificó de "figurín". Luego argumentaba, con justificado recelo, que mi procedencia era harto sospechosa. En realidad y, todavía hoy, no me atrevo a negarlo: ¡soy "miguelete!" Caballero de alta alcurnia por haber nacido allí, donde la cuesta de San Miguel descansa en su esfuerzo por empinarse, para ofrecer solar de preferencia a la iglesia dedicada al bravo arcángel de la flamígera espada. Un pie de este miembro prominente del estado mayor celeste, tiene por alfombra la piel del diablo. Afirmino que sólo es la piel rellena de paja, porque el espíritu del Maligno se dice que inspiraba entonces las acciones de los belicosos y fiesteros moradores del famoso barrio. Hago constar que he dicho entonces, pues hoy no me afirmaría en tal exclusividad. ¡La semilla satánica es muy prolífica y no repara en la calidad del terreno!

Después de lo expuesto se comprenderá, y convengo en ello, que la suspicacia del "Gacho" respecto a mi presona, no carecía de fundamento.

En la infancia del hombre es donde encuentra más espontánea e ingenua expresión, el sentimiento de la fraternidad humana.

Los miembros de la pandilla de mi barrio y de mi tiempo, formaban una liga casi masónica en miniatura. Allí campeaban por sus fueros, la bravura, el espíritu de empresa, el sentimiento de compañerismo, la discreción y la responsabilidad. ¡Ay del delator ante el maestro o el padre!

Era fácil entrar en la pandilla. Lo peligroso era salir de ella en calidad de expulsado: esto conllevaba una "pela" y el desprestigio. En tales casos era muy aconsejable una mudanza a otro barrio.

La fraternidad "barbareña" debía ser brava y prestigiosa por no serlo menos la de su terrible rival, la "miguelete". Estas dos entidades llegaron a respetarse en fuerza de pelear. Cada una buscó sus zonas de influencia protectoras. Hicieron y deshicieron alianzas en busca de equilibrio de poder. Ambos dominios rivales tenían fronteras peligrosas. A los "migueletes" flanqueaban los tozudos "isleños" de San Carlos; a los "barbareños", los marinos del puerto.

La Virgen del Amparo, patrona de los marinos, cuya imagen se venera en el templo de Santa Bárbara, hizo un milagrito: los marinos y barbareños constituyeron una potencia confederada que anexó y sometió a su obediencia, los barrios de San Antón y San Francisco y formó con ellos un Estado Tapón entre los dominios del Arcángel y del Diablo, por un lado, y el de las dos Vírgenes de tan significativos nombres, por el otro.



La batalla librada por el dominio de la loma de San Antón fué memorable. En esa acción nacieron la fama y el apodo del Gacho. Una pedrada "miguelete" puso sello a su oreja y nombre a su ejecutoria de valiente. La cura realizada de prisa y a hurtadillas, dió por resultado que le quedase la oreja un tanto defectuosa y a su dueño el nombre del "Gacho".

No debe atribuirse a flaqueza de ánimo la derrota que los "migueletes" sufrieron en aquella batalla. Intervinieron en ella las divinidades, desde lo alto de las ruinas de San Francisco, próximas al solar donde se desarrollaba, al igual que los antiguos dioses griegos, cuando pesaban en sus balanzas los destinos de los héroes aqueos y troyanos mientras éstos se batían. Presúmese que en tal ocasión, la santidad del arcángel y la maldad del diablo se neutralizaron, mientras la suma y unidad de las virtudes de dos Vírgenes bonitas, logró que papá Dios, al escuchar su ruego, sonriera en el preciso momento que miraba el platillo de la balanza que interesaba a las zalameras intercesoras. Con esa gracia pesamos más los "barbareños" y nos coronó de gloria. Las vírgenes eran entonces muy jóvenes, se pusieron contentísimas, palmotearon y brincaron de alegría. Se dice más: en medio de la pelea, apareció una amazona hermosa y fuerte, poniéndose a nuestro lado; era brava como el mejor de los combatientes y su intrépido ejemplo decidió el éxito de la jornada. Nadie pudo averiguar quien fuese, pues en lo mejor de la refriega, desapareció por lo umbrío de un patio.

Se dice que el Señor decidió aquella retirada, dándose cuenta de lo que pasaba y temiendo por la belicosa Virgen. Dios sabía que los "migueletes" eran muy capaces de romperle la cabeza de una pedrada, y dirigiéndose a la otra Virgen intercesora, le ordenó: —Amparito, dile a Bárbara que se recoja!

La ley de la pandilla se apoyaba en los puños de sus cofrades, en el vigor y ligereza de sus piernas, en la iniciativa del más repentista y en la bravura de sus corazones. Nuestra fraternidad imponía duras pruebas, casi como en los antiguos misterios: la del fuego, la del agua, la del silencio. Se daba satisfacción a la última, con la discreción; a la segunda siendo experto nadador en mar y en río: los tenientes debían atravesar a nado el caudaloso Ozama. La prueba del fuego se efectuaba la noche de San Juan, al saltar, con ayuda de la garrocha, sobre las fogatas que se hacían, no sólo en medio de la plaza de la Iglesia, sino también en el cruce de las calles, y todo ello según se decía, en honor del santo.

Los patios de entonces solían ser fincas fruteras, y en tal virtud, debían pagar tributo en especie, ya de grado y por dádiva generosa como recompensa por servicios, o —lo mas fácil y frecuente— por hurto, ley de comunismo que practican, por derecho propio y sin miedo, los alados pilluelos en los aires, y los otros, los pichones de hombres, en la tierra. El resultado seguro era esquilmarse los frutales en beneficio y satisfacción de la Pandilla, para su gusto y regodeo.

## CAPITULO II

### U N A P E L E A

Al principio no estaba yo muy conforme con mi posición de tolerado, diríase de miembro supernumerario de la pandilla. Además el "Gacho" estaba deseoso de imponerme su autoridad. Me llevaba dos años, pero yo le igualaba en tamaño y también en fuerza, aún cuando no aparentaba esto último. El "Gacho" tenía tres cicatrices en la cabeza y dos en la cara. Evidentísimos certificados de suficiencia en la profesión de valiente, y lo era de oficio; mientras que yo sólo me atrevía a tan arriesgada empresa cuando no podía hacer otra cosa y me lo imponía la vergüenza. Peligrosa compañía la de la tal señora. Tiene por sobrenombre dignidad y por marido, el honor. Quien anda con ellos no puede retroceder cuando el ánimo pretende flaquear en ciertos lances de perfil heroico. Son tan fuertes y dominadores que, no sólo le detienen a uno, impidiendo una de esas retiradas que se han dado en calificar de estratégicas para ocupar "posiciones ya previstas de antemano", sino que lo lanzan a temerarias aventuras. Templan los nervios para que no tiemblen los miembros



y el corazón normalice su ritmo. Son cosas del espíritu, orientador de la acción hacia la estrella polar del ideal.

El honor es el maestro en la escuela de la ética del héroe.

El heroísmo es una negación del individuo y de la carne, es la afirmación del concepto y del alma.

Hicimos la digresión anterior para comentar el hecho de que el valiente nace, como se dice del poeta. A veces el interesado ignora su calidad y sólo su subconsciente está en posesión del secreto, hasta que llega la hora de la prueba y de la revelación. Después de la acción extraordinaria, al volver a prevalecer en él el estado normal, suele ser el héroe ocasional el primero en asombrarse de su hazaña.

El cielo de la Pandilla estaba nublado. El "Gacho" y yo éramos nubes de opuestas electricidades; el rayo era cosa previsible e inevitable. Existía otra grave circunstancia: el "Gacho" era hijo de obrero y yo de hogar patricio. Sólo había una posible solución en nuestro caso: teníamos que pelear para lograr el recíproco respeto y que nos uniera un perdurable y leal sentimiento de camaradería.

Cualquiera diría en apoyo de lo dicho, que los pueblos de hoy actúan como lo hacían los muchachos de ayer.

No valen prédicas ni sacrificios como el de Jesús. Prevalece siempre la ley de la bestia. El toro triunfante queda amo de las vacas. Sólo cuando lo

## LA PANDILLA

hacen buey, pace manso junto a los otros, pero ya muerto para el amor.

La bestia humana reacciona y aprende gracias al dolor.

En las tormentas de la existencia es el dolor el salvavidas del alma. Por él no se hunde ésta en el abismo y cuando pasa la borrascosa noche y nace la luz y siente el alma su calor, ya sabe cual es el foco de divinidad de donde emana y ha de conducir después su ruta hacia el Oriente Eterno.

Dios es dolor, a veces. El alcázar divino tiene un terrorífico dragón guardián, con el cual hay que batirse y triunfar. Sólo entonces cambia Dios de nombre, se llama amor, y es nuestro.

Lo bueno hay que merecerlo. Así también la belleza está alumbrada y seduce, cuando es vencida la sombra y la tristeza de la fealdad.

Cierto día, aburrido para los muchachos por ser frío y lluvioso, en el intermedio de sol que ofrecieron dos aguaceros, estaban varios miembros de la Pandilla sentados en el suelo, al borde de una acera. Atiné a pasar frente a la reunión. Andaba en diligencias que me encomendaran en casa. Acababa de mudarme de ropa. Llevaba puesto lo mejor de mi percha y mi tirapiedras enganchado en el cinturón.

No bien me alcanzó a ver el "Gacho", exclamó:

—¡Caray, éste sí que viene figurín!

No me gustó el mote y por no aguantármelo repliqué:

—Peor es estar siempre sucio, como un puerco.

Al “Gacho” tampoco le gustó esta indirecta. En esto reparó en mi tirapiedras y, con soberano desprecio, se expresó en estos términos:

—Arroja esa porquería, ni sirve “pá ná”, ni tú te atreves a usarla.

—¿Que no sirve? ¿Que yo no me atrevo?

—Sí, hombre, eso mismo, y si no te gusta no te aguantas.

—¡Anda “pa” el “cará”!—exclamó uno del grupo de los mirones— ¡Guay, si a mi me dicen eso!

“El Gacho” se había puesto en pie. Yo medía los gestos y las intenciones de mi provocador. De repente sentí este mandato interior:

“¡No hay más remedio, tienes que pelear!” Parece que al oír esta voz íntima, me puse pálido. Mi adversario, al notar ésto y observar mi actitud que no implicaba la sumisión habitual en los demás, estaba vacilante en acometerme.

—¡Ay hombre, estos se han “extrañao”; no van a pelear “ná!”, dijo uno de la valla. Y, por si acaso, recogió del suelo un ripio de caña y me lo puso sobre un hombro, al tiempo que decía al Gacho:

—¡A que no le quitas esa pajita!

Ya no había alternativa después de ésto. En el código del honor callejero, eso, y mentarle la madre a uno, eran la última expresión del insulto, y había que pelear.

No bien alargó el “Gacho” una mano hacia el hombro para “quitarme la pajita”, mientras se cu-



bría la cara con la otra, en actitud de boxeador, un derechazo mío le rozó la oreja gacha.

—¡Duro con él, “Gacho”!

—¡Métele, Moncito!

Tales fueron los repetidos gritos de guerra y de aliento de los mirones. ¡Qué gustazo les dimos! Fué una de las mejores peleas. En términos galleros diríamos que “salimos al saco”. Justifica tal apreciación nuestra igualdad en la movida riña, para deleite de la “valla” que gritaba y daba brincos de alborozo a cada lance.

Hubo lluvias de puñetazos, sendos cabezazos, zancadillas cuando nos agarrábamos y varios revolcones por el suelo, hasta que felizmente se oyó este grito:

—¡Un policía!

¡Milagrosa palabra! Como si hubiese sido una ráfaga ciclónica, aventó del sitio a duelistas y testigos.

Por aquellos golpes fuimos y lo somos todavía, grandes camaradas el “Gacho” y yo. Y no sólo eso, sino que por ellos supe que no tenía miedo.

El miedo se interpone muchas veces entre nosotros y nuestras posibilidades de éxito y de ventura. El cobarde no llega hasta Dios, ni logra ninguno de sus bienes, si no tiene el valor de luchar por El y por ellos. Se debe pelear contra el egoísmo y la superstición, contra la aprensión y la villanía. Y sobre todo: contra el mismo miedo.

¿Que no tienes ánimo? Eso no es una verdad absoluta. Atrévete un poquito hoy, mañana algo más. También en ésto valen la constancia y el ejercicio. Con su uso el ánimo crece.

¡Atrévete un día y verás todo lo que puedes!  
Osar es una palabra mágica.

### CAPITULO III

## PORQUE ME LLAMO MONCITO Y ME GUSTA EL MES DE DICIEMBRE

En propiedad mi nombre es Ramón Linares Pe-reyra y Mendoza. También mi padre se llamaba Ra-món y respondía al apodo de "Mon". Como él, papá, y yo, el hijo, así su estatura era grande y la mía pe-queña. A la hora de comer le servían primero; a mí, el último; él tenía la suerte de que le pusieran la pechuga del pollo, que recibía con plácida sonrisa, mientras yo miraba de reojo los muslos que invaria-blemente me tocaban. El, generoso donante de "me-dios" y reales, y yo, ávido perceptor de tales dádivas. Sabio y bien intencionado, dispensador de buenos consejos que sólo escuchaba mi conciencia, si no se oponía a sus gustos. El, autor de mis días, yo consu-midor de ellos; él, la autoridad legal, yo la obediencia en rebeldía; él quien daba el merecido castigo, mientras mi persona recibía o evadía las "injustas pelás". Poseedor mi padre del idioma inglés y del francés, del "patois" haitiano y el "papiamento" cu-razoleño, admirable lector de nuestro sonoro castella-



no, en las primas noches, leía a mi madre con voz cálida y armoniosa, con imponente énfasis, "Los Tres Mosqueteros" y otros diez voluminosos tomos ilustrados, de una novela por entregas; mientras, yo tenía que fingir carraspera para disimular lo pésimo de mi lectura en la escuela. El que había peleado en la revolución de Moya, tenía un despacho de Coronel, un revólver de "a doce", una carabina corta y un sable con empuñadura de cachas de nácar todo colgado de una panoplia en la pared de su despacho. En tanto, ¡que cara pagué yo, como he de referir, la primera y última hazaña de mi modesto tirapiedras!

¿Para qué seguir con la infinita enumeración de señalados contrastes de cantidad y calidad entre mi padre, grande, y mi pequeño yo, de entonces? Basten los anunciados para justificar que en mi casa opusieran, al imponente y grueso "Mon" de mi progenitor, el diminuto "Moncito", de mi incipiente personalidad. Y "Moncito" me llaman todavía, pese a los cinco pies y diez pulgadas del hombre que escribe estas crónicas, a sus ciento setenta libras de peso, a su título de ingeniero, y a otras muchas cualidades que, no porque las calle hoy mi modestia, no sean suficientemente notables para consagrar una personalidad de clase y merecimientos capaces de justificar y sostener un nombre completo sin la infanti- lidad del diminutivo.

Ciertos detalles, que un vanidoso hubiera hecho resaltar, los omito por considerarlos simples regalos de la fortuna y del medio. Fea actitud fuera la

mía si me asomara el orgullo por ser alguna vez dádivo, ya que la Providencia sólo me probó con apuros económicos a corto plazo. O cuando fuí compasivo, por haber recorrido mi alma toda la escala de los dolores. Y esa otra dudosa manifestación de la suerte, la que se refiere al bello sexo, ya que una gruesa de "flirts" y una docena de novias sólo es prueba, en última instancia, de la fácil adaptabilidad a cuanto le rodea, de esa primorosa calcomanía que lleva el nombre de mujer.

También en este último sentido, actuó mi destino por contraste. La noche de una tragedia, parió la aurora de mi ventura amorosa. Pero, no adelantemos la narración de los sucesos posteriores. Cada cosa a su tiempo.

Sólo me resta confesar ahora, honestamente, cierta astucia con que he podido disfrutar de una existencia intensamente vivida, tan condensada de sucesos que sólo apretados pueden encerrarse en los veintiocho diciembres cumplidos gracias a mis buenas estrellas. No por ambicioso, sino por previsión, adopté dos astros inspiradores de mi fortuna: Sirio y Vega. Cada uno preside de modo permanente, su media cúpula de cielo. Yo los adoro, y me dejo alumbrar. Esto a título de protección e inspiración, pues por lo que concierne al sentimiento del amor, y al culto de la Belleza, ya son otros cantares, y la emperatriz de la noche es Venus. Lo que ella ordena e inspira en las horas de su dominio, llena y satura aquellas otras, en las que brilla el sol. Dijérase que



en estas últimas, almacenamos los éxitos, para llevárselos luego en ritual ofrenda a la diosa.

Si por acaso alguien quisiese explicación sobre el cambio de los acostumbrados abriles por los diciembres que a mi ánimo plugo citar al referirme a los años, debe decirse, en primer lugar, que cada cual es dueño de elegir el mes de sus amores, y después plantar esta pregunta: ¿quién se atreve a negar la superior belleza y alegría del mes de diciembre si se le compara con los otros once peldaños de la escalera del tiempo necesarios para alcanzar la dulce meseta del cielo donde florecen las Navidades?

Mal pensador sería quien atribuyese la preferencia y el gusto míos, al hecho de mi nacimiento el último día trece del año. ¿Por qué no ponderar preferentemente, la hermosura sin rival de las frescas mañanitas de diciembre?

¡Triste aquél que no sospeche su milagro! Sus auroras son como dulces y maliciosas sonrisas de Dios que ya contempla el capullo de amor próximo a brotar el veinte y cuatro.

Diciembre debería llamarse Renacimiento.

¿Y qué decir del día de la Virgen del Amparo, patrona de los marineros dominicanos, y de la celebración de su famoso novenario en la iglesia de Santa Bárbara?

Como cumbre de la alegría se acercaba la Nochebuena. La de mi casa era, para mí, única y sin



par. Los "pastelitos" que amasaba, rellenaba y freía mi madre, surgían ampulosamente ventrudos, olorosos y dorados. Quien no hurtó uno de estos para comérselo en la clandestinidad acogedora, no sabe lo que es cosa buena. Los fritos, como los besos, resultan delicia inefable calentitos... y robados. Esta teoría no proviene de la aridez de los libros de texto. Naturalmente, la cosecha de crujientes frituras depende del carácter de la cocinera que, si es amable, no gruñe a los asaltos. La otra, tan cuajada de dulcedumbres, necesita de pasillos discretos, recatados balcones, y de las veredas umbrosas y floridas del jardín.

La empresa de preparar la fiesta de las fiestas, necesitaba la colaboración de todos los miembros de la familia. El que no servía para un menester se empeñaba en otro. Mi padre, por ejemplo, no quería darse por vencido ante la afanosa y entusiasta diligencia de mujeres y muchachos. Salía a cada instante, y al hacer su reaparición cargado de envoltorios prometedores, toda la casa se llenaba con el estruendo de los aplausos y los gritos de júbilo. Mi madre, que siempre fué encarnación de la bondad y modelo de aceptación benigna, que satisfacía sus deseos con las menores dádivas con tal de que llevasen la envoltura del cariño, ofrecía con su mirada plena de alegría la mejor recompensa. No hay gratitud más dulce que la que brota de las sonrisas de una madre, o de la esposa, de la lumbre de sus ojos, cuando la ternura asoma a esas ventanas del cielo de su alma.

Si he de ser verídico, hasta donde mi amor propio lo permite, como pretendo al escribir esta historia, debo confesar con franqueza, que mis ojos sólo veían los paquetes de avellanas, nueces y confites, las cajas de pasas, higos y dátiles, las latas de turrón de Alicante, mazapanes y frutas en su jugo, las botellas de vino de mesa, tostado y licor de oro. La aparición del jamón, triple esencia de lo sabroso, gracias al cerdo, al humo y a la sal de nitro, merecía una ovación especialísima, tanto por su propia ventrada personalidad, como por la brillante oficialidad de su estado mayor: el salchichón, la mortadella, el queso y el pan de leche, las aceitunas y el encurtido. Luego se imponía la presencia de las bellísimas y fragantes manzanas, de las peras con promesa de sus mieles, y sobre todo, de los pezones del seno de nuestra madre Alegría, la delicia de las uvas, la fruta del vino y de los dioses.

Durante el día de Nochebuena, ardían en el patio de mi casa dos fogariles al aire libre. Sobre uno, colocaban la lata en que hervía el jamón. Otro lo coronaba gran vasija repleta de los legendarios maníes, "manicongos" y "lerenes".

Para el mes de diciembre se cebaban, además de un lechón, tres pavos. ¡Pobrecillos!, conforme a a ley y a la fecha fatal de su destino, siempre se llamaban "Moncito, Nochebuena y Año Nuevo". El patrón de las aves de corral nos perdone la mala intención que evidenciábamos al darles de comer y

beber. Hasta después de muertos perduraba el afán de rellenarlos.

Suerte nuestra la de llamarnos cristianos en general y no franciscanos en particular y que no tuviésemos que inspirarnos en los sentimientos del santo que solía llamar hermanas suyas a las bestias. Mal parados hubieran quedado los festines de Pascuas, si sabiéndonos hermanos todas las criaturas del mundo, tuviésemos que vivir conforme al mandato mosaico: "No matarás". Pase, pues, nuestro canibalismo a medias, porque la sabiduría que creó la dentadura, con especialidad los colmillos, y el apetito, el paladar y el estómago, proveyó con amplia generosidad los medios de darles oficio y satisfacción.

Mi padrino era espléndido, por eso solía yo aportar, apreciables cantidad de pertrechos al arsenal de fuegos de artificio destinados al consumo común de la Pandilla: una caja de cohetes chinos, varios paquetes de petardos, metrallas y "busca-pies", un par de docenas de velas romanas de las de veinte bombas luminosas, dos gruesas de "patas de gallina" y fósforos de colores.

Mala ventura la del gato que osara pasearse por la cornisa de una casa del vecindario, o cruzara la calle aunque se metiese con la celeridad del relámpago por un caño de desagüe. Las bombas de las velas de bengala tenían una irresistible predilección por chamuscarle la piel. El fuego que solía hacer la Pandilla desde la acera de mi casa convertíase a ve-



ces en tan fragoso que las fachadas de los edificios fronteros parecían fantasmas que desde la sombría cueva de la noche, asomaran sus rostros a cada instante, y que lucieran rojos por la ira y verdes por el miedo y la envidia. Asunto de invocación y de magia, atisbos de secretos que le robara algún químico de occidente a un fakir de Bengala.

La acción de los mal intencionados "busca-pies", se reservaba para animar la marcha de los fieles a la salida de la misa "del gallo". Quizá por esa y parecidas fechorías, el viejo y bondadoso sacristán de Santa Bárbara solía, sonriendo y moviendo la cabeza de un lado a otro, dar expresión a su filosofía, de esta suerte:

—¡El muchacho no es gente!

## CAPITULO IV

### REMORDIMIENTO DE MAYOR A MENOR

A pesar de que la pelea mía con el "Gacho", declarada tablas, me había dado gran prestigio en la pandilla, mi amor propio tenía abierta gran brecha. Me habían dicho, y además era verdad, que mi tirapiedras estaba todavía virgen de hazañas. Por más empeño que había puesto en afinar mi puntería contra murciélagos, golondrinas, cigüitas, "reinitas" y "mamoneras", jamás había logrado hacer blanco. Es más, en cierta fatal ocasión tuve éxito tan negativo que de haberse divulgado hubiera arruinado mi reputación definitivamente. Cansado de tirar a blancos móviles, escogí uno fijo, y me pareció bueno el que ofrecía un jarro de hojalata que estaba en el alféizar de una ventana de la cocina. Apunté bien, tesé las gomas del tirapiedras hasta el máximo y disparé. El blanco escogido permaneció incólume. En cambio un ruido de vidrios rotos y el grito de la cocinera me alarmaron. Corrí a ver lo sucedido. El diablo, que sabe de antemano todo lo malo que por orden suya ha de pasar, había puesto una sopera de loza en la misma

trayectoria de la piedra lanzada por mí y —¿quién lo duda?— todo lo que hice fué inspiración suya.

Suerte que Simona, la flor de las cocineras buenas, tenía gran debilidad por mí y consecuente con sus sentimientos, juró y perjuró —y yo, claro está, le dí el apoyo de mi testimonio— que una rata al correr perseguida había sido la causante del desastre.

De esta infausta aventura conservo el recuerdo de conciencia y de cómo, por procedimiento de permutas de arrepentimientos mayores por otros menores, llegan a ir anulándose esas ondas que brotan de nuestra intimidad en señal de alarma. Diríase que algo noble de lo interior pide auxilio al sentirse maltratado.

El remordimiento es la repetida y dolorosa dentellada del mal en el alma, ese pedacito de Dios que lleva consigo el ser humano como regalo del Eterno y brújula orientadora para el viaje de retorno hacia El. Cuando era muchacho esa brújula no me funcionaba bien. Sus cuatro puntos cardinales: la verdad, la belleza, la bondad y la santidad, no sólo no estaban bien definidos, sino que parecía que de los potentísimos núcleos donde se polariza el egoísmo y la ambición de la bestezuela humana se desprendían verdaderas tormentas de pasión que volvían loca mi aguja de marcar los sentimientos.

Cuando llegue, al fin de mi vida, hasta el Supremo Puerto, no será por obra de mi mérito y esfuerzo, sino en gracia del perdón del Amor de los Amores que atrae hacia sí todo lo que es suyo. Si no supiera



perdonar no fuera Dios. Imagino yo que basta una sonrisa suya para que las almas queden limpias y transparentes, jubilosas y santas.

Una vez, después de escuchar un sermón en la iglesia, se me ocurrió añadirle esta súplica a mi oración nocturna: Papá Dios, si tú enviaste mi alma a este mundo para que te hiciese algunos "mandados" especiales, y yo me olvido de ellos, Tú que tienes tan buena memoria recuérdamelos para cumplir tu encargo y no te pongas bravo y me vuelvas a mandar lejos de Tí. Dime, Papá Dios, ¿como es tu catedral allá arriba? ¿De qué tamaño será su órgano? El armonio de Santa Bárbara es muy llorón. El órgano de la Catedral suena duro y bonito. Me gusta mucho; cuando lo escucho, hay veces que lloro sin querer. Un día creí que eras Tú mismo que cantabas. ¿No se espantan y salen a volar los angelitos cuando rompe a sonar el órgano del Cielo? Con todas las estrellas que tienes encendidas allá arriba, tu altar no necesita velas. Si las macetas de flores que tienes ya están desteñidas y allá no hay flores naturales, dímelo en un sueño, para llevarte los bolsillos llenos de semillas cuando yo vaya. Se lo voy a decir también al "Gacho", Manolín y Toñito; por eso déjalos pasar conmigo al cielo y no te olvides de mi mamá, mi papá, la señorita Julia y mis hermanitos. Amén.

El día del desastre de la sopera, se comentó en la mesa de casa unas cien veces el hecho. Y sin inmutarme, ni contradecirlo, escuché que mi padre decía:

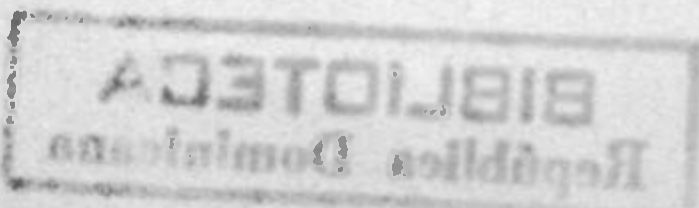
—Esa sopera la rompió Simona y este alcahuete la apoya en su disculpa. Cuando dijo “éste” me señalaba con el tenedor que en aquel momento se llevaba a la boca con un trozo de vianda. Yo para disimular me quedé mirando lo que llevaba enganchado en la punta. Mamá intervino por suerte, y la cosa pasó.

El dulce que me sirvieron de postre, se lo guardé a Simona. Tenía unos “chavitos” y le compré y regalé una cuarta de “andullo” para su cachimba. Pero el saldo de mi cuenta con ella no lo logré sino cierto día que fuí a un recado a casa de mi tía abuela. Ella usaba hermosos y legítimos pañuelos de Madrás con los que se cubría siempre la cabeza tocándose con verdadero arte. Cuando llegué a su casa estaba por el patio. Buscándola entré en su aposento. Acababa de recibir la ropa del lavado. En un balay había entre otras prendas de vestir, varios pañuelos grandes, estampados con listas y cuadros morados, que lucían como nuevos.

—Tía abuela con tantos y Simona con uno sólo. Así arguyó mi interesado espíritu de justicia, inspirándome una acción reparadora. Me apropié un pañuelo, lo metí en el seno y me apresuré a cumplir el mandado que allí me llevara.

Cuando llegué a casa escondí la prenda y no se la dí a Simona hasta por la noche.

—¡Muchacho del diablo! ¿de dónde sacaste esto?, exclamó ella con alegría y asombro.



—Se lo compré a un muchacho— se me ocurrió contestarle.

Decir embustes es cosa fácil. Si se dijo el primero y pasa, a éste siguen los otros como si fuesen eslabones de una cadena. Hasta que la rompe un tirón demasiado fuerte. Con ese desastre queda consagrada la reputación de un mentiroso y deshecha la de un muchacho honesto y valiente.

Después de la serie de embustes y humillaciones que me produjo mi malhadado "tirapiedras", tuve la suerte de reaccionar contra el feo hábito de mentir. En cierta ocasión, un sonrojo y el consiguiente disgusto interior me indujeron a preferir el regaño y el castigo, que pasaban pronto, a quedarme mucho tiempo sucio de mentira por dentro, con el natural estado de inquietud y desprestigio ante la propia conciencia. Las mismas verdades debía afirmarias varias veces e invocaba testimonios por el temor de que no me creyesen. Me repugnó ésto y reñí contra el embuste de modo que se me hizo el hábito al culto de la verdad, hasta llegar a mayor.

¿Qué es la verdad?, se ha preguntado en ocasiones solemnes, sin obtener respuesta satisfactoria. Pero ya que sea aparentemente inaccesible en su definición, tratemos, al menos, de acercarnos a ella por la parentela. Se le reconoce un hermano legítimo: el valor. Ya es mucho saber que nos alejamos de la verdad por cobardía o debilidad.

El caso de Simona y del pañuelo se me complicó un poco. La lavandera, acusada por tía abuela de ha-



ber entregado incompleta la ropa del lavado, era hermana de Simona. Bien cabe imaginar el asombro que le produjo ver que su misma hermana lucía la discutida prenda, a la salida de una novena.

La lavandera expresó así su asombro:

—Simona!, “¡mujé del dianche!” ¿cuando “tuvite” tú en casa?

—Yo?; cosa de un “mé”

—¡No “pué sé”!

—Pués “así mesmo é”.

—Qué no “pué sé”, te digo, “pueto” que ese pañuelo que tú “tié amarrao” lo lavé yo “eta” semana.

—“Jabladora”! ¿y qué “quíé tú decí” con eso?

—Yo no digo “ná”, sino que “er” pañuelo solito no vino “pa tu cabeza”, y “sabe” tú de quien “e” la prenda?, ¿de doña Micaela!

—¡Ay, “birge e los esamparaos!”

Hasta aquí pude escuchar el diálogo y como no se me ocurrió nada que decir opté por retirarme con disimulo.

Parece que la verdad tiene un refugio: el silencio. En vez de uno ya éramos tres los culpables del feo pecado de embuste, por el milagro que hicieron el amor y la lealtad que me profesaba Simona, además del auxilio del regalito de una peseta que ella le dió a la lavandera, y de la infeliz memoria de la víctima principal, la tía abuela.

El remordimiento mío frente a la viejecita fué susceptible de aminorarse mediante el regalo de un

paquete de cigarros de los muy buenos y muchos que solía tener mi padre.

De estratagema más que de embuste ha de calificarse lo que le dijera al autor de mis días:

—Papá, ayer tía abuela fumaba unos cigarros muy malos. ¿Me dejas llevarle un paquete de los tuyos?

—Sí, hijo mío, llévaselos, la pobre tiene por su mayor placer fumar un tabaquito.

Cuando le llevé el regalo, se regocijó tanto que me obsequió con un “medio”. Yo no quería aceptarlo, pero ella conmovida por mi desinterés se acercó a mí, me echó la monedita en el bolsillo, me dió una “mano” de guineos y me besó en la frente diciéndome estas palabras que me produjeron sonrojo:

—Eres un muchacho muy bueno.

Tuve que cerrar los ojos. Quizás pensó la adorable viejecita que lo hice por modestia. En realidad fué que entre ella y yo se interpuso un velo negro, se aclaró en seguida para hacerse morado con listas y cuadros, igualitos a los del pañuelo de Madrás de mis pecados.

Mi conducta con referencia a mi padre y el modo de quitarle un paquete de sus famosos cigarros de hojas del Caobal, no me ocasionó nuevas inquietudes espirituales, no sólo porque consideré que él tenía muchos puros y tía abuelita pocos y parecía justo el reparto, sino que papá me había llamado alcahuite de Simona, cuando era todo lo contrario. Quedábamos pues en paz. Un error de juicio de su parte y

otro mío del concepto de propiedad, se neutralizaron e hicieron que se esfumara en mi ánimo el resto de remordimiento. Sentimiento que fué cayendo, a modo de una cascada de disculpas, más o menos legales o hábiles, términos que suelen confundirse peligrosamente, hasta llegar al lago de la indiferencia y del olvido.

El olvido parece ser una zabullida que da la memoria en el mar del tiempo. Ya se ha visto cómo el del caso referido ha venido a sacar la cabeza después de muchos años.



## CAPITULO V

### UNA COTORRA QUE HABLA HASTA DESPUES DE MUERTA

Doña Silveria, la maestra de la escuela mixta del barrio, era dueña de una cotorra muy parlera. Solía, el animalito, solazarse mirando a los transeuntes y arengándolos desde la tribuna que los ferrados barrotes de la reja de una ventana le ofrecían. Se complacía especialmente en llamar la atención de los pregoneros preguntándoles el precio de sus mercancías y, cuando se los daban creyendo hacerlo a persona, solía responder con reconcomio de risita sarcástica, haciendo escándalo de protesta por la carestía.

La "Cotica" de mamá Silveria, nombre con el que se la conocía y afamaba en el barrio, sabía y repetía muchas palabras, por desgracia no todas pulidas y cortesananas. Hasta su atalaya subían las procacidades y desenfadada "germanía" de los pilluelos del arroyo, y en diccionario de tal estirpe había forzosamente de enriquecer su léxico, con vocablos de insolente rotundidad capaces de sonrojar a carrete-

ros y verduleras. La pobre doña Silveria pasaba verdaderos apuros y congojas cada vez que la empecatada cotorrita lanzaba, a modo de paréntesis entre remilgados y fingidos carcajeos, la sal gruesa de una sarta de dicharachos plebeyos. Esforzóse la paciente maestra en corregirla. Al principio con sustos y golpes, después con regalo de frutas y golosinas mientras le repetía frases de comedimiento, vocablos de buena crianza, expresiones suaves y señoriles. Pero todo fué en vano, y la corrección sólo hacía resaltar más la maliciosa y grosera memoria de la parlanchina, que en lo mejor de sus charlas, o para poner punto a cualquiera de los acicalados parlamentos cuajados del escogido léxico de doña Silveria, soltaba el estruendo rabioso de un descomunal "taco" que sofocaba a la buena maestra y disolvía el solaz con que sus amigas celebraban la soltura y adiestramiento de la cotorra.

Doña Silveria después de estos fracasos cambió de táctica y se empeñó en la discreta tarea de enseñar al animalito los diminutivos de aquellas viles voces que le eran favoritas. Y en esto tuvo señalado éxito.

Por mi desgracia y la suya, quiso la "Cotica" mostrarme la última de aquellas adquisiciones lingüísticas, y cuando pasaba frente a la reja, después de llamarme la atención con agudo silbido, me lanzó el insulto: "¡Carajito!".

Mi reacción fué inmediata. Requerí mi tirapiédras, lo cargué con un regular guijarro, estiré las

gomas, afiné cuanto pude la puntería y el tiro salió con toda la violencia que pude. El ruido del latigazo y el del golpe de la cotorra al caer derribada sobre la acera, fueron simultáneos. La piedra le había atinado en la cabeza y el pájaro aleteaba moribundo en un remolino de plumajes verdes, azules, rojos.

¡Pies en polvorosa! Doblé la primera esquina, iba disparado como una exhalación y sólo me detuve por accidente. Un vendedor de dulces que llevaba sobre la cabeza su batea colmada, tuvo la desdicha de interponerse en mi desenfrenada carrera. El suelo quedó cubierto de bizcochos, piñonates, "mata-gallegos" y "suspiros", deshechos, chafados.

La discusión entre el mozalbete, víctima del atropello y yo, fué violenta.

—¡Me tienes que pagar el dulce!, decíame encendido de ira.

—Yo?, ¡Animal! ¿Por qué marchabas por la acera?

De las palabras pasóse pronto a las acciones. La mano airada del dulcero me arrebató la gorra. Esforcéme por recuperarla, y en la pugna se hizo pedazos. Con este nuevo accidente ya estaba, a mi juicio, más que saldada la deuda y liquidado el perjuicio. Pero no lo entendió así mi terco adversario y se envalentonó hasta lanzarme al rostro varios insultos entre ellos el de ¡blanco "jipato!" La respuesta fué una sonora bofetada, la primera de mi segunda pelea de la semana. Gané por los puños con gran margen, pero el condenado vendedor entre llo-



ros y maldiciones me siguió de lejos y fué a mi casa. Por suerte mi padre no estaba y mamá, la santa que más milagros realizó en mi beneficio, satisfizo la indemnización en cuanto a la dulce mercancía, pues en lo tocante a los magullones físicos no bien mi madre dió la espalda le hice al mozallón esta promesa: ¡No te apures maldito, ya te cogeré y arreglaremos cuentas en la calle! Aguantó todo mientras estuvo al alcance, en el comedor, pero no bien llegó a la puerta del zaguán, voceó hacia dentro estentóreamente: ¡Blanco “jipato” abusador!, dándose a la carrera mientras yo salía disparado detrás dejando en las manos de mi madre media manga de mi camisa. Pero al llegar a la puerta... dí de bruces con mi padre.

—¿Qué pasa?, interrogó al tiempo que me sujetaba mis ajironadas prendas de vestir.

—Nada, terció apresuradamente el encanto de mi madre y añadió.

—Parejerías de un muchacho.

¡Qué buenas son las madres!, así pensaba yo a solas cuando me bañaba y vestía de limpio empeñándome en borrar las huellas de la última pelea. Logré ésto medianamente. Lo que resultó imposible fué arrancarme la imagen de la cotorra. Aún con los ojos cerrados la veía palpitando en su agonía, entre el revuelo irisado de su plumaje. Y oía repetidamente su grito último, que mi conciencia trataba de ahogar sin conseguirlo:

—“¡Carajito!”

La conciencia es tenaz e infatigable en sus alarmas. Cada vez que quiero cometer una acción impremeditada y perversa me vuelvo a decir aquello mismo que la cotorra me lanzó antes de morir, y que yo no quiero repetir más.

No estaba yo muy seguro, si el Padre Eterno, del que un día me dijo el cura que era más padre mío que mi papá, también lo fuera de las cotorras. Mi duda estaba justificada. Yo sabía, por ejemplo, que no lo era de las palomas, porque el mismo cura párroco salía a cazarlas en compañía de mi padre. Lo hacía con placer y mucha frecuencia. Y los guisos que preparaba personalmente con ellas eran famosos. Sus olores trascendían por sobre las tapias de los patios fronteros proclamando la calidad de las especias, salsa y adobes. El mismo se complacía en obsequiar, orgulloso de su arte culinario, a algunos vecinos amigos, que luego alababan los sabores íntimos de aquellas carnes de paloma, condimentadas con sazones exquisitas por el buen padre de almas. Ni aún las beatas, de afiladas lenguas inquietas, criticaban aquel sacrificio de palomas. ¡Quién sabe si el infierno de éstas fuese aquel caldero con manteca hirviente y salsa de vino y de tomate!

Estas dudas me hicieron cometer una imprudencia. Estando a solas con mi madre, en un momento en que más hondamente me hablaba la voz de la "Cotica" de doña Silveria, le pregunté:

—Mamá, ¿también las cotorras son hijas de Dios? El rostro de mi madre se cubrió de tristeza y me dijo:

—Hijito, ¿por qué hiciste eso?

El comentario del delito había cundido por todo el barrio. Las mamás son adivinas. Me disponía a mentir de nuevo. Yo era capaz cuando huía perseguido por el cinturón de papá, de ir regando en mi fuga, a modo de cortina protectora, todas las excusas imaginables, sin preocuparme del grado de legitimidad que tuviesen. Pero ¿quién se atreve a decirle mentira a su madre cuando ella mira con aquellos ojazos tan bellos y tan dulces? Creo que por los ojos de las madres, es por donde mira Dios a sus criaturas.

Un impulso irresistible me llevó a recostarme en el seno de mamá y me puse a sollozar mientras su mano suave y piadosa acariciaba mi cabeza.

Si cada vez que un ser pecara, se lo dijera a su madre y ésta le impusiera, con sus manos benditas, el óleo de la bondad, no volvería a reincidir en el mal cometido.

El mal es error. Las madres, que son santas y sabias, intuyen y descifran los errores de las almas que están bajo el amparo de su providencia y aquellas que se confían a ellas reciben calor y luz en sus conciencias y el índice del mejor camino.

Feliz el hombre que tiene una madre a quien confiarse. Si le falta, que se haga hijo espiritual de la madre de sus hijos. Todas las madres son sacerdotisas de la misma milagrosa divinidad: el Amor.

Mientras iba aminorando mi aflicción, bajo las caricias de mamá, fué ella dejando caer palabras muy dulces en mi corazón. Entre otras cosas me



dijo que yo tenía dentro de mí un angel bueno y otro malo; que siempre le confiara al noble mis acciones. Ese ser, así me lo aseguró, se alimentaba con el bien. Cada acción buena lo fortalecía y hacía crecer hasta que no había lugar en el corazón para el otro que por fin tenía que irse.

Mientras ella me lavaba la cara, para que no se viera que había llorado, me dijo, además, que todas las aves son hijas de la Virgen y que también, las pobres, tienen hijitos a los que hacen falta, y cuando se las mata sufren como nosotros, igual que cuando se las hiere o golpea. Por último me dijo que era un crimen matarlas por gusto.

—¿Y las gallinas y los pavos que mata Simona y nos los comemos?

—Mira hijo —dijo mi madre saliendo de apuros— una cosa es matar por maldad y otra por necesidad.

Me tragué estas dos píldoras heroicas y creo que todavía no las he digerido bien.

Terminó mi madre nuestro diálogo de esta manera:

—Pero tú, hijito de mi alma, ¡no mates nunca!

Dulce y convincente es la elocuencia del corazón de una madre. Por esa antena nos llegan los mensajes de Dios.





## CAPITULO VI

### EL CAMPANARIO DE SANTA BARBARA

Manolín, Toñito y yo éramos primos muy unidos. La sangre y el interés estrecharon el lazo de unión de nuestro triunvirato, que nos daba cierta fuerza frente al resto de nuestra cofradía. Resolvimos hacernos monaguillos al mismo tiempo. Mi padre se opuso a mis pretensiones y de ese modo fué forzoso que me limitase a ser comanditario, tesorero de nuestra sociedad eclesiástica y mediador, entre nosotros y el resto de los miembros de la pandilla, en asuntos económicos.

Mientras los monaguillos funcionaban en las ceremonias religiosas, actuaba el socio e intendente en la capilla y en el campanario en ayuda del sacristán achacoso y complaciente. Debía procurar en el vecindario el fuego para el incensario y también le correspondía el manejo de las vinajeras.

El campanario de Santa Bárbara era el más elocuente despertador de las almas cristianas, entre los once rivales que tenía entonces en la muy católica Villa de Santo Domingo de Guzmán. Dijérase que ese don y, además, el de los fueros de eternidad, se los



diera el hecho de que sus privilegiadas voces de bronce pregonaron el bautismo de Juan Pablo Duarte. Las sinfonías que echaban a volar sus campanas eran variadas y famosas. "Opus 1º..." estaba compuesto por los discretos e insinuantes toques de la misa del alba. Tenía un solo movimiento: "moderato", destinados a los corazones religiosos femeninos que lo esperaban con sueño ligero. Y así seguían los otros: "lento maestoso", cuando anunciaban una misa rezada; "allegro moderato", al pregonar a toda orquesta la misa mayor cantada; "allegro vivace", cuando anunciaban la salida de la misa de la patrona con aumento de los efectivos tonales, con los alegres sonos de la charanga callejera acompañada por los gritos jubilosos de los muchachos que retozaban en la plaza de la Iglesia y por los estallidos de las minas de petardos y los cohetes voladores

Eran muy variados y simbólicos los otros poemas sinfónicos campaniles. Pregoneros de la epifanía de la vida en el anuncio de un bautismo; tristes como pregón de injusticia, de tristeza, de miseria y de negación cristiana, en los toques de un entierro de tercera; lúgubres cuando la esquila grita el dolor de un hogar pudiente prestigioso o el duelo de la patria; trágicas cuando tocan a rebato iluminadas por las llamas de un siniestro.

Yo tenía alma de campanero, mejor dicho, las campanas ensancharon el registro tonal de mi alma de muchacho; trabajo y tiempo le costó a Beethoven ocupar su lugar.

Para una sesión secreta de la pandilla, era el campanario uno de los lugares más seguros y discretos. Admirable atalaya para la inspección de los patios fruteros, dominar el campo de acción y disponer el plan y orden de la batalla.

A semejanza de lo que ocurría con el reo condenado a muerte que lograba entrar en la iglesia y encontraba en ella su salvación, así fué el campanario, con su larga, estrecha y empinada escalera, asilo salvador de muchas azotainas. Y, mientras estaba alta la marea de la cólera en los hogares, los compañeros libres llevaban noticias y provisiones a la sitiada guarnición.

Las campanas tenían personalidad y nombres distintos. ¿Por qué llamaba yo a la de voz más sonora, con el nombre de Julia? Eso lo sabrá el lector más adelante. Otra se llamaba Mariquita, tal era el nombre de la muchacha que le gustaba a Manolín, con ser monaguillo y todo.

Cuando yo me plantaba entre "Julia" y "Mariquita" y empuñaba las sogas que prendían de sus badajos y rompía a tocar, esas famosas tiples y "mezzosopranos" de bronce cantaban, loca y jubilosamente. La campana que servía de bajo era la preferida por el "Gacho". El famoso trío de aquellas campanas barbareñas no tenía rival, jamás supieron cantar tanta alegría los otros campanarios. Sólo las de San Miguel tenían voces más bonitas, pero no decían tanto como las nuestras.



El eco de ciertos toques de campanas tenía repercusión gratísima en el ánimo de los muchachos. Cuando anunciaban a una sola voz, el repetido y alegre anuncio de la epifanía de un alma católica, ya podía contar el tesoro de la pandilla, por lo menos, con un par de pesetas, honorario que correspondía a los monaguillos en los bautizos. Además recibíamos, cada uno de los monaguillos y yo que los asistía, un par de "medios", obsequio de los padrinos. Los miembros restantes de la pandilla, previamente avisados del fausto y prometedor acontecimiento, esperaban en la puerta de la Iglesia al nuevo cristiano y a sus padres espirituales y allí hacían su acopio de "medios", de grado o a puñetazo limpio y a empujones, cuando el padrino, asediado por los repetidos gritos de: ¡Mi medio, padrino pelón!, trataba de desmentir tal imputación de tacañería y lanzaba puñados de moneda menuda por los aires. Entonces había que ver y oír. Debe imaginarse un ciclón en miniatura cuyas principales manifestaciones fuesen una terrible polvareda, revolcones de cuerpos humanos por el suelo y una granizada de puñadas. La moneda que se lograba alcanzar de un zarpazo en el suelo, iba acompañada de puñados de tierra. Sobre el lomo del afortunado cazador llovían, cuando menos, media docena de sonoros puñetazos, legítimo desquite de los envidiosos rivales infortunados.

La pandilla tenía una táctica infalible para el éxito de la cosecha de "medios" bautismales. Las unidades mayores de combate peleaban contra los



intrusos y abrían campo, mientras las otras menores recogían con relativo desahogo las monedas. El reparto que seguía luego era honesto. Pero, por si acaso, después de la refriega, al pasar revista a la aguerrida tropa, había que sacar al aire y voltear los bolsillos para que el "Gacho" y yo nos convenciéramos de que ninguna parte del botín se había quedado, sin querer, escondida entre sus pliegues. También se debía hablar claro porque el uso de la boca como portamonedas era castigado con no menos de una bofetada, que las hubo por valor de a "peseta fuerte".

Los toques de campanas de un entierro de tercera, nos decían, a los muchachos interesados, con voces quejumbrosas: "¡Un par de pesetas!", "¡Un par de pesetas!", y no insistían mucho en la repetición de su infeliz y pobre pregón. Los de segunda hablaban más claro cuando afirmaban con mayor insistencia: "¡Dos medios pesos!" "¡Dos medios pesos!".

De tiempo en tiempo, pregonaba la clamorosa esquila: "¡Dos pesos!", "¡Dos pesos!", los honorarios correspondientes a los monaguillos en un entierro de primera, de entonces.

La pandilla tenía estructuración económica comunista del tipo bueno, esto es, a los dueños de la cosecha se les dejaba la mitad. Sus entradas fiscales eran regulares y su permanente estado de bancarrota sólo era debido a los presupuestos extraordinarios y a los casos de emergencia que imponían

la repentina aparición de unos "Caballitos", un circo de maromas o una temporada de corridas de toros. Lo mantuvo por mucho tiempo el anuncio de los primeros patines de rueda que vinieron a esta Ciudad en la ferretería del "Gran Candado".

El presupuesto ordinario comprendía la adquisición de trompos criollos, torneados por Albenci Binet; las preciosas bolas de loza transparente con sus corazones de policromas espirales; las calcomanías; los papelotes con colas tejidas y los utensilios de papel de vejigas y los "pendones", el hilo de cáñamo y el almidón, necesarios para elaborar, con ribetes de empresa comercial, las típicas especies de "pájaros, bacalaos, estrellas y chichiguas".

Los muchachos del barrio eran libres de comprar sus volantines en otra parte, pero... sólo los de nuestra marca tenían derecho a la libertad de los aires, cuando éstos se poblaban de banderas de todas las naciones habidas y por haber. Cualquier corsario era "echado en banda y hecho pillá".

Sería injusto pensar mal de los miembros de la pandilla porque manifestaban sospechoso apresuramiento por correr hacia la Iglesia, cuando escuchaban el prometedo doble de esquila y que, en ese sentimiento no hubiera ni asomo de lástima por el alma que despedían, pregonando su calidad y posición económica, los lastimeros gritos del bronce fúnebre. La moral dormía en el pecho de los muchachos como un feto inerte e informe todavía. La culpa que descartamos de ellos debe atribuírsele a los que clasi-

fican y tarifican los servicios religiosos con escarnio del dolor humano y el respeto debido al mensaje de igualdad que pregonó el Cristo.

En relación a las entradas que nos proporcionaban los entierros, experimentábamos alegrías de primera, de segunda y de tercera. No era ajeno a ese sentimiento el sacristán. No nos atreveríamos a afirmar lo mismo del señor cura. El se limitaba a preguntar al doliente interesado, cual era la clase de exequias que quería y luego pedía dos nombres: el del muerto y el de la persona responsable del pago del entierro.

El "Gacho" era el cobrador. Un día llegó tarde a la escuela por motivo de dos de estos cobros. Era la hora del primer recreo. Por no perder toda la mañana, había entrado en la escuela y así pospuso la entrega del dinero hasta el medio día. El "Gacho", enseñando los bolsillos henchidos de monedas, las hacía sonar ante sus compañeros.

—“¡Anda pa el cará!”— dijo uno, quizás futuro filósofo— ¡con sólo los muertos viven los curas!





**BIBLIOTECA PRIVADA  
RAMONA A. NOBOA R.**

No. \_\_\_\_\_

## CAPITULO VII

### LAS NOVENAS DE LA VIRGEN DEL AMPARO

Quien no haya repicado campanas no sabe de cosa buena. Eso da delirio y tanto, que al comenzar la sonata el vértigo que produce no deja darle fin a la tocata y fuga de campanas.

Evidentemente, el campanario es un nido de pájaros de bronce amigos de los muchachos. Cuando allá arriba, dueños del espacio y ebrios de luz, se unen sus almas y su alegría y rompen a cantar y a volar, el vecindario entero ríe y canta con ellos. El mejor acompañamiento se lo daba en aquella noche de novena, la orquesta que desde la acera de la Iglesia amenizaba la salida de la salve con los sonos de un alegre vals. El estallido de los cohetes voladores le ponían su acento a los momentos más alegres de la fiesta.

Los marinos del puerto habían cumplido cabalmente los clásicos números que les correspondían en el programa. En medio de la plaza y frente a la Iglesia armaron un buque de madera y le pegaron fuego. Además habían aportado la famosa bola de fuego.



Parecían verdaderos demonios. Cogían una bola de estopa impregnada de petróleo o alquitrán, la encendían y luego la lanzaban por los aires que cruzaban a manera de un bólido. Apenas tocaba tierra era lanzada otra vez y preferentemente hacia el grupo más nutrido de espectadores que se desparramaba a toda velocidad acompañados por el griterío de los muchachos y los chillidos de las beatas.

—Magnificat! —clamaba una de ellas— ya no se podrá venir a la novena por esos condenados.

Este término comprendía también a los muchachos, duchos en prender con “imperdibles” la falda de una beata a la de la vecina. A falta de ellos prestaban idéntico servicio las espigas de las pencas de “maya”.

Entre los fuegos de artificio se habían elevado varios vistosos globos de papel; el más lindo de todos fué uno con los colores dominicanos.

Los miembros de la pandilla y yo, habíamos gozado plenamente de la rumbosa fiesta. Campanas, música, fogata, bola de candela, cohetes y... maldades. No se podía pedir más. Gozamos tanto que no hubo ni una sola pelea, a pesar de que se vieron entre los fieles que salían de la Iglesia algunas “caritas” extrañas y que de repente se agachaba detras del visitante, un muchacho, mientras otro le pasaba por delante y lo empujaba haciéndole perder el equilibrio y caer. Esos eran tributos ordinarios.

Nadie es feliz hasta el fin. Terrible verdad ésta. Casi todo el público se había dispersado y sólo pa-



saba por la calle del Comercio abajo, algún que otro transeunte. Los miembros de la pandilla comentaban los diversos y alegres incidentes de la fiesta, mientras pelábamos y comíamos caña. Cuando se acabó el paquete de caña, por desgracia sobraba espíritu de empresa. A uno de los muchachos se le ocurrió una idea; impelido por ella fué a su casa y vino con una sogá de "majagua" cuya aparición fué saludada con alegres exclamaciones. Se dividió el grupo de pilletes en dos, sentándose frente a frente al borde de las opuestas aceras. Tendimos la sogá por el suelo de un lado a otro de la calle y esperamos, con paciencia de pescadores, a que picara la víctima. El iniciador de la empresa tenía agarrado un extremo de la sogá, el otro, por mala suerte mía, lo tenía yo. Pasaron varios transeuntes que fueron respetados por razones de peso cuyas dimensiones apreciábamos en razón directa del tamaño del individuo y de la fuerza con que pudiera iniciar la contraofensiva una vez que se hubiera repuesto del ataque a mansalva.

Ya casi no pasaba nadie por la calle y estábamos a punto de desistir de nuestros malos propósitos y escuchar la voz de la conciencia que aprovechaba la inacción y el silencio para balbucir razones de prudencia.

Pero un condenado chino tuvo la culpa. Casi nunca salía de noche y además, cada vez que divisaba nuestro grupo solía volverse con disimulo si no notaba la presencia y garantía de personas mayores y de respeto en la calle o asomadas a las puertas o

ventanas de las casas. Sea por la semi-oscuridad de la calle o porque estuviese escrito en el destino de aquel hijo del Imperio del Dragón, un susto para su ánimo y algunos verdugones en algunas partes de mi cuerpo, lo cierto fué que el chino de la fonda del barrio produjo la catástrofe. Le distinguíamos con nuestra ojerriza, con razón. Se negó a fiarnos unos hermosos y dorados fritos de batata que provocaban hambre, cierta tarde de lluvia, frío y aburrimiento, en la que no teníamos un cobre.

¡Con él, pues! Al pasar nuestro hombre por encima de la sogá tiraron de ella del otro lado. Yo juro que sólo me limité a agarrar con todās mis fuerzas el extremo que sostenía. La víctima cayó y comió tierra. Se levantó hecho una furia y persiguió inútilmente a los delincuentes. Infortunadamente el chino me reconoció entre sus enemigos y fué a darle la queja a mi padre. Le enseñó la ropa sucia de tierra y las manos maltratadas y le dijo:

—“Mila”, Moncito tumbó chino.

—No te apures chinito, que yo voy a tumbar a Moncito— le respondió mi padre mientras hacía ciertos gestos con las manos que dejaron satisfecho al agraviado acusador.

Yo había entrado con disimulo por otra puerta y estaba en mi aposento. Escuchaba con justificada alarma las voces que se acercaban y que desde las habitaciones inmediatas a la mía proferían esta amenaza:



—Esto ya es el colmo, pero te juro que no le va a quedar gusto de volver a tumbar a nadie. ¡Imagínate que el infeliz chino se hubiese roto un brazo! ¡Qué disgusto y cuánta plata nos hubiera costado!

—Por Dios, Ramón— imploró una voz dulce y razonable —no le pegues, eso no conduce a nada, más vale otro castigo.

—Pero ¿qué quieres, mujer? ¿he de dejar a este muchacho que se vuelva un bandido?

—¿Qué sabes tú si fué él? ¿Quién quita que ese hombre no viera bien? Déjalo para mañana que averigües mejor las cosas.

Así aconsejaba la amable prudencia de mi ángel tutelar.

Yo estaba resuelto a sufrir lo inevitable. Pero, por si acaso y con miras de muy remota posibilidad de disimulo, me metí en la cama sin descalzarme y me arropé de pies a cabeza, no tanto que por un pliegue de la sábana no pudiese espiar la puerta de mi cuarto. En esto giró el puño de la cerradura. A mi corazón no le gustó el ruido que hizo y empezó a dar saltos. Unas veces lo sentía del lado izquierdo, otras del derecho o arriba, casi en la garganta. Creo que tenía miedo y quería salirse, pero yo apreté los dientes y los puños y esperé.

En el umbral de la puerta aparecieron las figuras de papá y mamá. El delante y ella un poco atrás sujetando por un brazo al compañero mientras le decía muy quedo:



—¿Tú ves?, ¡el pobre!, si está durmiendo; déjalo quieto.

—Está bien —dijo papá— yo te arreglo mañana. Hablaba más bien con el dormido que con la esposa.

Ya se iban a retirar, cuando el encargado de la la justicia y de su desagravio, notó que ni los zapatos del culpable estaban en el suelo, ni su ropa en la silla donde solía ponerla al desnudarse. Dióse cuenta de lo que sucedía, se le disiparon todas las posibles dudas sobre la culpabilidad del acusado, se quitó el cinturón y ya avanzaba sobre su víctima, cuando ésta resolvió a su vez esperar el ataque en mejor posición defensiva y de un salto abandonó la cama y asió una almohada que fué manejada como escudo.

¿Verdad lector o lectora que huelga la descripción de la danza india que siguió? Es más, presumo que si eres varón o de no serlo, si tienes hermanos, conozcas por experiencia, su belicoso ritmo, sus acelerados pasos, brincos y contorsiones y la fiereza de los rugidos.

## CAPITULO VIII

### HUELGA, GUIBIA Y MERODEO

Las siguientes aventuras se anunciaron la víspera de uno de esos días que guarda la Iglesia, pero no las autoridades escolares, a pesar de las muchas ganas de asuetos que tienen siempre los muchachos. Ese día salió el "Gacho" de la escuela, antes que los demás alumnos. Se apostó donde solía pasar el principal torrente que se desprendía de aquella estrepitosa catarata de vida humana, que descendía jubilosamente y a raudales por la escalera. Y allí el "Gacho", como una roca que hace frente al bullicioso torrente de un río, iba repitiendo a cada instante con autoridad: ¡Mañana huelga! ay del que venga a clase! A los miembros de la pandilla les añadía estas mágicas palabras: ¡Güibia y "Marota"!

Al día siguiente amanecieron las campanas locas de alegría. Daba gusto oirlas, diríase que cantaban la belleza de la mañana limpia y fresca. Todavía soplaba el terral impregnado de un balsámico olor a monte. Me había levantado temprano, me bañé y vestí anotándome un 'record' de velocidad. El desayuno lo tomé de pie.

—Pero ¿qué prisa tienes hoy?, preguntó mi padre con algún recelo.

—¿Qué va a ser, papá?, quiero ir primero a la Iglesia. Acto seguido cogí mi bulto y me lo colgué a la espalda. Dentro debían presumirse los libros y cuadernos escolares, pero una revisión de su contenido hubiera evidenciado un sospechoso contrabando. Porque un cordel de pescar con su correspondiente anzuelo, y cuchillo mocho, no eran útiles pedagógicos normales en mi escuela. Tiempos vendrán en que haya más empleo de sentido práctico de la vida en los sistemas de enseñanza.

Cuando entré en la Iglesia, fuí a la sacristía. Ayudaban como monaguillos en el Santo Oficio, Manolín y Toñito. Recibí de sus manos las vinajeras después del ofertorio, escurrí y bebí el poquito de vino que quedaba en los envases de plata. A poco volvió Manolín con la bandejita de la recolecta y, antes de depositarla sobre la mesa, dentro del radio visual del cura que no cesaba de mirar de soslayo, me dijo mi primo algo al oído. Dicho secreto me indujo a manipular cerca del pequeño tesoro eclesiástico. No debió gustarle al cura aquel movimiento y mandó a Toñito a decirme que me fuera de allí. El monaguillo mensajero cumplió de esta manera el mandado: cuando llegó junto a mí me preguntó:

—¿Cuánto cogiste?

—Sólo un real; había muy poco.

—Bueno, vete y espéranos a la salida de misa; el Padre te está acechando.



A poco subió el cura al púlpito y dió comienzo a un terrible sermón sobre el abominable pecado del hurto, sus consecuencias y las penas del infierno. Por la boca del levita brotaban palabras pavorosas. Eran como granadas que estallasen en llamaradas de azufre encendido, espantosos gritos; clamores de angustia; hipos de llanto de las almas cobardes; crujir de dientes de las valientes; centelleo de gozo maligno en los ojos de Satán y de la legión de sus pichones. El pastor de almas siguió hablando con vehemencia y me miró varias veces de modo tan singular que me dí prisa en salir del templo. Ya en el atrio sentí algún alivio. El Dios de afuera era más bello que el de adentro. El del espacio tenía el rostro sonriente, estaba vestido de limpísimo azul, las pocas nubes parecían adornos blancos sobre su amplia túnica. El Señor de la Iglesia era terrible; se podía pasar toda una eternidad escuchando, sin inmutarse ni compedecerse, la sinfonía de angustias y dolores de las almas condenadas al infierno.

Yo pensaba: El papá Dios ese debería estar furioso por lo que le hicieron a su hijo Jesucristo. Es decir, ¿rabioso cómo se pone papá? Entonces, ¿Dios es como un papá grande? Pero el mío se olvidaba de los agravios y perdonaba, y mamá, ¡ni se diga! El que hizo a mi madre tan buena tiene que ser más bueno que ella. En verdad, si Dios no perdonara, no fuera Dios.

Seguí dialogando en mi interior:

No creo que me pase nada por un realito pillado, por insinuación del monaguillo, y sobre todo siendo dinero regalado.

Pero el Señor que oye hasta lo que se piensa quiso ponerme a prueba.

—Una limosna por amor de Dios— dijo la voz de un tullido que aguardaba a los fieles en la puerta de la Iglesia. En seguida metí la mano en el bolsillo, saqué los centavos cogidos y algunos míos y se los dí al infeliz pordiosero.

De aquella aventura no me quedó remordimiento. Al contrario, mi alma se regocijaba de haberle pillado algo al Señor terrible de la Iglesia, para dárselo, en nombre del Dios que me esperaba afuera, a un infeliz. Aquel Dios tan hermoso y tan bueno que socorría la desgracia aún por manos culpables, y no digo ajenas porque Dios tiene innumerables manos, tantas como el doble de seres humanos que viven en El.

La Providencia perdona dándole a los seres oportunidad para que por una acción paguen y superen la que inspiró un error.

El itinerario de la "Marota" se cumplió cabalmente, con todos los acostumbrados incidentes de tales correrías en predios ajenos. Bombardeo a pedradas a los mangos, cocoteros, naranjos y demás árboles frutales.

Las frutas corresponden de pleno derecho a los comunistas natos: los pájaros y los muchachos, pese a las ideas egoístas con las que han legislado los

adultos sobre el derecho de propiedad. En puridad de verdad, si poseíamos dinero comprábamos las frutas. Cuando nos faltaba y había que pedirle permiso para la cosecha a alguien, lo suplicábamos con cortesanía y hasta zalemas. Pero si las frutas no tenían guarda, o éste nos las negaba, ¿qué otra solución teníamos?, simplemente, cogerlas.

Ya habían sido recorridas y puestas a contribución las más famosas fincas próximas a la costa. Las frutas maduras eran para regalo de los insaciables estómagos, las verdes para el incesante guerrear entre el grupo de los impulsivos que iban de avanzada en son de exploración y el que se quedaba a retaguardia, presumiblemente compuesto por los más golosos.

Cuando ya la tromba de pilletes concentraba su remolino en la estancia El Carmelo, entraron en acción dos perrazos y sonó un tiro de escopeta, disparado al aire por el encargado de la finca. El núcleo de la pandilla se dispersó en distintas direcciones, a máxima velocidad de piernas ágiles. En tan fatal ocasión, estábamos el "Gacho" y yo empeñados en pelar un coco seco majándolo por la punta con una piedra. El tiro nos hizo soltar la presa y echarnos a correr. ¡Las alas del miedo son muy potentes! ¡Cuánta facilidad dan para volar cercas de mayas y empalizadas de alambre de púas!

Tuve la infeliz idea de pasar por entre dos cuerdas de alambre y una púa de malas intenciones qui-





so retenerme. Al no poder lograr su propósito, por la viva oposición que yo le hacía y la prisa que llevaba, la muy mal... vada, me marcó una regular L —la inicial de ladrón— en la parte trasera de mi pantalón nuevo. A decir verdad, no me dí cuenta, inmediatamente, del desgraciado incidente. Era muy grande el susto que me llevaba a empellones. Fué poco después, cuando de repente sentí un airecillo sospechoso que me refrescaba las partes más gorditas y recatadas de mi cuerpo. La mano que presurosamente acudió allí, tuvo contacto con la tersa piel de aquellos abultados contornos. El desastre era evidente y ya estaba a punto de angustiarme. Por suerte mía vinieron en mi auxilio dos cosas: una, la imagen de mamá, ¡la mejor del mundo!, dulce y eficaz solucionadora de mis numerosos e imprevisibles conflictos; la otra fué una especie de embriaguez: me la produjo una ráfaga de brisa marina con olor a algas y resacas, ¡el olor de Güibia! Eso huele a gloria y alegría, a baño y libertad.

El derrotado ejército rehizo sus líneas en las playas del balneario de Güibia”.

¡Qué bello y alegre estaba el mar! Las olas nos salieron al encuentro y nosotros, que desde lejos nos veníamos desnudando, nos arrojamos gozosos en sus brazos y nos dejamos cubrir con sus mantillas de blanquísimas espumas. La brisa, las olas y los muchachos retozábamos jubilosamente.

Para no dejarse topar la cabeza por el fuerte brisote que las empujaba, las olas daban vueltas de

carnero y se reían; luego corrían desmelenadas a tenderse en la arena de la playa, en un desmayo y suspiro de delicia.

Juro que una, la más bella de todas las que ví aquel día, me sonrió desde lejos, ¡a mí sólo! Venía vestida de color glauco con transparentes luces de sol y millares de blanquísimos azahares en la melena. Nadé a su encuentro; cuando nos encontramos se volcó sobre mi cuerpo y al abrazarme oí clarito cuando me dijo: ¡No te vayas! A partir de aquel baño, cada vez que estoy triste, voy al mar y mi novia verde me repite el secreto de la alegría de vivir.

Es evidente, Venus no podía tener otra canción de cuna que no fuera la del agua y de la luz que entonan las espumas.

Hay una versión interesante cuyo origen encomiendo a la entusiasta y encomiable labor de investigación de nuestros eruditos historiadores. "Güibia", esa mina de salud y de alegría, bien vale el esfuerzo. En tanto he aquí lo que ha llegado a mi conocimiento.

Se dice, y yo lo creo, que el mar de "Güibia" fué en su principio un pedazo de cielo, quizá un barrio demasiado alegre, una especie de San Miguel celestial. Los angelitos se distraían mucho en él y no tenían ganas ni juicio para aprenderse la doctrina, y el Señor mandó trasladar aquel bullicioso barrio de "Güibia" a nuestras costas, de las más bellas de las Antillas, como promesa a las almas nuevas que

se portasen bien, de darles como recompensa la oportunidad de nacer en Santo Domingo.

El baño de aquel día no podía ser demasiado largo, por eso sólo duró tres horas. En la piel de los dedos de las manos y los pies, no cabían más arrugas. Las caras de los bañistas parecían pimentones. Los labios brillaban amoratados; las fosas nasales lloraban lágrimas de pituita. Una que otra picada de espina de erizo o algunos rasguños en la piel producidos por las peñas o los troncos flotantes, nada de eso hubiera servido para acortar aquella delicia. Pero no debíamos olvidar que era día de escuela y debíamos volver a nuestras casas a la hora reglamentaria de la salida de clase de mediodía, para que el tiempo, al menos, cubriese las apariencias.

Regresábamos juntos el "Gacho" y yo a la ciudad. Llegamos, por suerte, primero a su casa, donde pretendía yo arreglar un poco la avería de mi pantalón, que durante el trayecto recorrido procuré cubrirme con una mano; incómoda manera de caminar, por cierto. De muchacho se hacen muchas experiencias que no se olvidan.

En casa de mi amigo nos vieron en las caras cual era nuestra procedencia. Negamos ciertas imputaciones que calificamos de absurdas. ¡Qué ocurrencia tan enorme y qué "acumulo!" ¡Diz que nos habíamos huído de la escuela yéndonos a bañar al mar! ¡A quién se le puede ocurrir en día de trabajo con lo cerca que estaban los exámenes? Esto y mu-



cho más decíamos descaradamente. Justificamos la manifiesta insolación con un presunto juego de pelota.

Pero ay!, la verdad tiene muchos aliados y recursos para hacerse valer. Una hermanita del "Gacho", que presenciaba la escena, dijo con ingenua y fatal inspiración refiriéndose a mi amigo:

—;Mamá, pruébalo!

Y "probaron" al "Gacho". Endiablada ocurrencia aquella. La madre besó los cabellos del hijo y la sal de "Güibia" cantó toda la verdad.

La prudencia me dió un consejo. Lo seguí y encaminé mis pasos en busca de asilo al consulado de la casa de mi madrina. Allí encontré plenamente lo que buscaba; consejo, refugio y ayuda. Me los brindó por entero. Mandó recado a sus compadres, dándoles aviso de que me retenía a almorzar y pasar la tarde con ella. Famosa invención la de las madrinas buenas. El zurcido de mi pantalón resultó una obra de arte.

La madrina meritoria y el desmeritado ahijado se dieron maña para no llegar a mi casa sino después de la cena. Tan pronto llegué me dí prisa en irme a la cama. Tenía tanto sueño que no pude ni mediar mis oraciones. Estas se mezclaron en el mar de mi fantasía con los restos del naufragio espiritual del día. De repente volvía a bañarme. Estaba retirado de la playa y me salió al encuentro un pez. Sacó parte del lomo del agua; tenía la cabeza armada con

dos cuernos; sus escamas eran moneditas de cobre y plata; la forma del pez recordaba la de la bandeja de recoger limosnas en la Iglesia; los ojos de la bestia despedían chispas y de su boca salían burbujas llenas de fuego que al estallar dejaban sobre las aguas una estela ígnea. El pez se agrandaba por momentos y nadaba dando vueltas en derredor mío y me envolvía en un círculo de fuego; era como si el mar hirviera con llamas de todos colores. Me zambullí y nadé lo más que pude debajo del agua. Nadaba con vigor. Ya a punto de ganar la playa me ocurrió algo imprevisto. El diablo en persona me esperaba allí. Tenía en alto las manos y con ellas agarraba un coco. Este era como de cristal y lleno de fuego líquido. El maligno tenía las mismas facciones que el cura predicador de Santa Bárbara. Al verme prorrumpió en espantosa carcajada mientras hacía ademán de estrellarme el coco en la cabeza. Y parece que logró su propósito, cuando acudieron mis padres alarmados por los desaforados gritos que parece que yo diera, me encontraron tirado en el piso, al pie de mi cama. Con una mano me cubría la cabeza y con la otra y con los pies nadaba desesperadamente dominando la ola de mi almohada y el mar de mi cubrecama tendido sobre el suelo.

## CAPITULO IX

### LOS BUCAROS DE "SEÑA" REMIGIA

Por aquellos días tenía la pandilla establecido su cuartel general bajo las derruidas arquerías y bóvedas de las ruinas de San Francisco y en sus famosos y dilatados patios. Magnífico campamento dotado de numerosos escondrijos y salidas por diversas calles y callejones.

Era sábado y se había resuelto hacer un "locrio".

—¿De qué lo haremos?— preguntó uno.

—De bacalao— contestó otro.

—De eso estamos ya hartos—replicó un tercero.

—Qué fino eres, tráete pues un pavo de los muchos que tienen en tu casa —dijo el "Gacho".

El interpelado que era Manolín, tuvo, a juicio suyo, una feliz idea y replicó:

—Pavo, no; pero puedo traer palomas.

—Pues anda por ellas, charlatán y procura traerlas preparadas.

—Yo traigo una libra de arroz.

—Y yo cogeré en la pulpería de mi casa un jarro de manteca.



Y yo esto, y yo aquello, y así se sucedieron en tropel muchas y espontáneas ofertas de comestibles y de útiles de cocina.

La colmena de pilletes rompió a volar en todas direcciones. Afanosamente entrábamos y salíamos; no había zánganos en ella.

Fueron reunidos muy diversos materiales. Sobre tres piedras del rústico fogón, estaba puesto un hermoso caldero que, rajado y todo, y con una oreja menos, prestaba, para el caso, excelentes servicios. La leña humeaba un poco, producía tos y hacía llorar a los fogoneros que soplaban furiosamente con la boca para animar el fuego. Por fin no tuvo más remedio que arder, al principio de mala gana, al fin se dió por vencida, saltaron las primeras llamas y comenzaron a sacar la lengua y esconderla como si se burlasen de los muchachos, hasta que crepitaron alegremente, como si de repente les hubiese entrado feroz apetito de devorar todo el combustible.

Ya hervía el agua a borbotones. Le echamos regular puñado de sal, un pedazo de cuero de jamón, algunos tomates, cebollas y ajíes. En la selección de estos últimos parece que no fuimos bastante precavidos. La manipulación de la manteca dió lugar a discusiones sobre si se echaba al agua hirviendo o si había que hacerlo después juntamente con el arroz. La solución de este primer conflicto fué casi salomónica: Si le echamos la manteca después ya no habrá modo de reparar la falta si la hay, en cam-

bio si se derrite al principio en el agua hirviendo allí estará hasta el fin.

Es evidente que la pandilla contaba entre sus miembros con pichones de varones sabios y prudentes.

Todo estaba casi listo. El arroz "desmachado" y lavado. Con el hervor del agua subían a la superficie, como para mostrarse, y volvían a bajar al fondo del caldero, muchos pedacitos de auyamas. Ya empezaba a oler a sabroso aquel hervido pero... las palomas no acababan de llegar.

Para matar el tiempo resolvimos hacer una contribución de frutas. Esto provocó nuevo revuelo de la pandilla, para que cada cual buscara y aportara lo suyo. Poco a poco fué reuniéndose una variada mezcla de frutas que pudiera competir con la existencia de un ventorrillo. Varias cañas, una "petaca" de caimitos, media lata de guayabas para todos los gustos, verdes, pintonas y maduras; tres manos de guineos "manzanos" y una "martinica", un lote de jaguas, mangos a granel, "cajuiles" y una guanábana, una piña, naranjas de "babor" y de china, algunos cocos de agua, una lechosa y un ramo de caimoni. No se podía aspirar a más y mejores aportaciones.

Como la mayoría de los miembros de nuestra asociación no se ufanaban de ser ricos, debe suponerse que la adquisición del cuantioso y diverso depósito frutero tuviera por base el fiado, el despojo del propio hogar y patio y uno que otro medio hurto. Decimos medio, porque no es hurto entero aquel

que se comete en trulla, por amor propio comprometido y cuando entran varios muchachos al mismo tiempo en un ventorrillo y tocan todas las frutas a la vez, preguntan y regatean su precio y después de largo trato y discusión, mientras uno compra algo, tratan los demás de "gavillar" lo que pueden.

Las empresas que dieron por resultado estos acopios consumieron bastante tiempo y esta circunstancia, por suerte, aprovechó para la aventura de mis primos Manolín y Toñito. Este último lo acompañaba en calidad de ayudante, dato que conviene puntualizar en su favor, para los fines de establecer las posteriores responsabilidades.

La idea que concibiera Manolín y luego comunicó a su compañero, fué la de ir a cazar con trampas unas palomas, de las muchas que se criaban en los mechinales de las ruinas del Alcázar de Colón.

Allí estaban nuestros cazadores en acecho, quietecitos. Las palomas y ellos se espiaban recíprocamente. La desconfianza de las aves fué vencida por la fingida quietud del adversario y, sobre todo, por el oro del maíz en grano que aquel había regado por el suelo. Especialmente había una tentadora mina del dorado y apetecido grano debajo del cajón.

Uno de los muchachos sostenía la punta de un cordel. El otro extremo de la cuerda que se extendía como veinte pasos por el suelo estaba amarrado de un palito que, apoyado en el suelo, sostenía en alto el extremo de un cajón. Debajo de la improvisada trampa y en sus alrededores el dorado cebo.



Después de larga y pacientísima espera y de varios fracasos, ¡al fin! tiraron de la cuerda, cayó el cajón boca abajo y quedaron presas un par de palomas. El susto y la indignación de las compañeras se manifestó en estrepitoso desbande.

Llenos de impaciencia y alegría corrieron los dos cazadores hacia la trampa. Al mismo tiempo se precipitaron dos manos de distintos dueños y con idéntica imprudencia. Tropezaron una con la otra y... se escaparon las palomas seguidas en su vuelo por un par de palabrotas subrayadas con estos altisonantes adjetivos que fueron disparados simultáneamente y a quema ropa:

—Tan bruto!

—Animal!

Los primos se disponían a pelear cuando los ladridos de un perrazo que apareció por el fondo de la escena, seguido de su amo el guarda de las ruinas, que daba un paseo de inspección, les impusieron una rápida retirada.

Se detuvieron los fracasados aventureros a una cuadra de distancia, todavía dentro de los predios del Solar del Almirante y celebraron consejo, cabizbajos y con las manos metidas en los bolsillos.

—Caray!— dijo Manolín— es una vergüenza que volvamos sin las palomas.

—Yo tengo un real —replicó Toñito— comprémoslo de tocino para el “locrío”.

—¡Qué vá!, eso no quitará que se burlen de nosotros.

—De nosotros, no; de tí si acaso, que yo no fui el iniciador de esto de las palomas.

—¡Ah pendango! ¿ahora vienes con esas? Ojalá no te hubiera traído, inútil, que por tí se fueron las palomas.

—Pero ¿quien alzó primero el cajón?

—Tú!!

—Yo? ¡mira, maldito, si me lo repites te pego!

—¿A quién?

—¡A tí mismo!

Y siendo primos y monaguillos y pandilleros, ya estaban otra vez a punto de irse a las manos, cuando escucharon la estridente carcajada de un búcaro. Diríase que por su pico se burlaba el diablo del fracaso de los cazadores de palomas.

Los chillidos del ave inspiraron una maliciosa idea en el inquieto y fecundo magín de Manolín. Se la comunicó al compañero, a éste le pareció mejor que la de pelear y le dió su entusiasta aprobación.

En seguida se dirigieron a la casa donde vivía en aquel barrio “seña” Remigia, conocida viejecita y dueña de una pareja de búcaros. Entraron los muchachos por un callejón hasta el patio buscando con la vista a sus presuntas víctimas para localizarlas. La vieja estaba tostando café y al reparar en ellos les lanzó el grito:

—Je!, ¿qué hacen ahí? ¡váyanse, que los “jobos” todavía están verdes!

—No venimos por “jobos”, “seña” Remigia. ¿Ya le sacaron el agua del pozo?

—No, hijitos, ¿quieren ayudarme un poquito?

—Cómo no! pero nos ha de dejar coger unos “carrones” de guayaba en el traspatio.

Se cerró el trato. La astuta y complacida vieja eligió la vasija de mayor capacidad que poseía para que la usaran los muchachos y éstos muy complacidos a fuerza de medias latas llenaron de agua una tina, una batea, un lebrillo y otros envases de uso privado, uno de peltre y dos de loza.

De vez en cuando y con el pretexto de descansar se dieron maña los dos “trabajadores” para ir por turno acosando a los búcaros hacia el trascorral. Allí los apresaron después, retorciéronles el gaznate y cada uno metióse su pájaro en el seno, saliendo luego con gran disimulo y toda felicidad.

Cuando se hallaron a prudente distancia, convinieron Manolín y Toñito en la necesidad de guisar los búcaros. Lo hicieron en el patio de la casa de una lavandera conocida. Dijéronle que era todo por dar una broma maligna y a cambio de la promesa de un real, la mujer convino en arreglarlos. En efecto, desplumó y descuartizó las flaquísimas piezas, tiró patas, recortó muslos y de ese modo disfrazados sazonados y sofritos, daban olor bueno los zancudos cantores. Cuando terminado su trabajo, pidió la cocinera el pago convenido, no quisieron los muchachos desprenderse del único real que poseían y pretextando no tener en aquel momento, prometieron que con toda seguridad le pagarían después, hasta real y medio. Pero cuando Manolín decía ésto, gui-



ñaba un ojo a su compañero. Con tan mala suerte lo hizo que la mujer vió el pícaro gesto y tomando repentina resolución les dijo:

—Miren muchachos, a mí también me gustan las maldades. Les voy a dar sus búcaros guisados y ya me los pagarán cuando puedan. Vayan por ahí a buscar una vasija para que se los lleven.

Mientras los muchachos salían en busca del recipiente necesario, la mujer rebuscaba por el suelo entre los desperdicios de las aves. Halló lo que quería, lo lavó un poco, lo echó en el guiso y revolvió éste.

Por fin llegaron las presuntas palomas al hogar del "locrio".

El "cocido" estaba listo, con hermoso aspecto.

—El hambre lo hacía oler a bueno. Un poquito subido de sal y de color y mucho de picante. Parece que entre los ajíes se había pasado alguno de mal genio. El arroz quedó bastante ensopado y le salía un tufillo a quemado; la mitad de los granos estaban blandos, la otra medio duros.

—Está "buenaso". Tal fué la aseveración del más experto entre los cocineros después de haberlo probado por décima vez. A esa opinión asintieron todos excepto Manolín y Toñito que no comieron del guiso porque decían estar hartos de frutas.

De repente exclamó uno de los comensales:

—Señores!, ¿qué es esto?— mientras se sacaba de la boca una especie de hueso largo. Y prosiguió:

—¡Caray, qué pico tan grande tenía esta paloma!

—Ese es de garza— exclamó otro. Manolín y Toñito se miraron y palidieron. Acaso se les pasó el mismo pensamiento: ¿Cómo diablos dejaría la cocinera aquel maldito pico?

Pero el caso era que allí estaba la pieza acusadora, y, lo peor, la pandilla en pleno, de pie y en ademán amenazador.

El "Gacho" increpó a Manolín:

—¡Mira, indecente! ¿qué clase de porquería nos hiciste comer? ¿De dónde sacaron ustedes esa garza?

—¡Yo te juro que eso no es garza!

—¿Qué nó? ¿y ese picazo?

—Vuelvo a jurarte que no es garza— replicó Manolín mientras retrocedía algunos pasos.

—¡Júramelo por tu madre!

—¡Qué encuentre a mamita tendida y con cuatro velas, si eso es garza!

Toñito, que se había alejado un poco del grupo, dijo antes de echar a correr:

—¡Yo creo que son los búcaros de "seña" Remigia!

¡Sálvese quien pueda!, le gritó su conciencia. También a Manolín, y los primos salieron disparados cuesta abajo, desde San Francisco, y el ciclón de la pandilla detrás de los delincuentes. Llevaban éstos tal velocidad, impuesta por su susto, que sus enconados perseguidores no pudimos darles caza a pesar del jugo de las zancudas aves que comenzábamos a digerir.







## CAPITULO X

### LA CARRETA DE MANGOS

“¡Mangos guerreros y cilindros, a mota la docena!”. Este estentóreo pregón salía de las más potentes y vibrantes cuerdas vocales que jamás poseyera negro vendedor ambulante. Las ondas sonoras cubrieron un área tan grande que, a manera de conjuro, convocaron en torno del vehículo a todos los miembros de la Pandilla.

El negro pregonero aparecía trepado sobre el pescante de una carreta tirada por un mulo y cargada de mango hasta los bordes.

¡Cuántos mangos lindos! Lucían frescos y amarillitos, incitantes... Aquello era un colosal pebetero de aroma a trementina; era tentación irresistible de color y fragancia, de miel y de jugo.

¿Quién tiene “cuartos?”— preguntó uno de la pandilla. Nadie pudo contestar en términos afirmativos. La intención era buena, la imposibilidad de ponerla en práctica fué seguramente la causa de que el deseo corriera por otros cauces.

El órgano vocal del vendedor, remataba en su parte externa en formidable jeta de gorila. Debajo

de su nariz chata, erguíase el promontorio de un par de "bembes" tales que, de asistir a un concurso tan extraordinarias prominencias labiales habrían sido declaradas fuera del certamen por exceso desmesurado de posibilidades al campeonato.

Toñito solía tener buenas ideas, y en esta ocasión se le ocurrió una cuya eficiencia y bondad quedará demostrada con sólo el relato. De momento se la participó al "Gacho" al oído, a modo de consulta. No sólo la aceptó aquél, con entusiasmo, sino que convocó en su torno a los demás compañeros. Se juntaron en círculo todas las cabezas, hubo, a media voz, algo así como el ensayo de un coro. De repente se rompió el grupo de pilletes en dos y cada una de las partes marchó a cada lado de la carreta. Mientras los de un coró preguntaban a gritos:

—¿Y qué es lo que vende?

Los del otro contestaban al unísono:

—¡Ay qué "bembe", qué "bembe!"

Cuando el dueño de las festejadas frutas, se dió cuenta de que no era a éstas, sino a sus prendas físicas y personales a quien se dirigía el orfeón satírico, devolvió a gritos la alusión aplicándola a las respectivas mamás de los cantores.

La sonata heroica de los mangos, siguió a la carreta, sin descanso, por espacio de una cuadra.

Al fin la calentura que llevaba el campesino le volatilizó la paciencia, y dió la señal de ello al lanzar con furia un mango contra los muchachos. El mismo proyectil le fué devuelto y, lo peor, a la fruta

siguieron las piedras. Desesperado nuestro hombre, saltó de la carreta al suelo y con el mango del látigo en alto, dió una carga contra sus agresores. Dos de los más listos refugiáronse en el primer zagúan que les brindó asilo, mientras el grueso de la bandada corría a más no poder seguido por su enfurecido perseguidor. No bien se alejó un poco el grupo en fuga, salieron Toñito y su compañero de estrategia de su escondite; corrieron a toda prisa hacia la carreta y con no menos celeridad se dieron a la tarea de trasladar sendas docenas del codiciado fruto desde su principal y legítimo depósito hacia otros secundarios y provisionales que ofrecían los caños de desagüe en las aceras. En esta labor estaban cuando advirtieron al infortunado propietario que venía batiéndose en retirada. Sus contrarios habían encontrado notable y voluntario refuerzo y contraatacaban. La pedrea que lo perseguía era irresistible. El hombre regresaba a carreras cortas. Cuando hacía alto recogía una piedra del suelo, la lanzaba y volvía a emprender la fuga.

Una de las casas próximas tenía un patio grande con portalón a la calle. Toñito obró conforme a una nueva inspiración. Agarró las riendas al mulo que tiraba de la carreta, mientras gritaba al atribulado vendedor:

—Sígame y métase aquí con su carreta.

¿Qué mejor proposición podía hacerse al asediado campesino? Se acogió a ella y apresuradamente



entró con sus amenazados intereses en tan oportuno y necesitado refugio.

La dueña de la casa comenzó por oponerse a la invasión de su propiedad. Pero ésto era pura estrategia con el fin de lograr buenas condiciones para el negocio en perspectiva. Toñito sirvió de mediador y quedó estipulado el arrendamiento provisional del patio por seis docenas de mangos. En un aparte que tuvo el mediador con la dueña, se convino el reparto por mitad del precio del alquiler. Al "moreno" parecióle excesiva la demanda, pero tuvo que sucumbir ante el "ultimatum" que le plantearon: o satisfacer la suma en mangos, o salir inmediatamente del predio. Por otra parte la pandilla había ocupado la acera de enfrente y la plaza quedaba sitiada.

A poco salió Toñito con carácter de parlamentario y conferenció brevemente con los sitiadores. Todos convinieron en el plan propuesto y comenzaron a gritar a todo pulmón y en coro doble:

—¿Y qué es lo que vende?

—¡Ay qué "bembe, qué bembe!"

Hubo, además, el simulacro de persecución contra el emisario. Este emprendió carrera con fingido ademán de alarma y de protesta, seguido por algunas piedras que fueron lanzadas con el deliberado propósito de no darle, pero sí de que cayeran en la plaza cercada.

La presunta indignación de Toñito se manifestó cerca del atribulado frutero, con este consejo:

—Mire, hombre, esto ya no se puede soportar más. Yo voy a cerrar la puerta del patio.

Lo hizo así y fué acometido por otra fingida agresión de pedradas.

Luego prosiguió diciéndole:

—¡Sígame, vamos a buscar a la policía!

Prudentísima medida. Saltaron unas tapias, pasaron, sin pedir permiso por una casa ajena, y ya en la otra calle, que era la del "Platero" por más señas, echaron a correr en dirección al "Vivac".

Al principio de la marcha iba Toñito delante y de cerca lo seguía nuestro hombre. Luego caminaron parejos. Por último, se quedó Toñito zaguero y súbitamente, desapareció. Iba el campesino tan de prisa y enfurecido, que no reparó en la falta de su acompañante hasta un buen rato después de su fuga. Entonces dióse cuenta el infeliz de la última treta de que le hacían víctima y volvió a carrera tendida a la casa por donde había salido. Su dueño, indignado por lo que calificó de atrevimiento de atravesar su propiedad sin permiso suyo, le negó el paso. No había otro remedio y tuvo que dar la vuelta a toda la manzana. Se detuvo en la esquina de la calle de sus angustias y grande fué su sorpresa cuando vió que su carreta estaba allí, fuera del patio, y el mulo pacía dulcemente la grama que crecía a la vera de las aceras.

No se veía un solo muchacho por aquellos contornos. Cautelosamente se acercó el aldeano a su media propiedad. No podemos afirmar que sus habe-

res estuviesen completos, porque en la carreta faltaba casi la mitad del contenido anterior.

Pocas veces comieron los vecinos del barrio de Santa Bárbara tantos ni mejores mangos que aquellos.

La jornada fué célebre y muchos padres disimularon ignorar lo sucedido y comieron holgadamente de la fruta del pecado.



## CAPITULO XI

### SISTEMAS DE COMUNICACIONES Y OTRAS EMPRESAS

La pandilla manifestaba espíritu de empresa, no sólo en el sentido de las aventuras, sino también en el de las tendencias progresistas y utilitarias.

Una de nuestras mejores organizaciones era la de señales y comunicaciones.

Aparte del pequeño tatuaje de una cruz marcada con tinta azul en el brazo izquierdo, que era una prueba de dolor físico y debía sufrirse airosamente, los miembros de la pandilla no necesitaban usar otro signo para ser reconocidos. Les bastaba y sobraba con su aspecto y presencia. La tez bronceada por el sol, con el color de Neyba, el Marruecos dominicano; la mirada franca y audaz, la jubilosa energía que retozaba en sus miembros, daban a los cruzados de la pandilla expresión de muchachos sanos y alegres, bravos y audaces. Suerte que profesaban culto a los mayores. Cualquiera padre o persona de edad y respeto que los encontrara en malos trances les imponía y ellos acataban, el consejo y la reprimenda. Aquí cabe hacer una aclaración. Los guar-

dianes de fincas fruteras jamás han sido reconocidos por los muchachos como personas respetables. Presúmese que el motivo de tan alarmante anomalía consista en el estado latente de beligerancia que existe entre las partes pro-frutas y anti-frutas "gavi-lladas".

El silbido estridente, con auxilio de los dedos introducidos en la boca, con su variada serie de modulaciones, calderones y pausas, constituía un código de interpretación infalible.

Cada miembro de la plana mayor, obligatoriamente, y los de la menor, voluntariamente, poseían colgados en sus patios, uno o varios trozos de rail para tañerlos. Tan pronto como uno escuchaba el conocido repique, que también tenía su código, repetía la señal y la llamada que oía y que atendían seguido los diestros miembros de la hermandad de pilletes, cuyo máximo florecimiento quedó evidenciado cuando los gallineros y árboles de nuestras casas se convirtieron en campanarios. Ningún muchacho quiso ser menos que los demás en la libre expresión de su emoción y pensamiento por medio tan sonoro, agudo y de tan lejano alcance. Tal expresión del derecho de las campanas sólo conocía y respetaba dos restricciones: un enfermo de gravedad o una parturienta en el vecindario. Para hacer conocer tales circunstancias habíase establecido un repique especial, cuya ejecución era privilegio exclusivo del "Gacho". Eran toques moderados y lentos como los usuales en nuestras iglesias para anunciar una misa rezada. La su-

presión del interdicto de las campanas, correspondía a una segunda señal que daba el "Gacho", con una orgía de jubilosos repiques de gloria, como manifestación de alegría de la vida que triunfa.

Los vecinos de nuestro barrio, aún los más viejos, tenían la manía de no morir. Para el rarísimo caso de duelo de las campanas había una regulación de plazos, desde un mes hasta una semana de silencio. El duelo más corto les correspondía a las beatas. No recuerdo el motivo de tal medida, si fué porque se presumió que su calidad de presuntas santas las había de llevar derecho a la gloria de las santonas, un sitio de beatíficas habladurías, cuya absolución se obtiene mediante el arrepentimiento de palabras que no de corazón, pues ese caso implicaría la renunciación al objetivo de su existencia. ¡Es tan cómodo eso de pecar, darse luego un lavadito en coloretos de virtud y falsa dulzura, para volver a las andadas! En lo que se refiere a los miembros de la pandilla, eran ellas las portadoras, a nuestros padres, de las denuncias y chismes que nos acarreaban reprimendas y castigos.

En el caso de la regulación de las campanas, en relación con las parturientas y sus crías, presúmese que los recién nacidos que recibían esa primera vacunación auditiva, no sólo quedaban inmunes al espanto y la alferecía, sino también, consagrados luvetones campaneros a modo de bautismo pandillero.

El "Gacho" ideó construir el cuartel general de la pandilla. Fué necesario adquirir herramientas por





compras y préstamos. Compramos un serrucho de, por lo menos, décimas manos, a juzgar por los dientes que le faltaban y el óxido que lo roía. Nos prestaron una hachuela que, supongo fuera de segunda manipulación porque no daba señales de recordar el filo primitivo. Cuando hicieron falta más instrumentos, porque todos queríamos trabajar, todo machete que apareció, aunque estuviese roto y mellado, fué requisado y dieron buen servicio a fuerza de golpes, esfuerzos y martillazos. Entiéndase por martillar, en el presente caso de excepción, la acción del golpear, más o menos furiosamente y en razón directa a la falta de filo del instrumento utilizado, ya fuere con piedras, trozos de hierro, de madera dura y hasta algún martillo auténtico con el mango puesto por nosotros. Con entusiasmo y tozudo esfuerzo infantil, todo instrumento sirve, con más o menos limpieza, si no corta, al menos raja. Toda aspereza o bocado de menos que ofrezca la pieza labrada los pule su maravillosa fantasía, que sabe suplir también con ventaja lo que falta.

Adquirimos en el comercio cuatro cajas vacías, las más grandes que pudimos encontrar. Compramos cuatro horcones gruesos para postes esquineros y cinco más delgados: cuatro de éstos para el cuadro de arriba y uno que usamos como viga medianera transversal, dispuesta para que no cimbreara demasiado el primer piso. Parece que enterramos poco los horcones, nos satisfizo ver lo que quedaba fuera de ellos, unos diez pies. Estábamos dispuestos a ha-

cer una edificación notable por su audacia y esbeltez arquitectónica. A la altura indicada montamos sobre el cuadro dos de las cajas, las clavamos y, sobre ellas fijamos las otras. Así tuvimos un edificio de tres pisos. Una quinta caja dió la madera necesaria para hacerle su correspondiente pedazo de plataforma que sobresalía en las extremidades opuestas de cada piso y servía para apoyar en ellas la escalera de mano, único medio disponible para que las visitas subiesen a ellos. Nosotros debíamos usar uno distinto. Habíamos adquirido otro horcón, casi doble de largo que los anteriores; lo hincamos muy próximo a la casa, tendimos entre su extremo más alto y el techo del tercer piso una especie de tornapunta, y de ella amarramos un cable viejo que pendía como cuerda de horca: por allí debíamos escalar y descender los esforzados pandilleros.

De momento sólo construimos una escalera portátil por escasez de materiales y de recursos necesarios para adquirirlos. Nuestra estimación de gastos, a título de legítimo presupuesto de construcción, falló calamitosamente, a pesar de que la fábrica se hizo por administración. La primera plata reunida no alcanzó ni para la mitad de la empresa, pese a la fiscalizada honradez de los constructores y a su pericia.

Pero ¿quién puede con los imprevistos? De lograrse tal hazaña no fueran tales ni merecieran el nombre.

La manipulación de la única escalera portátil, para el uso de las visitas, fué objeto de buena regu-

lación. Disciplina y voz autorizada de mando, hacen milagros. Subía todo el mundo al primer piso, entonces se retiraba la escalera, se tiraba de ella hacia arriba para ser utilizada del primero al segundo. Había un encargado del servicio de escalera, cargo honorífico pero de mucha responsabilidad, sobre todo cuando eran las visitantes, muchachas. Entonces había muchos aspirantes al puesto. Luego solían oírse algunos chillidos, la casa se bamboleaba un poco, pero el resultado práctico de nuestras instalaciones era evidente.

A fuerza de serruchazos y de sudores fueron abiertas las puertas correspondientes que comunicaban las cajas-pisos entre sí. Aquel edificio contaba, pues, con una planta terrera, dos habitaciones en el segundo piso y dos en el tercero. No se podía pedir más.

Lo malo fué lo ocurrido con la pintura. La preparamos con almagre rojo y aceite de linaza y aún cuando fué aplicada a la madera, poco a poco fué trasladándose a nuestros vestidos.

Las oficinas, instaladas en los altos, tenían buena dotación y organización. Tres tablas clavadas a distancia una de otra, a manera de aparador, servían: la de abajo como mesa de escritorio y las otras de repisas para colocar nuestras cosas. Entre éstas había, el día de la inauguración, dos pliegos de papel ministro, dos tinteros con tinta morada, plumas, un reloj despertador viejo con el vidrio roto y sin minutero que, aunque manco y todo nos rendía cumplido



servicio con su manecilla horaria única, y nosotros lo entendíamos. Acomodamos también nuestros instrumentos de alarifes, además, un imán, una lupa, unos binóculos dislocados, pero perfectamente utilizables si se miraba por un foco primero, y después por el otro. Nuestra biblioteca era escasa; la componían dos tomos de los "Tres Mosqueteros", cuyas interesantes ilustraciones se las habíamos arrancado y lucían clavadas en las paredes, alternando con un cromó de calendario, varias estampas de santos y santas y un "Almanaque Bristol" que teníamos como infalible en sus previsiones del tiempo, a las que nos acogíamos, como resultado de continuadas experiencias, en sentido inverso al pronóstico. Un día, domingo, rezaba su vaticinio, buen tiempo. Fiados en él salimos de excursión para las Cuevas de Santa Ana y en el camino nos topamos con una sucursal del Diluvio Universal, pero... sin Arca de Noé. En lo que nunca nos falló el famoso almanaque fué en el anuncio de las festividades eclesiásticas.

La fiesta de la inauguración en nuestro típico club fué muy animada. Un domingo, después de la misa de la Iglesia, celebramos otra en el improvisado altar que erigimos en la planta terrera de nuestro edificio, y el que fué bautizado pomposamente y con todas las de la ley, agua bendita, incienso, voces ambiguas que sonaban a latín. Hubo convite, quemamos cohetes, repicamos a más no poder, en una palabra fué fiesta espléndida y memorable.

Una vez que amainó el primer entusiasmo, que cada uno de los asistentes subiera y bajara varias veces la escalera portátil, fué menester imponer la disciplina y el orden previstos. Los ocupantes del piso terrero debían ser los ejecutantes de las órdenes, los del segundo tenían calidad y oficio de ayudantes y transmisores del mando, cuyas disposiciones descendían del tercer piso. Se suscitó cierto desacuerdo, porque si bien al "Gacho" y a mí y a Manolín, no nos discutían la más alta posición, a Toñito, en cambio, lo querían bajar al primer piso. El "Gacho" lo amparó haciéndolo su secretario. Tenía esa liga raíces muy hondas: en la escuela ocupaban un mismo pupitre y el talento de Toñito motivaba la frecuente salvación del compañero. Yo no podía ser menos que el "Gacho", y en la habitación contigua del mismo piso tenía a Manolín como asistente. Los de la segunda planta se las arreglaron de idéntico modo después de muchas discusiones y algún que otro empujón que estremecía toda la aparatosa armazón de la casa. El piso terrero contenía la tropa de línea. Por carencia de sus jefes soplaban por aquellos sitios pequeñas ráfagas de amotinamiento, lo que dió lugar a que la pandilla se constituyera en tribunal y que este decretara en primera instancia un par de ejecuciones. Hubo apelación y se conmutó la pena. Dos reos fueron atados al poste anexo a la casa a falta de prisión y cepo.

Hicimos de todo en nuestra casa. Comimos, bailamos, se escribieron varios oficios, cartas a las mu-

chachas, y yo hasta pretendí dormir en ella una noche. ¡Lástima que a papá no le pareció buena mi inspiración y no pude realizarla!

A los ocho días de inaugurada la fábrica, que había adquirido fama dentro y fuera del vecindario, quisimos celebrar otra fiesta extraordinaria. El Club había adquirido un nuevo carácter oficial. Habíamos desprendido de nuestro gallinero mi palo de banderas y ahora lucía muy gallardamente fijado en lo alto de nuestro empinado edificio. Al izar la bandera dominicana con una diana de vítores y tambores, adquirió aquello aspecto de gobernación o por lo menos de comandancia de armas. Pero eso fué el motivo del desastre. Se despertaron los sentimientos bélicos de la pandilla, ésta se dividió en dos. Dispúsose un ataque simulado, con defensa estratégica de la plaza. La parte atacante en aquel simulacro, la mandaba el "Gacho", mientras yo me hice cargo de la defensiva. Me establecí en el primer piso con el Estado Mayor, y retiramos la escalera. El grueso de mis tropas defendía los bajos. Adiviné el plan de batalla del "Gacho": un ataque combinado con amago de acometida contra los bajos, mientras él y sus mejores hombres tratarían de escalar los altos. Y así fué. La batalla resultó encarnizada, el ataque espléndido, la defensa superior. ¡Qué refriega tan buena! Aquella pelotera y gritería daban gusto. No valían los golpes, pero sí los empellones, las luchas cuerpo a cuerpo y los tirones. Y fueron éstos tantos y tan esforzados que la casa crugía des-



de los cimientos al techo. Eran muchos nuestros bríos y, naturalmente, la frágil fabrica se resintió. Por mucho tiempo se estuvo meciendo, como si nos dijera que no. No reparamos en estos signos negativos y entonces fué cuando ocurrió la catástrofe. Todo el alto y empinado edificio comenzó a ladearse y a retemblar de modo alarmante. Voces de mando, gritos y audaces saltos, se sucedieron en tropel. Los combatientes de la planta baja huyeron. Los de arriba saltamos a tiempo y felizmente, porque toda nuestra amada hermosura arquitectónica se ladeó lentamente al principio y fué acelerando su movimiento hasta llegar a la violencia de la caída con una apoteosis de ruidos y de espanto.

¿Qué íbamos a hacer con toda la madera que nos dió el derrumbe de nuestra casa? Resolvimos establecer un taller de carpintería. Hicimos primero un banco y una mesita. Exhibimos varios días nuestra mercancía, la propusimos a varios vecinos; pero por más que pregonamos su excelente calidad y especial solidez, lograda con enorme cantidad de clavos, el exigente público no sólo no le hizo caso, sino que le ponía defectos. ¡Que las tablas eran rústicas, que tenían hoyos de nudos y que estaban rajadas, la mesa cojeaba, y era muy áspera la tabla del asiento del banco!

Una noche tuvimos mejor suerte... Fuímos con nuestros muebles al mercado de la Playa Ozama. Nadie quiso comprarnos por dinero aquellas preciosidades de madera, arte y paciencia. Al fin el cam-

balache permitió negociaciones. Obtuvimos dos “petacas” de caimitos por el banco, y un pollo por la mesa. Notamos pronto que a éste lo apestaba el “moquillo”, pero le apuntaban los espolones y tenía buena “pinta”. Resistió el paciente, milagrosamente, una fuerte dosis de píldoras de sebo de Flandes y de otras drogas galleras y frecuentes friegas con limón agrio en la incipiente cresta. Lo curamos, lo jugamos con medio peso de apuesta y... huyó.

Hecho que nació torcido  
no hay modo que se enderece  
Más vale que otro se empiece  
dando el primero al olvido.

Quizás pensó en eso Manolín cuando propuso, y fué aceptado, que comenzásemos la fábrica de una capilla de mampostería en el patio de su casa. Ensayaríamos con la piedra y el mortero, el ladrillo y la llana, la suerte que nos negaron la madera y los clavos, el serrucho y el martillo. A nosotros, aprendices de muchas artes y maestros de ninguna, no nos arredaban las empresas, ninguna nos parecía difícil, lo peor que éstas pudieran tener era que terminaban demasiado pronto mientras a nosotros nos sobraba siempre espíritu de brega y claro... teníamos que acometer otra.

Resolvimos hacer nuestra pequeña iglesia de metro y medio de alto, por uno de ancho y dos de

largo, en un ángulo del patio para utilizar las dos tapias que lo componían y ahorrarnos la construcción de un par de paredes.

Había en las cercanías de nuestro solar una casa en construcción. Nos acercamos, animados de buena fe, a un albañil que trabajaba trepado sobre un andamio. Le propusimos que nos vendiera un poco de material. El hombre se hizo el sordo, era de mal genio y no respondía. Al insistir nosotros, volvió la cara, nos miró, se agachó, cogió de la artesa que tenía a sus pies toda la mezcla que le cupo en la llana, y en rápido movimiento nos la lanzó con furia en tanto nos decía:

—¡Ahí va la primera entrega!

Nuestra retirada fué forzosa y violenta. Pero cambiamos de táctica. Volvimos por la noche y obtuvimos mortero y ladrillos a muy bajo precio, pues los recogimos del suelo, sin intervención de corredor ni aún de vendedor.

La fábrica de la capillita ofreció muchas dificultades al principio, cuando las paredes no querían subir y se caían, no por falta de plomada, sino por estrechas. Les dimos luego un formidable espesor y las llevamos donde quisimos. El segundo problema serio se presentó en el momento de formar la bóveda y fué resuelto gallardamente, gracias a varias planchas de zinc viejo que arqueamos. Sobre el zinc echamos nuestra bóveda. La empañetamos lo mejor que nos fué posible, sirviéndonos de una trulla vieja



de metal, otras que improvisamos de madera y aquellas que nos dió la naturaleza en las extremidades de los brazos.

Por más maña que nos dimos, aquella fábrica no quería parecerse a una iglesia. No le valió ni el campanario que le adosamos.

—Caray! —dijo uno— eso, más que campanario parece una chimenea y toda la capilla un horno.

Y... en horno se quedó.

La primera vez que le pusimos fuego comenzó a agrietarse y a echar humo por muchas partes y nosotros a tapar con mortero los escapes. La forma lisa y artística primitiva de la bóveda se perdió, sobre todo después de adosarle dos pegotes de argamasa que le dieron aspecto de lomo de camello. ¿Pero qué importaba? ;Horno hicimos, aunque fuese por casualidad!



## CAPITULO XII

### EL PATIO DOMINICANO

El alma y las energías del muchacho requieren para su desarrollo y vida feliz, espacio, aire y sol. Si no se los dan, los busca. Aquel que no tiene patio se tira a la calle o al campo.

Buena suerte la mía. La casa en que viví de niño, tenía hermosos patios. Los amé y me dieron mucho gusto. Por cada creación de mi fantasía me han devuelto tan dulces recuerdos que debo rendirles homenaje, dándoles el puesto que les corresponde en esta historia y resaltando su personalidad al presentarlos.

A juicio mío no es propiamente dominicano el hogar que no tiene patio, lugar íntimo de refugio y paz, de sombra y fresco, de delicia y poética belleza, gracias al arte que ponen en su esmerado cultivo nuestras madres y esposas, hijas y hermanas.

Un hogar menesteroso puede tener muebles escasos y pobres en la sala, pero el alma de sus mujeres florece en los rosales y enredaderas de su patio.

El cuadro de pintura artístico de un salón, es



copia muerta si se le compara con un lirio que se mece en su tallo, sonríe a los astros al bañarse en un claro de luna y nos acaricia con su alma que se deslíe en los aires como una oración de perfumes.

¡Con cuánto amor se espera el primer capullo de un rosal! La ofrenda floral de un patio que llevan nuestras mujeres a los altares del hogar o al retrato de la madre muerta, es brindis de primicias y alegrías, de esperanzas y pacientísimos cuidados.

El patio dominicano es hijo del patio andaluz, herencia de nuestros padres. Su limpísimo caminito central semeja el partido de una cabellera cuajada de flores.

Ese paraje es un poema vivo del hogar. La novia ideal debe tener jardín, escuela de arte creador de belleza. En un cenador, bajo una enramada cubierta por enredaderas de campanillas y madreselvas, se tejen canciones y esperanzas, recuerdos y lágrimas en las prendas de vestir.

Ese sitio encantador retiene escondido en cada rincón, prendido en cada arbusto o anidado en las ramas de los árboles, un pedazo de nuestra alma de niño, en el jugar y el fantasear creador de islas y bosques, fortines y castillos y mil parajes de encantamiento. De adolescente, porque en las ramas de sus árboles prendieron nuestros columpios, trapecios y argollas. En la copa de esos palacios de fronda, fuimos precursores de los Tarzanes paracaidistas. En sus pisos más altos estudiamos nuestras lecciones; declamamos versos en alta voz; leíamos la pri-

mera historia de indios, también la primera novela, la mejor de todas, la primera carta de amor de la muchacha.

El patio dominicano es una novela de muchos besos y amores. Sus tapias guardan huellas de gratas y audaces aventuras. De muchacho en pos de la fruta del cercado ajeno, de adulto, en alas de Cupido.

El patio nuestro fué el clásico lugar de cita para la conspiración del patriota contra el enemigo opresor.

El patio es la antítesis de la calle. Esta es lucha y parada. Aquel paz e íntima verdad. La albura del "flux" blanco que lucimos fuera, nace en la batea del lavado, cabe la umbrosa protección de un "limoncillo" o de los abanicos de una palmera que se mueven como si llevaran el compás de los puños que friegan.

En nuestro patio es clásica la limpieza y hay olores típicos. Uno es el de mezcla de aromas de flores, geranio y albahaca, otro el de café tostado. Casi siempre se agrega a ambos, el de incienso que viene del altar hogareño o de la casa del vecino espiritista.

Allí nos miró por vez primera el cielo; nos guiñaron sus ojos las estrellas para anunciarnos la proximidad de los Tres Reyes; nos sonrió la luna mientras jugaba al escondite detrás de las nubes.

Huerto y jardín a la vez en reducido espacio, a veces se apiñan en innumerables cajones y latas y en arriates variadísimos cultivos.

Eficiente competidor con la farmacia, nos brinda el remedio de primera mano: para catarros y los nervios, hojas de “guanábana” y el “saúco”; alivio de los riñones, la “bruja, Juana la blanca” y “siempre fresca”; para el estómago, “naranja y yerba-buena, orégano y toronjil”; para muchas otras dolencias, la “malva” y el “yantén”, la “salvia” y la “suela con suelda”, la “sábila” y la “túa-túa”.

El patio suele tener hermano: el traspatio, que si es mayor que el primero tiene el encanto de ser la “estancita”. Mayor o menor, es hermano humilde. Su útil complacencia carga con la basura y el gallinero, la cobacha y las enredaderas del “cundeamor”, los nidos de lagartijas en los mechinales de las renegridas tapias, la mata de “jobo” con su pan de “comején” y por último, encubre las fechorías y malicias de los muchachos.

El gallinero tiene un segundo oficio, el de cuartel provisional de la pandilla. Ese carácter se lo da su palo de banderas, que no importa sea una vara de “bambú”, el caso es que luzca su bandera de pirata a la hora de guerrear, o la dominicana que se desfleca, allá arriba, en un alarde de alegría en su retozo con la brisa y el sol o cuando su flamear saluda al horizonte. Diríase que ella, en lo alto, vislumbra y festeja lo que dará de sí la joven energía humana que juega a sus plantas.

¡Ay del vecindario cuando un gallinero se trueca en campanario!



El patio tiene voz: la canción de la mujer, el canto del canario o ruiseñor, el clarín del gallo, el cacareo de las gallinas o de la cotorra que los imita; la del pilón, los ejercicios de un músico, el ensayo de la serenata, el murmullo del rezo del rosario, el canto de los juegos infantiles, la risa o el llanto del niño, la voz de la sirvienta que refiere el cuento de la "ciguapa" y de las cuevas de indios. Aún dormidos nos sabe hablar el alma del patio; se vale de la brisa, en la hora de la siesta, para susurrarnos al oído los más dulces ensueños.

Se apagaron ya en nuestros patios las voces de aquellos carrillos que cantaban alegres dúos en los pozos medianeros.

El azahar es la flor de las novias. La Virgen dominicana, cuando hizo su aparición sobre el árbol tres veces bendito, porque lo fué por ella y lo es por sus flores y sus frutas de oro, se desposó para siempre con el corazón dominicano. Rendido amante, debe ese corazón tener siempre un recuerdo vivo de su santa aventura; cada hogar dominicano debe plantar un naranjo en su patio, como si fuese el alma de ese sitio encantador que evidencia la hermosura de los corazones que lo aman y lo cultivan.

Nuestros poetas y escritores se descubrieron a si mismos en sus patios. Allí escucharon y expresaron por vez primera la canción de la belleza.

¡Qué bien se evoca la imagen de la amada sobre el fondo de un rosal florecido y de las campanillas que se mecen como si saludaran ese recuerdo!

¡Cómo viaja el alma, pasajera en las nubes que pasan por nuestro íntimo marco de cielo!

La trepadora enredadera sabe decirnos cómo conduce hacia arriba la constancia que busca la luz.

Así eran los patios de mi casa.

## CAPITULO XIII

### LOS EXAMENES Y SU ORIGEN

Tengo ciertas creencias, mejor dicho, quiero imponérmelas para no desesperar del todo, respecto de la inconstancia de la felicidad humana, el triunfo del bien, de la justicia, etc.

Es evidente, a juzgar por lo que dijera Don Quijote, que en la historia de la humanidad ha habido edades de oro. También nos consta la existencia de otras de fuego y de hierro, de lágrimas y sangre. Dijérase de la atmósfera de éstas que fuesen de azufre encendido, para que les sea propicia a los agentes y altoparlantes, que con el título de conductores, llevan a sus pueblos a degollarse entre sí.

La Tierra viaja por el infinito en compañía de su bellísima hermana Venus, cuyas veleidades no debemos criticar con demasiada severidad porque nuestra madre tierra tiene su lunita, hija de padre desconocido. Estas hermanas, las únicas de su sexo entre las hijas del sol atraviesan acompañadas de sus hermanos mayores y menores, los otros planetas y de su padre, por diversos climas cósmicos, unos sanos y apacibles, otros ponzoñosos y turbu-



lentos. Debe suponerse que unos serán gobernados por el genio del bien, los otros, por el del mal.

Una vez que la Tierra y su compañía atravesaban un clima pernicioso, como parece que está pasando ahora, surgió la funesta invención que vamos a comentar.

“In illo tempore”, era, la infancia, la flor de la vida del hombre y gozaba de jubilosa y despreocupada dicha. Como ese estado de ánimo era en aquella época un estado de cosas contrario al funesto designio imperante, así resultaba la felicidad confiada y jocunda artículo de contrabando en la Tierra. El diablo que andaba de servicio como policía secreta, denunció el caso a las maléficas autoridades cósmicas, las cuales en recompensa de su celo le dieron plena facultad para reprimir el desafuero. Entonces fué cuando el diablo inventó la tortura de exámenes escolares, con el fin exclusivo de amargarles la vida a los muchachos, cuando menos por el término de algunas semanas al final de cada año lectivo.

Como el método de tortura aludido le dió tan estupendo resultado, el maligno lo extendió también a los adolescentes de las escuelas superiores y a los adultos de las universidades.

Y después de haber denunciado el mal y su causa, es justo que diga el remedio que el hada experiencia me confió en secreto. Me dijo así: Para todo maleficio hay un conjuro. Al diablo se le presenta la cruz y huye despavorido. Para combatir triunfal-

mente el terror de los exámenes, hay un talismán infalible: la voluntad. Pero ésta no se debe aplicar violentamente, a grandes dosis y a última hora, sino de un modo latente y constante en forma de atención y buena conducta en las clases de la escuela y además en una hora, por lo menos, de estudio a fondo en la casa. Con este remedio los exámenes embotan su filo y ni "cortan ni quemán" a nadie.

Los atribulados miembros de la pandilla estábamos de exámenes. El "Gacho", el valiente y temible capitán, mostrábase pálido y tenía miedo. Y yo... pues también sentía un susto de regulares dimensiones alojado en el pecho. Digo que estaba allí, porque me apretaba el corazón, pero luego se corría a las manos y la pluma, el lápiz o la tiza que sostenían, temblaban un poco.

Entonces no tenía yo la información que poseo hoy, por eso no pude contestar al "Gacho" cuando me preguntó:

—¿Quién sería el maldito que inventó los exámenes?

Mi buena y pacientísima mamá hacía dos días que manipulaba las tijeras y la goma de pegar. Me hizo con primor todos los cuerpos geométricos, con cartulina blanca y las aristas pegadas con listas de papel de color. Daba gusto verlos. Papá ayudó al trazado de las figuras; me pasó en limpio el cuaderno de geometría, después del evidente fracaso mío cuando intenté hacerlo; también me dibujó magnífico mapa-mundi. Una hermana mía que era muy estu-

diosa, copió con letra clara y sin ningún borrón, mis cuadernos de lenguaje y de enseñanza cívica.

No era yo de los peores alumnos del curso. Fui relativamente buen alumno, por amor propio y principalmente por el influjo que ejercía sobre mi ánimo la señorita Julia, la bondad vestida de belleza hecha profesora de nuestra escuela. Era la hija del director y frente a los miembros de la pandilla actuaba de hada buena.

La Botánica y la Zoología eran dos pesadillas para el "Gacho". Argumentaba sin falta de razón:

—¿Para qué diablos hay que aprender Botánica, si uno desde pequeño conoce las frutas que se comen? Hasta los burros saben, con sólo olerla, la yerba que les conviene.

—Hum! —objetó Toñito al escucharle— a la cotorra que ya sabe hablar le convendría aprender a leer un manual de Botánica, así comprendería que no debe comer perejil, so pena de muerte.

—Tú siempre dándotelas de sabio— le replicó el aludido.

—Adiós, ¿y no es cierto lo que afirmo?

—Sí hombre, pero lo que te digo es que no te las "dés" tanto.

De resultas de estos comentarios le quedó a Toñito el mote de "el sabio o el botánico", y pasaba la calentura correspondiente cuando se lo aplicaban.

En los exámenes de la mañana del día siguiente, ocurrió un incidente que agravó más la tirantez de relaciones entre Toñito y el "Gacho". Este último



se quedó, por creerse más necesitado que el destinatario, con un "chivo" que le dieron para que se lo pasara a Toñito. A pesar de las suplicantes miradas de éste, cuando quiso darse por enterado y se disponía a complacerlo, tocaron el timbre que ponía fin a la hora de la prueba.

El mismo día por la tarde estábamos de examen de Botánica. Manolín, que era la potencia en esa materia, me pasó otro "chivo", cogí de él lo que me hacía falta y se lo pasé pronto a Toñito. Se aprovechaba éste de la "ganga", cuando el "Gacho" acechó un descuido del profesor guardián, para decirle en tono bajo pero imperativo:

—¡Mira, mono sabio, pásame eso pronto!

Se indignó el aludido, tanto por el mote, como por el recuerdo de su otro agravio y tuvo una de sus peores ocurrencias. Le hizo al peticionario un gesto con la mano para que se esperase un poco. Acto seguido copió la hoja solicitada; retuvo el original y en la copia sustituyó la palabra monocotiledónea, por "micotiledónea". Luego le pasó al "gacho" la codiciada prenda que fué copiada al pie de la letra, apresuradamente y con el sobresalto correspondiente a tales trances, por él y dos más que tuvieron idéntica fortuna.

El novedoso cambio para la designación de las plantas de un sólo lóbulo, repetido en tres trabajos dió por resultado su rechazo total por el jurado con la consiguiente reprimenda.

Toñito, con pretexto de enfermedad, se pasó los primeros días de vacaciones encerrado en su casa. La pandilla le tenía puesto sitio amenazador. Por suerte, su familia resolvió ir a veranear a Baní.

Rencores de muchacho no resisten sesenta días que duraban los asuetos y, sobre todo cuando el culpable era Toñito, que volvía al seno del redil, anunciándolo previamente por carta, con un "macuto" lleno de "panetelas" de dulce de leche de chiva, un queso criollo y dos docenas de "niños envueltos", golosinas que deben su fama a su alma de melado y al espíritu del humo de la leña.

Además Toñito trajo una versión consoladora que no me atrevo a asegurar fuese banileja o de su magín. Toñito era monaguillo y poeta. Nos aseguró que arrepentido por lo que hizo al "Gacho" se había confesado y que platicando sobre esas cosas, le había dicho el cura que allá arriba, en el cielo, no había escuela, ni exámenes; que esas instituciones eran hijas de la maldad de aquí abajo. Pensando yo en eso, más tarde, he venido a caer en la cuenta, que en el empíreo serán los ángeles los profesores que miran a uno y de la risueña lumbre de sus ojos que nos contemplan se desprenderá su mensaje de amor y luz que ha de captar como evidencia, el alma nuestra.



## CAPITULO XIV

### E L B A Z A R

Entre los miembros de la pandilla había una honrosa tradición: ninguno lloraba. Pleitos y "peleas", brazos partidos y mordidas de perros, clavadas de espinas de corozo y erizos, cortadas y machucos, terribles raspones en la piel ocasionados por las rocas del mar, regaños y exámenes rechazados, todas estas pruebas habían sido frecuente y gallardamente sufridas.

Sin embargo... hacía días que el "Gacho" no era el mismo. Llegaba el último a las reuniones, faltaba a menudo, mostrábase displicente, apenas hablaba; su ropa aparecía muy mal tratada, las suelas de sus zapatos estaban tan gastadas que presentaban un par de "luceros"; y, lo más increíble, hasta se había aguantado varias cosas, incompatibles con su fama, sin pelear.

El "Gacho" se está poniendo cobarde. Tal fué la primera sospechosa versión que corrió. No la creí. Conocía por propia experiencia y variados y repetidos detalles, su calidad. No le pasó lo mismo a un guapetón de auto-fama, recién llegado a la ca-



pital procedente de un pueblo del interior, donde, según él, eran los hombres unos come-balas, el más fiero de ellos, su papá, que a la sazón era el Gobernador de su provincia. Desde luego el hijo resultaba ser un pichón de aquel prodigio. Nuestro fanfarrón hacía una semana que estaba a prueba entre nosotros. Decía tener un puñalito guardado en su casa. Ya nos tenía mareados con el repetido relato de sus haberes, posibilidades y proezas. Según él, solía atravesar a nado el caudaloso río de su pueblo; escapar al pelo cualquier potro; ir solo ¡y a media noche! del pueblo a su finca, pasando y repasando frente al cementerio salpicado de luces grimosas que muchas veces vió apagarse y encenderse por sí solas. De la relación que nos había hecho de la valentía y las hazañas de sus coterráneos, especialmente de sus familiares, diríase que era como si nos refiriese una granizada de balazos, machetazos y puñaladas. En verdad era inexplicable como quedaba gente viva en aquellas regiones, para contar tales cosas.

Con todo eso, nuestro cachorro de tigre no había peleado con ninguno de los cuatro "grandes" de la pandilla. Hablaba y hablaba y se fué entusiasmando, hasta que llegó a tirar una que otra "pullita al "Gacho", y éste, callado. Ya empezaba a molestarme la situación y en un momento de violencia le dije a Manolín refiriéndome al "guapo" nuevo:

—Si el "Gacho" no le rompe la boca, se la tapo yo de una trompada.

Me oyó el amigo aludido y como si despertase de su abstracción, sólo dijo, con despectiva displicencia, estas palabras:

—¿Y quién no le pega a esa porquería?

—¿Porquería ha dicho! ¡Ay caracho, eso si que no se le ha “voceao” aquí a nadie así, en su misma cara!, exclamó uno.

Luego argumentó otro sentenciosamente:

—Al que le dicen porquería y se lo aguanta, porquería se queda...

El aludido se había puesto muy serio. La situación era comprometedora, estaba irresoluto y miraba al “Gacho” con recelo, pero éste, después de lo que dijo, ni se movía, sentado al borde de la acera y con la mirada fija en el suelo.

La bomba estaba allí, sin estallar. Toñito le pegó fuego a la mecha. Le entraron las mismas ganas que a mí y para provocar al otro, hizo esta proposición:

—Señores, este tipo tiene un nombre muy feo para que pueda quedarse en la pandilla, y propongo que “botemos” de ella a Porquería.

El aludido ya no tenía otra alternativa, o irse lleno de oprobio, o pelear. Optó por esto último, pero escogió el palo que le pareció más bajito, para ahorcarse. Y se dirigió de frente y agresivamente contra Toñito. De repente el “Gacho”, como si lo hubiese disparado una catapulta, se plantó de un salto entre los dos que, ya cambiaban los puñetazos prelimina-

res y de tanteo que suelen preceder a una buena pelea. Encaróse al retador y le dijo:

—No, precioso, es conmigo con quien vas a pelear y te voy a dar una pela con una sola mano.

La derecha del “Gacho” era formidable, y cumplió su palabra.

Con tan gallarda prueba en contra de la versión de su cobardía, volvía a surgir la pregunta: ¿y qué es lo que tiene el “Gacho”? Dejamos de verlo una semana, no lo encontrábamos ni en su casa.

Cierto día me mandaron mis padres a una diligencia por la calle de la Misericordia, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme con el “Gacho” sentado en una acera y con una batea llena de dulces, al lado.

—¡Oh, Gacho!, ¿qué haces por aquí?... ¿y esta batea de dulces?

—Vine a un mandado, respondió de pronto y luego añadió señalando a la batea: Esto no es mío, se lo estoy cuidando a un amigo.

—¿Amigo tuyo, en la Misericordia?, si los de aquí no nos pueden ver ni pintados desde la “pela” que les dimos. Caray!, que piñonates más bonitos, tengo ganas de coger uno.

El interpelado tendió un brazo sobre los dulces en ademán de protección mientras decía:

—Deja eso, respeta lo ajeno.

—Mira quien habla de lo ajeno; ¡con los dulces que te has “gavillao” se llena una batea más grande que esa!, anda, déjame cojer uno sólo.



—¿Qué nó, te digo!

—Pues jártatelos tú sólo, grosero, y al decir esto, empujé la batea.

Y el “Gacho” se aguantó eso. De repente hasta me asusté. No podía creer lo que mis ojos veían. No sólo se había quedado callado mi infeliz amigo, sino que tenía los ojos llenos de lágrimas y al acercarme a él solícito y alarmado, se abrazó a mí y rompió a llorar.

¡El “Gacho” llorando! ¡Está enfermo!, fué lo que pensé.

—¿Qué te duele, “Gacho”?

—A mí nada... es que esa batea de dulces es de casa...

El padre del “Gacho” había perdido su colocación, por aquellos días había sido celador de aduanas. Repetidos viajes que hiciera a los centrales azucareros en busca de trabajo, resultaron infructuosos. Toda prenda de relativo valor había sido vendida, y la mayor parte de los muebles fueron a parar a la casa de empeños.

Mientras el hombre de la casa se afanaba de un modo para lograr la subsistencia de los suyos, su buena compañera emprendió la confección de dulces. Los primeros “negritos” a quienes confió la venta, se fueron con batea y todo. No hubo más remedio que mandar al propio hijo a vender. Eso sí, en los barrios lejanos. La batea se dejaba guardada en casa de unos parientes que vivían “Navarijo” abajo. El dulce se sacaba muy de mañanita. Esas y otras

miserias me contó el "Gacho" entre sollozos suyos y lágrimas mías.

—No te apures, "Gacho", que yo no se lo digo a nadie. Tal fué mi solemne promesa, y la guardé lo más que pude, es decir frente a todos, excepto mi madre y ésto a su hora y por razones justificadas.

Luego concebí una gran idea para ayudar a mi compañero y a su familia: hice un bazar. Era muy bonito, tenía treinta números premiados y no menos de trescientos pelados. Todo era, a juicio mío, de entonces, muy legal, menos lo del número trece, que el tablero del bazar tenía adherida, como premio, una peseta sin que la ficha de ese número estuviese en la hinchada bolsa de los números.

Puede juzgarse de la importancia de la rifa por los siguientes datos:

El número uno, tenía un lápiz con goma; el dos, una caja de fósforos; y así se sucedían estos valiosos premios: una maraca, un pito, un cigarro, un par de muñequitas, un trompo de madera, un carrete de hilo, un mazo de cohetes chinos, una manzana, un libro de lectura de Mantilla, una botellita de limonada gaseosa, hasta llegar al número trece con la codiciada peseta, y así seguía el famoso surtido de aquel gran bazar.

Todo iba lo más bien, y se había sacado como "real" y "medio" de beneficio. La rifa tenía sus agentes. Manolín y Toñito repetían a cada rato las muchas cosas que se habían "sacado".

Una prima noche estábamos el "Gacho", Mano-

lín, Toñito y yo frente a la rifa que exhibíamos en la acera, recostada al muro de la fachada de mi casa.

Llegaron dos muchachos a coger números, sacaron varios pelados cuando, de repente, exclamó uno:

—¡Qué suerte, el número trece!

—¡No puede ser!— exclamamos a dúo el “Gacho” y yo.

—¿Y por qué no?— inquirió muy engallado el presunto ganador.

—Porque... no puede ser— le volvimos a replicar.

—Pero, caray! miren bien— insistió el interesado, mientras nos enseñaba su ficha, un cartoncito blanco de forma octagonal y el número trece escrito en él con tinta morada. La ficha y la tinta eran iguales a las de los otros números.

—Pero ¡qué “descaraos” es éste!—dijo el “Gacho”.

—Más “descaraos” son ustedes que le cogen a uno los “cuartos” y no quieren darle lo que se gana.

Aquello iba a degenerar en pelea, y hubiera sido lo de menos. Quizás la solución que nos resultara mejor.

Habían acudido muchos mirones. La situación era crítica y aún se hizo más cuando de pronto propuso un “sabiondo” de los espectadores:

—Pero señores, la cosa es fácil de resolver. Si ustedes creen que el número es falsificado saquen todos los que están en la bolsa y si aparece entre



ellos el trece, le “caemos a patá” a estos.

¡Santa Bárbara! ¡Cuándo se abre la tierra y se lo traga a uno? Así pensaba yo en tan apretado trance. Tan ardiente invocación no podía quedar sin milagro, y éste se produjo con la súbita aparición de mi padre.

En mi angustiada mirada leyó aquel sabio lo que le pasaba al hijo. Tal vez el súbito recuerdo de algún bazar que hiciera en su infancia. ¡Todas las tómbolas y rifas se parecen tanto! Y así sin más ni más, desprendió la peseta del número trece del tablero y se la entregó al demandante del premio, mientras le decía:

—Toma, vete y no vuelvas más por aquí.

Supérflua recomendación.

El “Gacho” hizo una señal a Manolín, éste se la trasmitió a Toñito. Alejáronse del grupo con disimulo y siguieron los pasos al ganador de la peseta.

Un cuarto de hora más tarde, regresaban los tres amigos. Traían la ropa un tanto desordenada, desgredadas las cabezas, los rostros brillantes y acalorados y con uno que otro arañazo y, tres sonrisas, con sus correspondientes guiños de ojos, fué el grato mensaje que alegró mi espíritu.

Al día siguiente estaba la misma peseta en su mismo sitio en la rifa: el afortunado número trece,

Caray! si lo habíamos dicho el “Gacho” y yo:

—¡No puede ser! Y claro... que no fué.

Nos nos explicábamos luego por qué rayos se desacreditó la tómbola.

## CAPITULO XV

### LAS GALLINAS DE LA VIRGEN

A los padres del "Gacho" les iba de mal en peor. Todos los esfuerzos que hiciera el jefe de la casa para conseguir trabajo habían resultado infructuosos, porque promesas no le faltaban. Pero contando con esa moneda no fiaba el pulpero las tristes dos libras y media a que se había reducido la compra de la angustiada familia. Una de arroz, otra de bacalao y media de habicuelas, dos dientes de ajos y cinco centavos de manteca. Yo ví varios vales de aquellos en manos del "Gacho", especialmente el que le devolvieron al suspenderle el crédito a los suyos.

La madre del "Gacho", sufrida y valiente, estuvo haciendo dulces para la venta hasta última hora. Pero por entonces guardaba cama. Acababa de dar a luz. Hambre y quebrantos, tal era el triste cuadro. Tan evidente y cruel resultaba la tragedia que yo, asíduo visitante de la casa, sufría con ella.

Todos los negocios que emprendimos los cuatro "grandes" de la pandilla tuvieron poco éxito, pese a ser muy variados. La tómbola; la confección de "pájaros" y "chichiguas"; juego y venta de bolas de

loza; de semillas de "cajuil"; de botones y trompos, fueron fracasos que se sucedieron de mayor a menor. De todas estas empresas nos quedó cierta existencia averiada y un poco de experiencia, pero, al parecer, la que se adquiría en un negocio no era aplicable al otro que emprendíamos con tal ardor como si el precedente hubiese sido una maravilla de utilidad y éxito.

La única idea buena que tuve fué la de participar a mi madre la aflictiva situación del hogar de mi amigo. Ella se compadeció y con delicado tacto empezó por mandar el regalo de frutas, luego una sopa, hasta que se hizo regular el envío diario de comida.

Hasta entonces no había visto yo tomar sopa de aquella manera. La madre del "Gacho" lo hacía con los párpados bajos; de cuando en cuando se le cuajaban en ellos un par de lágrimas. Y aquellos gruesos diamantes de la mina de su dolor, refulgían un momento antes de rodar por las mejillas, para que sus luces dijese los quilates de un alma sometida a dolorosas pruebas.

Fingía aquella buena y típica madre dominicana, tener poco apetito para dejarle al hijo la mitad de los alimentos que le llevaban.

¿Cabe concebir un ser más sufrido y bueno, más dulce y bello, más comprensivo y amante que una madre? Por eso discrepo de la versión bíblica, según la cual Dios hizo la primera madre de una cosa tan dura como una costilla. A juzgar por los



milagros de abnegación y de ternura que realizan, el Amor de los Amores debió hacerlas de carne de su propio corazón. ¿A quién, sino a ellas confió el milagro de la continuidad de la especie? El las enseñó, las dió poder, y las bendijo.

A veces hasta sospecho que como fueron hombres los que escribieron la Biblia, atribuyeron su mismo sexo al Ser Supremo. Para mí la causa primera, matriz de la creación, es una madre.

En cada principio se manifiesta la voluntad del Ser. Caos, fuego y luz se suceden, pero adviene la madre mar y en ella engendra el espíritu la vida y sus imprevisibles milagros.

Una madre viva, es el alma del hogar; muerta, es su providencia.

Había oído decir que a las parturientas era necesario darles caldo de gallina. Resolví buscar el principal ingrediente.

La madre del "Gacho" era muy devota de la Virgen de Altagracia. Adoraba su imagen en un bello altarcito. Por poco dinero que tuviese siempre encontraba medios para comprar y encender en honor de la santa de su devoción, su cabo de vela o la lamparita de aceite.

Estábamos el "Gacho" y yo sentados en el umbral de la puerta de su aposento que daba al patio, mientras ella nos hablaba de los milagros que hace Dios por intercesión de sus santos. Hubo un momento de silencio y de recogimiento. La piadosa señora comenzó a rezar y en el sosiego de la tarde

se desgranaba el susurro de su oración. Afuera, en el patio, brillaba el mundo de belleza; el cielo era una gloria azul, nos acariciaba con dulzura la brisa y jugaba con el ramaje de los árboles en cuyas frondas opulentas parecían mecerse jocundas deidades invisibles.

Dentro de la habitación un alma humana practicaba con el alma del mundo. En el pequeño altar temblaba la llama de la lámpara votiva: su lengua amarilla sostenía un lenguaje místico con la santa, como si le retrasmitiese, con señales de luz, el mensaje de la plegaria de un corazón afligido.

Los muchachos no resisten mucho tiempo de contemplación y quietud.

La belleza que beben los ojos de la infancia la sorben a tragos repetidos, pero cortos.

El "Gacho" y yo nos fuimos a jugar al patio. Estando allí escuché el canto de un gallo de un corral vecino.

Quien crea que el gallo sólo sirve para andar en rondas de amores y desafíos, lo conoce a medias. Por algo le dieron poder para dar tres veces el grito de alarma a la conciencia de San Pedro y lo ponen en el tope de muchas torres y en las veletas lo enfrentan al viento.

El gallo dominicano que acababa de cantar me sugirió una idea. No le dije nada a mi amigo y le pedí excusa "in petto" por tener que enterar de la situación de su familia a un ayudante que necesitaba. Escogí para tal propósito, a Manolín.



Como el día siguiente era domingo, obtuvimos los permisos correspondientes para que mi primo se quedara a dormir en mi casa. El pretexto nos lo proporcionó tener que acompañar a mi padre al tiro de palomas en el día del Señor, hartura de libertad en campo abierto. Nosotros debíamos cobrar las piezas logradas, como perdigueros. Y así fué. Debo consignar, de paso, que hasta aquel día no había asistido a ninguna partida de caza. Cuando vi caer la primera paloma, corrí a cogerla. Estaba viva aún; se había derribado sobre un pajonal, y su cuerpo caliente, con los ojos muy abiertos en ansias de retener la luz que Dios le diera y el hombre le quitaba, estremecíase en los postreros latidos.

En ocasión desdichada había matado a una cotorra, pero no la ví de cerca. La hecatombe de palomas que contemplé con pena aquel día me hizo aborrecer la caza—esa escuela de crueldad—para toda la vida.

Nadie debe quitar lo que da, y si pretende arrebatar lo que no dió, se hace reo de robo. ¡Y qué despojo más inicuo es el robo de la vida! ¡Sólo Dios la da y la quita! Por eso dice una sagrada sentencia: “Bendito sea el Señor!”.

Volvamos a la noche anterior. Hacía mucho que habían sonado las nueve de la noche en el campanario de Santa Bárbara. Todos dormían en la casa y el vecindario también reposaba. Manolín y yo velábamos. Esperamos largo rato impacientes, hasta que no pudimos más y nos lanzamos a nuestra bien planeada aventura. Nos levantamos con sigilo, abri-



mos una puerta que daba al patio, pasamos éste hasta el traspatio y entramos en el gallinero. Allí dormían varias docenas de hermosas gallinas. Eran tan mansas que se dejaron coger sin la menor voz de protesta. Cada uno de nosotros agarró un par. Antes de salir con nuestra presa a la calle, se le ocurrió a Manolín una buena idea. Me la dijo en voz baja y la acogí con entusiasmo. Fuimos al cajón donde yo guardaba "mis cosas", cogimos un pedazo de cartón, un lápiz azul y un trozo de hilo de cáñamo. Salimos. Nos paramos en la calle debajo de un farol del alumbrado público. Amarramos las patas de las gallinas y las atamos de dos en dos. A uno de estos lotes, le colgamos de las patas un cartón sobre el cual puso Manolín esta inscripción:

### REGALO DE LA BIRGEN

Evidentemente, mi primo tenía vocación para cura.

Los santos, cuando quieren hacer milagritos se valen hasta de los muchachos sin reparar en la ortografía. A juzgar por lo que se ve en las sesiones de los centros espiritistas, muchos santos no la tienen mejor. ¿Será porque en su tiempo se hablaba de otro modo, o las escuelas de aquel entonces no eran tan exigentes como las de ahora? Pero... ¿y en el cielo no existían escuelas? ¿Cuidado si allá arriba no habrá un "Güibia" sagrado? Además, las preocupaciones que asedian hoy al hombre no son como las de antes; quizás allá se pensaba que quien había na-

cido para bueno ¿qué podría ya aprender con más valor que lo que era esencial para su alma? Para ser caritativo no se necesita saber mucho. Así pensarían ellos. Pero es oportuno declarar: ser santo a secas es bueno, pero ser santo y sabio a la vez, es superior. Al primero tal vez Dios le ponga de simple pastor de almas; al otro le hará dueño del aprisco y de su guía.

Manolín y yo cargamos con nuestro respectivo par de gallinas y encaminamos nuestros pasos hacia la casa del "Gacho". Una vez allí depositamos nuestra presa bien pegada a la puerta, dimos en ésta unos fuertes golpes y echamos a correr.

Al día siguiente, la madre del "Gacho" no se había curado aún del asombro. Mandó a indagar entre los vecinos si les faltaban algunas gallinas en sus corrales. El mandadero, que fué el mismo "Gacho", no se mostró muy diligente en la averiguación, y sólo se limitó a los vecinos de la cuadra. No lo decimos por malicia, sino que lo hizo así, y más valió. El "Gacho" supo tomar ciertas precauciones. Preguntaba de esta manera: ¿Ustedes venden una gallina? Casi todos los interrogados, ya porque no la tuviesen o porque teniéndola presumiesen un fiado de gente en apuros, se apresuraron a contestar que no poseían gallinas. De este modo se le quitan las dudas a cualquiera. Posiblemente el "Gacho" pensaba para sus adentros que el hurto de gallinas es muy común, hasta el punto que atrapar una cuando zangolotea y escarba los sembrados de jardín

ajeno, no parece cosa grave a muchas amas de casa. Desde luego previa redoblada participación de la queja a los dueños sin que éstos pongan remedio a la molestia. No es que ordenen ellas la acción, pero si los muchachos de la casa la realizan... ¡qué sabroso resulta luego el guiso!

El caso de nuestras gallinas era harto peligroso. A cualquiera podían entrarles deseos de adquirir averío de donante tan ilustre.

Yo vivía a tres cuadras del "Gacho" y hasta allí no llegó, de momento, la novedad del sagrado obsequio.

A eso del mediodía el "Gacho" intervino en el asunto de las misteriosas aves, con esta argumentación:

—Mamá, dicen que a los santos no se les debe poner mucho a prueba. Ya hemos preguntado bastante por sí aparecían los dueños. Yo creo en lo que dice el cartoncito que tienen amarrado en las patas. Voy a vender una y con su importe compro y te traigo un mazo de velas de las grandes, para que tú se las prendas a la Virgen.

Al decir ésto, miró a la imagen de la Santa, en el bello altarcito del aposento de su madre, y le dijo:

—Gracias, Milagrosa, cogemos tres, pero te devolvemos una encendida en velas.

Pocos días después llegó a oídos de mi madre la noticia. Estaba yo presente cuando una de las santurronas del barrio le contaba lo del prodigioso



regalo. Mamá fingió credulidad. Escuché el relato y me apresuré a desaparecer retirándome al patio.

Tan pronto como se fué la visita, salió mamá al jardín y me hizo repasar con ella sus sembrados. Removíamos aquí un poco la tierra de un tiesto, podábamos más allá un rosal. Así llegamos hasta el fondo del patio. Cuando quiso pasar al traspatio, me entraron ganas de irme, pero mamá me retuvo con estas palabras:

—No te vayas, quiero entrar en el gallinero, hace tiempo que no le doy un vistazo, acompáñame.

—Mamá— objeté yo— ¿que ocurrencia la tuya!, mira que te vas a llenar de piojillos.

—¿Pero que dices? —me replicó— ¿piojillos?, ¿y entre las gallinas compañeras de las que eligió la Virgen?

Imagínese mi asombro. Los ojos de mi madre reían mientras sus labios me dijeron:

—Hijito, otra vez pídemelas.

Y me abrazó y besó en la frente. Pensé: mamá es tan buena como la Virgen.

Así pues, mi regalo bien podía llamarse “las gallinas de la Virgen”.



## CAPITULO XVI

### LA SEÑORITA JULIA

En la escuela superior de nuestro barrio y en el curso en que estábamos inscritos la mayoría de los miembros de la pandilla, ejercía como maestra y hada buena, la hija del director, la señorita Julia.

Yo viví por varios años bajo el mágico influjo de la belleza y la bondad, del talento y la dulzura de mi profesora.

Confieso que la adoraba como a un ídolo. Hoy sé que fué mi primer amor, a pesar de ser yo un muchacho entonces y ella una mujer. Un psicoanalista deduciría mayores consecuencias. ¡Sabe Dios qué complejo me saqué de aquella aventura! Lo cierto es que ya de hombre fuí muy inclinado a amoríos. Para mí ella no tenía edad ni sexo, era simplemente el objeto de mi adoración: la señorita Julia.

Todas las primicias de guayabas injertas y demás frutas, y otros obsequios como caramelos y pastas de dulces y galletas, eran usuales ofrendas. El día de su cumpleaños constituía la verdadera fiesta del colegio. El alumno más pobre le llevaba un cariñoso presente y sobre todo los que no pagaban por su instrucción, que eran muchos. Me esforcé



siempre porque mi regalo fuese el mejor. Cuanto le ofrecía resultábame poco, porque los regalos de ella para mí eran infinitamente superiores. Así lo sentía al menos, mi corazón. Aún cuando mi mente no fuese capaz de analizar tales sentimientos, ella fué quien me inició en el culto de la belleza, sin que su obra fuese deliberada, ni mi captación del milagro, consciente. Tenía rara y sentimental habilidad para arrancar a su piano melodías que a mi parecer leía, con sus ojos llenos de luz y de ternura, en el cuadro del cielo que enmarcaba la ventana inmediata. Solían sus manos de lirio, vagar soñando sobre la marfileña vía del teclado, mientras el alma se le escapaba hacia el espacio para desleírse en el azul del cielo o viajar sobre la góndola de una nube pasajera. Entonces su rostro, de suyo el más hermoso que yo viera ni soñara, se transfiguraba. Hubiera jurado que irradiaba luz con calor de ternura.

Ya hombre, me he dado cuenta de que fui un amante precoz, pero sigo sospechando aún, que la señorita Julia no fué sino una oración que cantada por Santa Cecilia fué placentera al Señor quien, para materializar su gracia en un ángel, le dió forma de mujer.

Cuando ella me sorprendía en muda adoración, me sonreía. Entonces conocí yo lo que era felicidad.

—¿Te gusta la música?— me preguntó un día.

No supe que contestar de momento, porque ella y la música y lo bello eran para mí una sola unidad. Ante mi silencio, volvió a interrogarme.

—¿Te gusta la música?

Entonces no contesté yo, que solía tratarla con respetuosa timidez y hablarle de usted; fué mi alma, en un quedo balbucir la que respondió por mis labios:

—Tú!

Sus ojazos me miraron absortos primero, luego sonrientes. Quiso acercárase, pero aquel tú que yo mismo oí con asombro, me hizo huir. ¡Qué vergüenza, Dios mío! No me atrevía a volver a la escuela. La calentura que puse de pretexto el primer día y que aceptó alarmada la ingenua credulidad de mamá, no tuvo la misma aceptación en el ánimo de mi padre. Cuando la fiebre me quiso repetir al segundo día, y máxime que debido a la dieta prudencial que me impusieron al mediodía, por la noche pedí a Simona que me sirviera mi cena en la cocina y allí me sorprendió papá con un apetito, un aspecto y una alegría que le parecieron muy compatibles con mi asistencia escolar.

Fueron tantas las veces que mi padre leyó en mi conciencia sin equivocarse, que llegué a pensar que era medio adivino. Cuando Simona y yo hablábamos de ésto, me afirmaba en esta creencia con la siguiente versión:

—Tu papá estuvo una vez en Haití, posiblemente un Papa-Bocó le dió un talismán de brujería

Más tarde fué cuando vine a darme cuenta del proceso de la adivinación del padre frente al hijo. El, cuando era muchacho, ¡debió ser de los de encargo! ¡Así sabe cualquiera!

Muchas veces fingió papá creerme para que yo cayese en la celada que me ponía. Ya a lo último no le salía la cuenta. Me percaté de la potencia que tenía enfrente y modifiqué, mejorándolas mucho, las tácticas que encubrían mis fechorías.

Los papás no son malos. Ahora parece que se están poniendo mejor; ya no pegan. Hoy existen otros sistemas de educación doméstica. ¡Lástima que no los importaran aquí con más antelación! Pero, después de todo. ¿qué sería de mis recuerdos de más emoción si no tuviesen el marco que les dió el cinturón de mi viejo?

El placer de lo logrado está en relación con la audacia y el esfuerzo que se empeñó, y el riesgo que sufrimos en la empresa. El dolor y el peligro consagran al héroe. El dominio de la fama está cercado por tres anillos de muros, infranqueables, al parecer: el egoísmo, la cobardía y la dificultad. Esos muros son vulnerables al golpe de estos arietes: idealismo, valor y perseverancia.

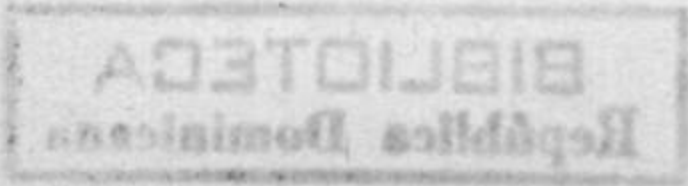
Cuando volví a la escuela, la señorita Julia me ayudó a pasar mis sonrojos. En un momento la sorprendí mirándome y yo creí leer en sus ojos la misma pregunta: ¿Te gusta la música?

En esta ocasión fué mi inteligencia la que se apresuró a contestar:

—Señorita Julia, yo quiero aprender a tocar el piano, con usted.

—Bravo, Moncito, cuando quieras.

—¡Y yo también!, exclamó Manolín.





—Y yo!

—Y yo!

Aquello resultó un pronunciamiento musical.

Así nació la clase de música de la escuela. Me enorgullezco de saber sido su iniciador.

Iniciativa válida, con acción y éxito se entiende, no de palabra, con la que se ha previsto y resuelto casi todo en estas tierras tropicales.

Extrañé que el “Gacho” no se inscribiera. Le pregunté la causa, y me dijo:

—Yo quiero aprender a tocar el cornetín.

Creí adivinar el verdadero motivo y le dije al oído:

—No te apures, yo te ayudo a pagar la clase.

El no dió su brazo a torcer. Creyó engañarme cuando aseguró que no le gustaba el piano. La realidad era otra. El “Gacho” era tan pundonoroso como valiente.

La señorita Julia no quería cobrarnos por la clase de música, pero dije que era logrero el que no pagaba, y el “Gacho” me apoyó. Es más, se hizo recaudador de la cuota e impuso de una vez el pago anticipado. Fijamos la contribución mensual en una peseta. El proyecto tuvo también general aceptación en los otros cursos y fué muy alabado en los hogares de los alumnos. Mi alegría fué inmensa cuando mi padre en vez de la peseta estipulada me dió un peso.

Cuando fuimos en comisión el “Gacho”, Manolín, Toñito y yo para entregar el dinero recogido, la señorita Julia insistía en no aceptarlo. Estábamos en

la sala privada de su casa. No sabíamos cómo vencerla, hasta que la fecunda iniciativa de Toñito floreció también, en este caso. Nos llamó aparte, nos participó su plan, lo aceptamos, y para llevarlo a término volvimos al centro de la sala. Había allí una mesa redonda, pusimos el dinero encima y echamos a correr. Nos acompañó en la huída, una sonora carcajada. Eso nos detuvo y convenció de que la señorita no se había enfadado. Entonces el "Gacho" tuvo una buena ocurrencia: volvióse y desde la puerta dijo gritando a nuestra querida maestra:

Cada uno dió una peseta y Moncito un peso— y corrió a incorporarse al grupo.

Aquella misma noche regalé al "Gacho" mi cor-taplumas con sus cachas de nácar, hoja doble, saca-corchos y punzón.

Cuando fuímos a dar la primera lección de solfeo, nos recibió la señorita con una sorpresa. Cada uno de nosotros, inscritos o no, recibió de sus manos dos cuadernos, uno corriente y el otro con hojas de papel de música; encabezados aparecían nuestros respectivos nombres escritos por ella. Además, había comprado un bonito tomo que contenía un moderno método de piano. De seguro que el gasto sobrepasó la suma que recibiera de nosotros. Hasta el "Gacho" se vió obligado a recibir enseñanza de solfeo. Una mirada de la señorita Julia le derritió el orgullo.

## CAPITULO XVII

### EPIFANIA DE LO SANTO

El hada buena de mi escuela me condujo hacia Dios, a usanza de Platón, por el camino de la belleza. Era religiosa, se propuso comunicar esta gracia a sus alumnos y lo logró en muchos. En mí con plenitud, mejor que el señor cura, cuyo lenguaje ingrato, por pavoroso y torpe, era repelido instintivamente por mi conciencia. En cambio, cuando la señorita Julia cantaba un himno religioso me parecía escuchar voces divinas. Su voz era cálida y llena, dulce y fácil. Solía decirnos: lo que yo canto es pobre ante la voz de los ángeles cuando entonan canciones al Señor.

Entonces pensaba yo cómo sería el órgano y el coro del cielo.

Cierto día le pregunté cómo era Dios. Me contestó lo que no entendí entonces y hoy me parece justo, lo que ningún libro sabio de los que he leído, ha superado. Me dijo:

—El corazón de Dios es la bondad; su sabiduría, la verdad; y el reflejo de su rostro, la belleza.



La señorita Julia nos enseñó la doctrina cristiana y nos preparó para la primera comunión. Para que este feliz y memorable suceso fuese moralmente posible, tuvo la pandilla que suspender varias sesiones y otros tantos mandatos. Nos aguantamos una provocación de los "migueletes" sin pelear. El "limoncillo" del patio parroquial se venía abajo al peso de sus frutos en sazón, era una tentación casi irresistible, pero no podíamos pecar. Estábamos tan santos que hasta ocho días después de la primera comunión, no nos atrevimos a asaltarlo. Pasado dicho plazo sí, comimos, regalamos y vendimos "limoncillos" al por mayor y al detalle. Eran de los muy buenos, de esos dulcísimos y jugosos que se pellan en la boca y dejan limpia la semilla. El árbol famoso era un gigante de su especie, un verde palacio, de muchos pisos, con alados moradores y... cantina libre.

Después de todo, ¿qué iba a hacer el párroco con tanta fruta? ¡No pensaría venderla! La casa ni era suya, ni pagaba alquiler, pues era propiedad de la Iglesia. Para disfrutar él y sus familiares debía bastarle y sobrarle con la cuarta parte de la cosecha que le dejamos, salvo error u omisión. El resto seguramente lo disponía para hacer regalos y ¿a quién mejor que a nosotros, que nos gustaban tanto?

La lógica del muchacho es encantadoramente natural.

La primera comunión produjo otro notable incidente: Manolín y Toñito confesaron que solían po-

ner a contribución, en beneficio nuestro, el contenido del "cepillo" de las colectas que pasaban durante la misa a los fieles. A partir de esta fecha quedó comisionado el "Gacho" para hacer la recogida de aquellos realitos, pues declaró que no volvería a confesarse. La idea fué de Manolín, que era ingenioso para acomodar sus apetitos con sus conflictos espirituales. ¡No me explico cómo pudo llegar a ser cura!

De la primera comunión me quedó un regalo eterno y maravilloso: la religiosidad como hambre de Dios, ansia inquieta e insaciable, curiosidad de mi mente que lo busca.

La fe es un instinto del alma. Diríase de ese sentimiento que es la reminiscencia que tiene de su origen lo Santo que mora en nosotros; es el despertar de Aquello; el eterno mito del Niño Dios que nace en el hombre. Desde los manantiales del tiempo viene cayendo de uno a otro corazón de madre la cascada del agua de la vida.

El hecho de que el alma busque al Amor de los Amores y la inteligencia a la Causa Primera, constituye la prueba natural de Su existencia.

Cuando alguien siente y dice: Creo en Dios, es El mismo que se identifica.

Una prima noche de aquellos felices días de santidad, nos congregó nuestra hada madrina en el patio de su casa. Después de obsequiarnos con un refresco preparado por ella, se sentó en medio de nosotros y nos dijo cosas muy bellas. Un glorioso

claro de luna nos cubría. Era una oración de los cielos expresada en luz, silencio y misterio, que se hacía delicia para el alma contemplativa y ponía barniz de encantamiento en las cosas. Un nardo florecido parecía quemarse en luces blancas; era un pebetero de dulcísimos aromas. Vino una ráfaga de blanda brisa que se empapó de aquellos perfumes y enjugó los rostros con la delicia del divino aliento. Entonces nos recordó la señorita, que la Magdalena ungió a Jesús con unguento de nardos. Desde aquella noche cada vez que percibo el perfume de una flor pienso que así huele Dios. Díjonos también, que todo el cielo que veíamos no era sino un pedacito de su maravillosa túnica azul; pero que El sabía ponerse muy chiquito para entrar en nuestros corazones y hablarnos allí, secretamente, en voces de conciencia. Yo juro que esto es cierto, lo he oído varias veces. Nunca como al día siguiente de mi primera comunión. ¡Me sentía tan bueno y feliz y liviano! Nada me pesaba y mi alma pasaba levemente sobre todas las cosas rozándolas en son de caricia; sólo me dolía la desgracia ajena. Huí de toda compañía y a prima noche fuí a treparme al campanario de la Iglesia. Desde allí dominaba mucho cielo. Un gran silencio gravitaba sobre la ciudad, dijérase que era el manto de la luna que arropaba los ruidos. Los techos de la casas brillaban como lomos de bestias mansas, agachadas para recibir la quietud y gracia que les llovía. Me arrodillé a orar. Empezaron mis



labios a balbucir las oraciones aprendidas. De repente se apagaron mis voces, porque algo sublime, inefablemente dulce se desprendió de mi corazón y me subió a flor de labios como si me dijera: ¿A quién buscas, si yo estoy en tí?

Después parece que he sido malo, y "aquello" no ha vuelto a hablar de tan dulce y evidente manera.

Pero yo sé que duerme en mí, y sólo aguarda que el conjuro de mi bondad lo despierte.



## XVIII

### EL OCASO DE UNA DIOSA

El curso que en nuestra escuela frecuentaba la plana mayor de la pandilla tenía, en relación con sus profesores, gran semejanza con el Mar Caribe en este trozo de mala fama que denominan el Placer del Estudio, justificada, tanto por su naturaleza como por la dual ambigüedad del nombre.

Frente a ciertos profesores se manifestaba mi curso levantisco e indómito, como ocurre con el Caribe y los brisotes del Sur que lo pican. Entonces triscan sus aguas, al principio, y se ven en ellas millares de blanquísimas dentaduras de las ondinas que ríen. Todo el mar es una sonrisa de espumas. En cambio si arrecia el viento, borra la imagen azul del cielo de sus aguas que se enturbian a causa de la poca profundidad, como si tomaran un color más en consonancia con la furia que les acomete. La espuma ya no es blanca, es la baba de una bestia que pide víctimas que devorar.

Profesores rudos e inhábiles obtenían idénticos resultados con las almas de sus discípulos; el curso desaparecía para surgir la pandilla en sus peores modalidades de expresión de descontento y airada





protesta. El "sabotaje" tiene su cartilla primaria en la escuela, comienza con la pata de la silla destinada al aborrecido maestro, que se desprende y se adapta floja para hacer caer y ridiculizar al tiranuelo y termina con la huelga a pesar de las sangrientas ejecuciones de los exámenes.

En cambio, cuando sopla la fresca y balsámica brisa del Norte, su dulce caricia peina y amansa la fiera del Caribe. Dícese entonces de sus dormidas aguas que son colosal bandeja de bruñido metal en que presenta a Dios la madre mar su ofrenda de millones de flores de plata y oro, como si se afanase en devolverle, despierta, los besos de estrellas que recibe por la noche cuando duerme y sueña.

Hay noches de especial encantamiento en el Placer del Estudio cuando todos los luceros bajan a bañarse en sus aguas.

La señorita Julia sabía de parecidos milagros de apaciguamiento en los dominios donde ejercía los dones de su talento, ternura y belleza.

La pedagogía debe exigir al maestro, además del saber, condiciones especiales morales y físicas.

—No compren libros —solía decirnos la señorita— yo les dictaré las lecciones y ustedes las copiarán en sus cuadernos. Ella los revisaba y corregía; nos imponía cuidado y pulcritud en ellos. Adquirimos pronto letra clara y cursiva. Del cuaderno manchado decía ella ser el retrato del espíritu sucio de aquel que lo utiliza.

Nuestros padres agradecidos, decían:

—Es una buena maestra.

A los alumnos torpes los citaba por separado para ayudarlos a comprender, fuera del alcance de las burlas y de la timidez. Hizo y le regaló una chalina al "Gacho".

Para portarse mal con la señorita había que pelear con el "Gacho" y conmigo.

En los exámenes de fin de año, tenía una manera eficiente de ayudarnos, no sólo con repasos previos y en horas fuera de clases, sino durante el duro trance de la prueba. Si veía unos ojos fijos en ella con aflicción, encaminaba sus pasos hacia donde habían lanzado las señales de socorro y comenzaba por hacer insinuaciones como ésta:

—Tú sabes eso, acuérdate cuando lo dimos. Yo te pregunté... y tú me contestaste...

De ese modo daba la punta del hilo de la madeja. Otras veces se paraba detrás del alumno que trabajaba; si notaba un error lo señalaba con el dedo y le decía:

—Fíjate bien.

Con éstos y parecidos procedimientos disipaba el susto y evocaba en el desmoralizado alumno la confianza y la memoria. Nos protegía a todos sin distinción: a unos, por buenos o aplicados, a otros por pobres de inteligencia o de ánimo. Aún cuando no necesitaba motivos para prodigar su bondad espontánea, como el sol que da calor y lumbre a buenos

y malos, es foco de vida y la irradia, pues tal es su función natural.

Dar es también oficio de los dioses y de sus servidores. La dádiva desinteresada que se hace, es credencial de aristocracia. No hay ser que no tenga algo que dar y a veces mucho: su sabiduría, amor, dinero, ejemplo, compasión, una sonrisa...

Amamos a nuestra madre en reciprocidad al regalo inicial que nos hizo de darnos la vida, y al constante de su ternura. Pero nos ama a nosotros más aún que nosotros a ella, porque nos dió a luz con su sangre y a riesgo de su vida. Y por eso, por dar más que nosotros, nos supera también en la divina gracia del Amor.

Saber dar, sentir placer y necesidad de hacerlo, ¡infeliz de aquél cuya vida no supo de ese don sublime!

Una prima noche pasaba yo, sin ser visto, frente a la casa de la señorita. Detrás de las rejas, sentadas sobre las poyatas de una ventana, estaban ella y su madre. Conversaban, al parecer, acerca de la escuela y sus alumnos, y en aquel instante atinaba a decir la señorita:

—No puedo negarlo, de todos esos muchachos Moncito es mi preferido.

Cuando escuché ésto, me dió un vuelco el corazón. No sabía definir lo que sentía. Aguas benditas de caricias me bañaron el alma. Si en vez de caminar hubiese volado, no me habría causado asombro. ¡Es



tan liviana el alma cuando se siente atraída por una de las partes que constituyen a Dios: la Belleza, la Bondad, la Verdad y la Santidad! De estos valores mi alma de muchacho sólo sentía la Belleza y la Bondad, y la señorita Julia era su maravillosa encarnación en la Tierra.

Ninguna imagen de Virgen que yo viera entonces, y he visto después, tenía la jubilosa dulzura que se desleía en su sonrisa, la luz que se hacía ternura en su mirar, ni me inspiró el arrobamiento que me hacía sentir la contemplación de su rostro.

Hay bellezas cuya irradiación se traduce en maravillosas melodías de dulcísimo querer.

Tuvieron que pasar muchos años y hubo el amor de ensayar nuevas canciones, como las que llevó el alma mora a España, para que me diera cuenta de que en la mía de muchacho, la señorita Julia fué como una alborada, un rayo de sol que estremeció la oruga de mi espíritu, la epifanía de mi verdadero yo, la promesa que al comenzar la vida me ofrecía el amor. Y fué tan singular y grande —o la lupa del tiempo me lo hizo ver así— que ninguno de los soles de mediodía me dieron la lumbre de gracia de aquel amanecer.

A iniciativa de nuestra amada maestra, solía organizar su padre y director de la escuela, frecuentes excursiones escolares. La última, para mí, fué la que hicimos a las célebres grutas y lagos subterráneos de Los Tres Ojos.

La mañanita de aquel día era una fiesta de luz y alegría..

Antes de salir del sitio de reunión, la casa-escuela, tomamos cocimiento de gengibre; ya de camino, al pasar frente al mercado viejo, compramos queso criollo y arepas de maíz envueltas en hojas de plátanos y quemadas en burén. Varias manos de guineos hicieron el complemento del apetitoso desayuno. En la playa del Río Ozama adquirimos diversas frutas que sirvieron de refuerzo.

Cruzamos el río en la barca. Nunca había alcanzado la velocidad que le dimos aquel día. El barquero no tuvo nada que hacer. Los muchachos nos prendimos del cable y tiramos de él como un enjambre de hormigas que tienen prisa por poner a buen recaudo una presa. Con la diferencia de que las diligentes hormigas hacen labor silente, mientras nosotros entonamos en nuestra faena incesante y alegre griterío.

Difícil intento sería precisar la velocidad que llevaba la barca, pero de ello dará una idea los gritos, inútiles por cierto, que nos dió el barquero para que no tiráramos más del cable, y el estrepitoso quejido que se escapó de la madera del viejo muellecito al chocar la barca con él, y las voces de los pasajeros que perdían el equilibrio a causa del topetazo, abrazándose unos con otros, sin querer, mientras rodaban algunos para mayor profusión de nuestros gritos y risas.



Al subir la cuesta de "Pajarito", tropezamos con un panadero, jinete en rucio, que cargaba con dos barriles rebosantes de pan y galletas aún calientes que olían a desayuno con hambre. Obsequié al "Gacho" con un pan, pero a la señorita le ofrecí una galleta sobada. La galleta crujió de gusto cuando sus dientes la mordieron. El dolor, sí lo hubo, y la anestesia debieron ir unidos en la acción, porque detrás de los dientes, cuando cierran los labios de mujer, es como si besaran para adormecer y curar.

Salimos del poblado y entramos en la canción de paz que entona el campo en la mañanita del día del Señor. En la sinfonía matinal percibíase una fuga maravillosa; sobre el canto de la fronda sobresalían las voces de contrapunto de las aves canoras.

El camino que conducía a las famosas cuevas y lagos subterráneos, era un largo túnel de fronda, interrumpido de trecho en trecho, por jirones de cielo inundados de sol. Los ruiseñores no interrumpían sus sonatas, más bien parecía que sus voces eran la fiel traducción del júbilo de nuestros corazones. Las campanillas silvestres parecían alegrarse por nuestra presencia, como que nos saludaban y se mecían gozosas y le dijeran a la brisa retozona que las dejara tranquilas para vernos pasar. Una que otra se quedaba quieta, por momentos, para que una abeja la besara y fecundase. Muchas flores silvestres sostenían un "flirt" descarado con las mariposas que vagaban atolondradas como ébrias de luz y de perfumes.



Caminaba yo cerca de mi ídolo y maestra. La fruta que ella viera, por alta que estuviese, era suya, porque mi anhelo de servirla no tenía árbol alto, ni empalizada temible, ni empresa difícil. En el pelo y el pecho llevaba flores recogidas por mí. Y tienen su historia. Pasábamos frente a un "fundo". Cerca del bohío había un arbusto florecido; a mí me entraron ganas de coger un ramo de flores y ofrecérselo a la señorita; el deseo y la acción fueron simultáneos, pero también la aparición de un enorme perro que acometió furiosamente.

—¡Cuidado Moncito, no vayas!

Fueron las angustiadas voces de alarma de mi maestra. No hice caso de ellas. Hice además de coger una piedra, que por desgracia no había. La estratagema me valió de poco. El perro era bravo de verdad y no huyó, pero al menos logré detenerlo por un momento. La situación era apretada. De un lado me llamaba la señorita, angustiada y suplicante; del otro estaban las flores deseadas; y entre ellas y yo, con toda su mala voluntad, el perro. Dentro de mí alentaba y empujábame la mía, espoleada por el amor propio, y sobre todo, con el afán de evidenciarlo en aquella ocasión. Entre el can y yo había un lote de rajas de leña. Estaba yo a medio camino de la ansiada meta y ante mí se presentaba la alternativa, o de la prudencia —que me parecía ser cobarde— o de la temeridad—única posible para alcanzar mi propósito—. Naturalmente, opté por seguir adelante.

No bien comencé de nuevo la marcha, inició el perro, a su vez, el ataque. Mi acción fué entonces resuelta y rápida: corrí hacia el montón de leña; el perro hizo otro tanto saltando en su defensa. Llegamos casi a la par. Una dentellada desgarró la manga izquierda de mi chaqueta, pero había logrado empuñar un rejo de guayabo y blandiéndolo descargué con todas mis fuerzas un golpe tremendo sobre la cabeza del perro que huyó dando aullidos. Cogí el ansiado ramo de flores. Nunca ofrecí otras en mi vida que fuesen tan agradecidas como aquéllas. Me dieron las gracias, un rostro emocionado y pálido, unos labios trémulos y mudos y la belleza hecha ojos, con lumbre de admiración y rocío de lágrimas. Yo no conocía, sino por la estampas, como fueron las diosas griegas. Pudieron haber sido muy bellas, pero seguramente no más que la señorita, sobre todo aquella mañana. ¿Solían reír las otras diosas con voces de flauta? ¿Tendrían el glorioso trinar de su garganta? Más tarde cuando aprendí música, me dí cuenta de que en la gama de su risa había dulces y cálidos bemoles de ternura.

Hay risas que no se olvidan nunca, porque fueron lenguaje de almas bellas que estaban a tono con las nuestras. Son canciones cuyas notas jubilosas brotan del íntimo manantial de la belleza. La belleza debe ser la risa de Dios como es el alba la sonrisa del sol y las voces de una fuente la carcajada de agua.

Cuando se ilumina con una sonrisa un rostro humano, porque en él se ha reflejado la belleza de una rosa, se tiene la intuición de que la belleza es una, que está en la flor y el rostro y en los ojos que miran y en el corazón que siente.

En aquella jocunda mañanita, el encanto de la fronda, la fiesta de luz del cielo, el canto del ruiseñor, las flores, la señorita Julia y mi corazón, no eran sino pétalos de la rosa cósmica, ¡el alma universal!

Aquel día de campo fué completo. Hubo en él, baño, "sancocho" y "locrío", guitarras, canciones y risas, y muchas frutas.

Al emprender el regreso a la ciudad, tuvo comienzo la tragedia.

Al paseo habían concurrido otro profesor y un primo de la señorita. Trepaba ya el último resto de la comitiva excursionista por la cuesta y las rocas interiores de las cuevas cuando un descuido de la joven maestra, que a usanza de la época, vestía falda larga, dejó ver un par de medias caladas, muy bien formadas y repletas de hermosura. Fué entonces cuando el aludido primo le dijo al profesor:

—¡Mira que "piernazas" tiene Julia!

No pudo decir más porque un puñetazo lo enmudeció. Yo le había roto la boca. Quiso agredirme, pero con un par de saltos me puse fuera de su alcance. Cogí una piedra y lo esperaba con tan decidido ademán que me impuse al adversario y éste se detuvo, aún cuando me gritó:

—¡Yo te mato!



La silenciosa, pero resuelta amenaza mía, fué más persuasiva que la suya.

Casi todos los excursionistas habían salido ya de las cuevas y no se enteraron del incidente. Pero la señorita oyó la amenaza proferida a gritos, volvió el rostro hacia el grupo y se dió cuenta, a medias, de lo que pasaba. Estaba en lo alto de las rocas, y los contendientes a cierta distancia en un plano más bajo.

—¡Moncito!, ¡Estate quieto!— tal fué su primera voz de mando. Luego ordenó a los mozos:

—¡Suban ustedes!— mientras ellos obedecieron, me dijo:

—¡Ven tú ahora! Y tan pronto estuve a su lado, me preguntó:

—¿Qué pasó?

Yo no me atrevía ni a mirarla y mucho menos a repetirle lo que a mí me había herido como una blasfemia. La señorita Julia era para mí algo intangible como la Virgen, y puro, como un niño.

Cómo no obtuvo de mí una palabra sobre lo sucedido, encargó luego al "Gacho" que me sonsacara la verdad... y sin embargo...

Un par de semanas después del memorable día de la jira campestre, pasaba yo frente a la casa de la señorita. Estaba ella, también esta vez, asomada a su ventada de rejas y de pie en la acera, un hombre que asía un barrote de la reja con una mano y con la otra apretaba la que ella le abandonaba, sonriente, mientras él besaba sus dedos.

¡Ay, Dios! Fue lo que gritó mi alma. Ella, ¡la virgen; él, el odioso y cobarde ...novios!

La señorita reparó en mí y me llamó. Eché a correr, como animal herido. Buscaba una guarida y la encontré en la iglesia. Entré por el patio y la sacristía. La nave principal estaba vacía y casi a oscuras. En el altar mayor, la Virgen. Las llamas de dos cirios le lloraban las angustias del alma que los ofrendara. La imagen bendita me recordó lo que acababa de morir para mí. Salí del templo, entré en el campanario, y subí a la torre. El manto de la noche arropó mi pena y allí, en el nido de mis amigos, los pájaros de bronce, rompí a llorar.

## CAPITULO XIX

### LA PANDILLA SE ECHO A PERDER

Así aconteció: la pandilla se echó a perder.

El "Gacho" había entrado de aprendiz en un taller de ebanistería. Cierta día se vendió un armario de caoba y cedro y el maestro le regaló un peso... Cuando el amigo me dió la noticia de aquel primer peso ganado en el trabajo regular, lo hizo con orgullo.

El primer peso que se gana y se contempla con unción y alegría y se enseña a los amigos, es distinto de todos los demás que vengan después atraídos por él. Es mucho más que un peso, su valor depende del oficio o del arte en que se gana, que viene a ser a modo del patrón que lo respalda. Tal dinero es el primer certificado de suficiencia en la academia del trabajo. Nos da concepto de su valor, se gasta con conciencia, difícilmente se tira o derrocha. El que sabe trabajar goza en propiedad de su fortuna.

Cuando se pone la primicia del trabajo en manos de la madre, prende lumbre de orgullo en sus



ojos, aún si declina el obsequio y, agradecida, besa en la frente al que se inicia como buen hijo y apto para luchar por la vida.

Sólo un buen hijo tiene derecho a que la fortuna lo bendiga, o que sus pasos por la vida sean ágiles, porque una gracia de bendición lo protege e inspira, y su conciencia será ligera, con alas para todo lo bueno y bello porque sólo lleva el lastre del deber cumplido.

El "Gacho" se empeñaba en darme medio peso para el fondo de la pandilla.

—¿Estás loco, "Gacho"?

Tal fué mi réplica. Pero él me preguntó:

—¿Y qué!, ¿Manolín y Toñito no dan la mitad de lo que ganan?

—No. Eso es otra cosa. Como monaguillos ganan, pero no trabajan. Por un "rezaíto" en latín, que no entienden y por lo mismo no vale nada, les dan algún dinero. En cambio tú apenas ganas y trabajas ya mucho. Lo poco que consigues debe ser para tí y para tu madre.

—¿Entonces ya ustedes no me quieren en la pandilla? Si no puedo dar nada, me salgo de ella.

Y prosiguió diciendo:

—No crean que voy a estar aserrando y acepillando madera mucho tiempo. Hablé ya con el comandante del Batallón Ozama y me dijo que en cuanto tenga un poquitico más de cuerpo me engancha en el ejército. ¡He de llegar a ser general!

Y lo fué con el tiempo. Y de los bravos, de aquellos que vestían de "rayadillo" azul y tenían patentes rubricadas en sus cuerpos con cicatrices de heridas de bala y machete.

Otra pérdida sensible fué la de Manolín. Su padre lo internó en el Seminario de Santo Tomás de Aquino, para desesperación de los curas y clérigos que moraban en la santa casa.

Desde que entró, comenzaron a salir fantasmas que daban ayes y quejidos sordos y lastimeros por corredores y patios. Se volaron "pájaros" en las azoteas. Las bateas de dulces, que pasaban tentadoramente a la altura de las ventanas, eran sometidas a cierto escamoteado derecho de peaje. Un día santo, metiéronse dos diáconos en el aljibe del Seminario para limpiarlo y ordenaron a Manolín que les ayudase desde afuera sacando los cubos de agua sucia. El candado que solían poner en las argollas de la tapa del aljibe era de resorte y cierre automático; el bedel lo había dejado abierto llevándose la llave cuando salió a disfrutar de la usual licencia en la tarde de domingo. No se sabe cómo, lo cierto fué que la tapa del aljibe se cerró, y lo más curioso, también el candado en sus argollas. Cosas del diablo, o castigo de Dios, pues aquellos santos varones trabajaban en día prohibido. Porque no nos inclinamos a pensar que Manolín hiciera aquello por simple maldad o para vengarse de alguna nota desfavorable a su labor escolar o una de esas



otras injusticias que alegan los alumnos reprobados o sometidos a castigo.

Lo cierto fué también que nuestros malaventurados diáconos sufrieron no menos de una hora de prisión. Al principio comenzaron a dar voces, luego aullidos de rabia y hasta palabras de muy grueso calibre fueron proferidas y lanzadas en tono heroico. Por suerte el Rector atinó a regresar temprano a la Santa Casa, y cabe imaginarse su asombro al escuchar los rugidos de aquella tempestad oculta. Buscó afanoso el sitio de donde provenían aquellas vociferaciones subterráneas y el oído le condujo a la boca del caño de desagüe del aljibe. Utilizando aquel conducto, hubo parlamento y la sitiada guarnición recibió, con albricias, la seguridad de ayuda y libertad. Pero en aquel momento comenzó a llover, el bedel que tenía la llave no aparecía, era necesario arrancar las argollas del candado que cerraba la tapa de aquella improvisada y semi-acuática cárcel, y la situación llegó a ponerse difícil. Mientras el Rector forcejaba para romper el cierre, levantó la vista al cielo para conocer si la lluvia era o no pasajera, y reparó en una cabeza humana que espiaba la escena desde la azotea.

Cuando los maltratados diáconos se vieron libres, su primera acción fué emprender la búsqueda de Manolín. Trás muchos afanes y carreras, dieron con su escondite. Pero cuando entraban en las azoteas ya mi amigo estaba en el patio vecino, en



las ramas de la alta copa de un árbol que brindó a su agilidad e intrepidez protección y defensa haciéndolo inasequible para sus prudentes y crasos perseguidores. Manolín saltó de barda a barda, salió a la calle opuesta y se asiló en el Convento de Santa Clara. Las buenas monjitas dieron parte del suceso a la Superior Curia, pero el muchacho se negó a darse preso a la autoridad de aquella procedencia que vino a reclamarle. Fué menester que el mismo Rector del Seminario fuera en su busca y le ofreciese determinadas garantías corporales para que se acogiera a ellas. Una cena perdida y una semana sin recibir visita de su casa ni poder ir a ella, bien valían el encierro impuesto a dos maestros que le habían malogrado el asueto dominical obligándole a transportar cubos de agua sucia. Tal debió de ser el perverso consuelo de mi amigo.

El espíritu de la pandilla era muy fuerte en el alma de Manolín. Para anulárselo, aunque sólo a medias, fué menester rociarlo de mucha agua bendita, y sahumarlo con abundante incienso. Cuando lo suponían curado tuvo una reacción peligrosa: fué una tarde de rumboso bautizo en la Catedral. El padrino era rico y generoso y Manolín vió, al terminarse la ceremonia, que aquél sacaba del bolsillo un puñado de relucientes reales y pesetas para arrojárselos a los muchachos que, pidiendo a gritos el clásico "medio", lo esperaban en la calle.

Lanzar el padrino las monedas y salir Manolín disparado detrás de ellas fueron cosas inmediatas e

instantáneas. Sucedió con la celeridad del relámpago. Indudablemente obra del diablo. Hoy diríamos del subconsciente pandillero, porque aquel monaguillo, con sotana, sobrepelliz y todo, sintiendo y expresando todo lo que llevaba dentro desde trasantaño, produjo un ciclón de puñetazos y empellones, de revolcones y tolvana.

El padrino divirtióse tanto con aquel espectáculo que aseguró ser el mejor bautizo que había visto. Augurio de la calidad varonil del nuevo cristiano en cuyo honor había tenido lugar tan animada e insólita refriega. Tan complacido quedó que llamando a Manolín le regaló dos pesos.

Por suerte para mi amigo, el Arzobispo de entonces era un verdadero varón. Cuando le contaron la especie, en son de queja, soltó una carcajada y dijo:

—Dejen quieto a ese muchacho. Será un gran curita para mandarlo a las parroquias de la frontera.

No es prudente que sigamos con el relato de otras aventuras porque el reverendo, llegó a ostentar el título de monseñor, liberal y caritativo. Sostenía un par de sobrinas; se le parecían mucho, tanto que... lo mejor será no repetir hoy lo que se decía entonces.

Manolín fué el Aramis de la pandilla.

Toñito fué el primero en desaparecer de la Pandilla, lo habían internado, en el Colegio San Luis Gonzaga y su director, el Padre Billini, el Santo Dominicano, leyó en su alma y... le quitó la sotana.



Al ocurrir la muerte, en aquellos días, del gran filántropo y educador, fué Toñito, sucesivamente, alumno de la Escuela Preparatoria y uno de los mejores discípulos de Hostos en la Normal. Hizo el bachillerato y estudió derecho ganándose la licenciatura en el Instituto Profesional. Fué a ejercer la profesión a la ciudad de La Vega, llamado por Manolín, cura párroco, entonces de aquella tradicional y noble villa, en cuyo blasón espiritual figuran la hospitalidad y la conservación de antiguas costumbres cristianas.

Especialmente las seis de la tarde es una hora de santo y bello recogimiento en La Vega. Al son del toque del Angelus, sus habitantes están en pie, juntas las manos y responden en coro a la oración que dice la madre de familia. Sus labios son milagrosos manantiales. De ellos brota la bendición del día.

El prestigio del cura proporcionó clientela al novel abogado. Pronto fué poseedor de terrenos y de una finca y también de varias y lindas hospitalarias comadritas en los campos. El noviazgo formal fué por cuenta propia, pero no sólo a cargo de sus atractivos personales, que no eran pocos, sino principalmente al del encanto que ejerce la mujer de allende la Cordillera Central sobre los corazones de la juventud masculina de la Capital. ¿Por qué será?

La respuesta requiere un libro aparte. Provisionalmente sería aconsejable la creación de cierto seguro contra accidentes amorosos. El caso es serio,



pues lo mismo da que aquella mujer tenga el marco de los pinares de La Vega, el de la Bahía de Samaná, el de los cacaotales mocanos o macorisanos, el pedestal de Diego de Ocampo, de Isabel de Torres, o del Morro montecristeño, lo cierto es que el precioso material que la constituye es altamente inflamable al contacto del fósforo capitalaño.

## CAPITULO XX

### VIAJE EN GOLETA

Lo ocurrido respecto de mi persona fué de lo más movido y violento. No bien salió la señorita Julia de mi corazón, se metió allí el diablo por algún tiempo en su reemplazo.

No hubo medios suaves ni drásticos que me obligaran a volver a la escuela, después de la última tentativa, un día que me llevaron hasta en coche. La señorita salió a mi encuentro, me echó el brazo sobre el hombro, me sentó cerca de sí, manipuló con mi chalina como si me la arreglara, estratagema para parárseme de frente y buscar que la mirara; pero yo no la veía, porque tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, la vista fija en el suelo y los ojos cuajados de lágrimas. De la clase ví y escuché poco. Cuando se terminó, salieron los muchachos al recreo y yo permanecí en mi puesto. La señorita de acercó a mí, cogió mi barbilla con una mano y me levantó la cabeza, con la otra acarició mi pelo y mirándome de frente, con su voz dulce, con timbres de compasión y de tristeza, sólo me dijo:

—Loquito!, mientras besaba mi frente.

Me desprendí de su lado y salí huyendo. Pero la gracia de una caricia perdura y no se rompe.

Poco tiempo después una doble desgracia afligió a la señorita Julia. Su madre, después de muchos años de no tener hijos, dió a luz una niña. El alumbramiento costó la vida de la parturienta.

Sobrevivió la criatura y le pusieron Amparito.

La noche del velorio noté la ausencia del novio de la señorita Julia. Aquel cretino no la merecía. La había dejado por otra. ¡Dios sabe bien lo que hace!

Una tarde acompañé a mi madre en la visita que hiciera a la casa mortuoria. Yo llevaba flores para la muerta. Encontré a la señorita con la niña en los brazos. El ángel pequeñito era tan bello como el mayor, la hermana que le servía de madre. Se le parecía mucho, sobre todo en los ojos. Las facciones de la hermosa y doliente figura eran de una dulce e ideal belleza. La tristeza la ungía de santidad. La Virgen con el niño. Tal fué la imagen que me vino a la mente, cuando contemplé aquel cuadro.

Ningún otro con el mismo motivo que haya visto después, le ha dicho a mi corazón de tanta dolorida ternura.

Cuando mi madre y yo nos despedíamos de aquella visita, me rogó la señorita que la acompañase a visitar por primera vez la tumba de su madre.

Al día siguiente fuímos al cementerio. Nunca había entrado yo en un Campo Santo. El dolor mío,





que ha sido después mi hermano menor, no me había nacido aún. Al entrar detrás de la bella, doliente, esbelta y enlutada figura, me pareció que en aquel instante se levantaba un mar de cruces que abrían los brazos para estrechar en ellos el dolor que entraba y caminaba a pasos lentos, hasta llegar y desplomarse frente a un montón de tierra recién movida. Me arrodillé al lado de mi infortunada amiga. Ella lloraba su dolor, y yo el suyo.

Al despedirme aquella tarde de la señorita Julia, en la puerta de su casa, la veía por última vez por un plazo de muchos años.

Mi padre tenía gran preocupación con mi estado de ánimo. Resolvió en consecuencia, sacarme del medio ambiente en que vivía e internarme en un buen colegio extranjero. Tenía negocios en las Antillas Holandesas y numerosos parientes en Curazao. Se le ofreció la necesidad de realizar un viaje a aquella isla y me llevó consigo.

Cuando preparaba mi equipaje, me despedía de mis amigos y recibía de ellos regalos y a la vez extravagantes encargos, no me imaginaba ni por asomo, cuantos años tardaría en volver a verlos.

La noche que zarpaba la goleta "Leonor" del puerto de Santo Domingo, acudió la pandilla en pleno a despedirme al muelle. El "Gacho" me llevó un macuto repleto de naranjas.

La despedida duró mucho tiempo porque el terral no quería comenzar a soplar. En la goleta habían izado ciertas velas menores, que colgaban la-

cias, como sin ánimo para el trabajo que se esperaba de ellas. De vez en cuando se sacudían de mala gana.

Miraba yo todo aquello como en sueños. Tenía un malestar inexplicable; era una sensación de angustia y de frío interior. En las jarcias maniobraban los marineros con agilidad de monos. La goleta, vista desde el muelle en la obscuridad de la noche, semejaba gigantesco y misterioso pájaro que probara sus alas ante de emprender el vuelo. Uno de sus ojos era verde, símbolo de la esperanza en la empresa que se disponía a acometer; el otro, rojo, nuncio del peligro que acechaba en el ancho y proceloso mar. Recordaba las lecturas de viajes y aventuras de mis libros de cuentos. Para los miembros de la pandilla debía parecer yo como un pichón de héroe.

Registraron el buque de arriba abajo, de babor a estribor y de proa a popa. Todos estos términos los aprendieron aquella noche, pues iban preguntándolo todo y tocando cuanto podían.

El capitán aseguraba tener cierto modo de silbar de tan mágico efecto que llamaba al viento. Nos lo enseñó y algunos de los muchachos comenzaron a ayudarle en el conjuro de la brisa. Sea lo que fuere y lo que haya de cierto en esta magia, de pronto se sintió el balsámico aliento fresco del terral que mostró su presencia y alegría al sacudir con viveza y ruido las pocas velas izadas, especialmente la que estaba en el tope, la escandalosa, que reaccionó con airadas y sordas voces.

Los visitantes salieron.

Me debatía bravamente contra una indefinible angustia que me anudaba la garganta. A las voces de mis amados compañeros y parientes respondía con movimientos de cabeza. No podía articular palabra. El "Gacho" resolvió la situación cuando a grandes voces, desde el muelle, me hizo esta recomendación:

—Acuérdate que eres de los Cuatro Grandes de la Pandilla, y al primer muchacho holandés, "gringo" o "musié", de esos que no hablan cristiano, que se ponga con "parejerías" contigo, "métele duro!"

Hasta yo tuve que reirme.

La falúa del puerto ayudó a la goleta a situarse hasta el medio de la ría.

A la voz del capitán corrieron varios marineros y se prendieron de una soga y al grito de "ajoi" que daban a coro con cada brazada, respondían a compás las voces de la poleas. Raro dúo marino, con esa canción sin palabras, tan elocuente, sin embargo, porque es el saludo de despedida de los barcos de vela.

Con gran esfuerzo a tirones y gitos, fué vencida la pereza de la vela mayor e izada hasta la polea que la había estado llamando desde arriba en el mástil maestro.

Una voz de prevención hizo que todo el personal que estaba sobre cubierta en la popa, se agachase a toda prisa, porque la formidable botavara nos pa-



só por encima de la cabeza para ir a caer sobre una banda del barco que se ladeó un poco. Parecía hacerlo con cierta coquetería, para desfilarse así y suavemente, frente a los otros buques anclados en el puerto, río abajo, camino del mar y de la aventura que ansiaban sus velas ya hinchadas de viento.

Estaba sentado sobre un rollo de cables; miraba como iba empequeñeciéndose el grupo de los amigos que me despedían agitando pañuelos y sombreros; los rostros amados se borraron primero, luego las figuras. Las sombras de la noche, el espacio y mi tristeza disuelta en lágrimas se los tragaban.

Luego reparé en las luces; en ambas orillas del río jugaban al escondite. A ratos se ocultaban para reaparecer luego. Al fin se quedaban ocultas las más lejanas pero surgían otras más adelante.

Arriba en el cielo había un filo de luna y muchos luceros. También comenzaron a moverse. Unas veces aparecían a la derecha para pasarse luego a la izquierda de los mástiles. Parecía que el cielo movía la cabeza para mirar, ora una banda del barco, luego la otra.

El faro comenzó a burlarse de mí y se ponía delante de su único ojo de cíclope, a cada momento un monóculo distinto de vidrios de color rojo, verde o amarillo. A mi estómago le molestaron aquellos juegos y tan grande fué su disgusto y malestar que me obligó a acercarme precipitadamente a la borda y regalarle a los peces la succulenta cena de despedida

con que mi mamá me había obsequiado. Mi estómago se portaba irrazonablemente. Tenía empeño en darle más y más a los peces; pero juro que llegó el momento en que sólo vísceras y tripas podía ya ofrecerles. Esto enfureció al muy malcriado; dijérase que se encabritaba, quería como salirse por la boca. Yo no estaba acostumbrado a esta clase de pleito y opté por emprender precipitada fuga hacia la cámara de los pasajeros de primera, un saloncito con doce tarimas dispuestas en dos pisos y una serie de seis frente a la otra.

Para vestirse o desnudarse un pasajero, debían los demás correr las cortinillas de sus camarotes. En ese viaje, por no haberse querido cerrar bien las cortinas del mío, ví, sin querer, una piernas desnudas que, por lo menos, eran tan hermosas como las de la señorita Julia.

Otros pasajeros, unas señoras y señoritas, ocupaban ya sus camastros cuando yo me arrastré hacia el mío. Una señora que estaba en uno de arriba le ofrecía a la acongojada compañera que ocupaba el de abajo, una botella y varios consejos, dados y recibidos entre quejidos que interrumpían a cada instante estas voces: ¡Ay mi madre!

El tufo reinante en aquel caluroso recinto, era único; mezcla de diabólicos olores de brea y pintura, ácido gástrico de los vómitos, y el del "bay-rum" que se daba a aspirar para conjurar los anteriores. Quien haya percibido una vez tan sólo ese vaho, no lo olvidará mientras viva.



Un gran dolor de cabeza me impedía conciliar el sueño y todo el barco entonaba una macabra sinfonía de quejidos. Los más molestos e inarmónicos imaginables, que brotaban del techo, del piso, de las paredes y creo que hasta de mi propio cráneo. Dijérase que eran gruñidos de placer de una legión de demonios en su esfuerzo por mover el buque y cuanto dentro se encontraba.

Aquella noche parecía no tener fin, y lo peor, yo no encontraba medios para saber la hora. Los enrevesados toques de una campana que se escuchaban de cuando en cuando, no me daban orientación. Hasta eso es distinto a bordo. En tierra resulta rigurosa la continuidad numérica en la demarcación del tiempo, tanto el que se viste de luz como el que se cubre de sombra. En los barcos, especialmente en los de vela, la cosa es diferente. Tienen su código de pares de campanazos que se repiten varias veces al día. Llegué a pensar en aquella ocasión que era mi torturado cerebro el que trastornaba los toques de la campana.

Entre los tormentos que se les olvidaron a los inventores del infierno, por fortuna para los condenados, tal vez por que no cupieron allí de puro terribles, figura el mareo en primer término, luego... el taladro de la maquinilla que usan los dentistas para la limpieza de las caries que produce un ciclón de dolor en la más nimia cavidad.

Al día siguiente una docena de cubos de fresca agua del mar que me hizo echar mi padre templaron



mis nervios. Hasta en aquéllos son caprichosos los usos marineros: los cubos son de lona.

Algunas naranjas, regalo del "Gacho", se impusieron a mi estómago. Las aceptó más bien por hambre que por obediencia. El caso fué que no tuvo la malacrianza de devolvérmelas.

En aquella mañana era el mar todo vida y risa. Había olas que fingían no querer dejar avanzar la goleta, pero ésta se encabritaba y las embestía con su proa, partiéndolas en dos, y así pasaban de prisa, lamiendo los costados del barco, coronadas de espumas, para hundirse luego, diríase que en un gesto de impotencia y de despecho. Venían otras que al pasar, reían conmigo, con alegre murmullo de torrente.

No todas las olas eran bien intencionadas, las había tan perversas que al chocar con la proa se enfurecían y saltaban sobre la cubierta para golpear y mojar al desprevenido pasajero, o la ropa de los marineros, y se precipitaban por ambas bandas de la orilla exterior de la cubierta para mojar los pies al mayor número posible de personas.

En asuntos que tuviesen relación con las olas, y sus malignas intenciones era yo bastante experto, como graduado que lo era, gallardamente, en todas las asignaturas que se cursaban "in illo tempore", se cursan hoy y se cursarán por toda la eternidad, mientras existan muchachos que concurren al muy afamado instituto de la playa de Güibia.

Después de todo, pensaba yo, ese mar que veía era mi mismo Mar Caribe y su hija "María la Ola" había sido tantas veces voceada por mí, a veces hasta con insultos que no me atrevo a repetir aquí y de los cuales se vengó dándome buenos revolcones.

Tan buenos recuerdos se impusieron a las molestias del viaje. Ya no las sentía. Además, tenía dos nuevos amigos: el grumete y el cocinero.

De vez en cuando se equivocaba en su ruta un pez volador y caía sobre cubierta. El cocinero frió uno, me obsequió con él, y lo comí acompañado de "galletas de barco", un pedazo de carne salada y un jarro de cocimiento de gengibre. ¡Aquello me supo a gloria!

La brisa era recia y retozona, hinchaba las blusas y las camisas de los marineros y pasajeros, desataba las chalinas y desgredaba a todo el mundo.

Una muchacha, la de piernas sin medias que ví sin querer, también subió a respirar en cubierta el aire puro y fresco y a dejarse besar por el sol. El viento también se enamoró de ella y jugaba constantemente con sus rizos. Su cabellera era negra y el sol le ponía brillantina. De pie, oteaba el horizonte. El continuo y alegre flotar de sus cabellos, faldas y mangas de la blusa, daban a su figura aspecto alado, como si fuese a alzar el vuelo.

A bordo el viento es malicioso. Se limita, a veces, a la caricia, pero las damas no deben fiarse de él, pues en otras suele ser atrevido, se extralimita





hasta tantear y marcar formas venusianas o exponer con perversidad la miseria de carnes de unas canillas.

Le ofrecí a la muchacha un par de naranjas que fueron peladas por mí y que ella agradeció con alegre y bella sonrisa. No era ésta como la de la señorita Julia, pero era el reír de una muchacha bonita. Una risa franca es buena moneda en todas partes, en alta mar como en tierra, y hoy también debemos añadir, en el aire. Es cierto que se debe ser precavido porque hay risas falsificadas. Con un poco de cuidado se las conoce, pues pasa con ellas como con las monedas de metal cuyo sonido nos hace distinguir la buena de la falsa. La risa tiene además otro buen medio de identificación: la mirada que la acompaña. Con este "chequeo", el que se engaña es porque es torpe o incauto, por vocación o por nacimiento.

Quise dármelas de marino caballero y servir mejor a la muchacha. Me dispuse a llevarle un catrecito de lona para que se sentara. Una ola tuvo celos, empujó el barco tan bruscamente, que el movimiento producido me lanzó sobre la muchacha y nos abrazamos sin querer. A juzgar por la carcajada que soltamos los dos, ni ella se dió por ofendida ni yo sentí disgusto por tan efusivo encuentro.

Un viaje largo por mar y sus incidentes hermanan a los pasajeros. El viajero se siente solo; sus afectos y costumbres se quedaron en su casa. Y ese bejuquito sentimental que crece en el corazón del hombre, y que el vulgo llama amor, se enreda en el primer bello objetivo que encuentra.



Creo en la ley, en la infalible ley de la tentación, tanto más eficaz y temible si es robustecida y asesorada por la oportunidad, la novedad, la naturaleza, la libertad, el instinto de sociabilidad del hombre, los pequeños servicios en que se desgrana la galantería, el exitante aire iodado y la polaridad de los sexos. Todo ésto hace del viaje una aventura de constantes posibilidades amorosas.

También en esto tiene razón Einstein; en el viaje se cumple la ley de la Relatividad. Lo que se mueve obra de distinto modo que lo estático. Parece que el ritmo del sentimiento es más acelerado y violento mientras se viaja. Esas ondas, de novedosa frecuencia, diríase que tienen horror al vacío que las espera fuera, en el espacio que enmarca por un lado la borda del barco y por el otro el arco de la línea del horizonte, y claro, si ellas tropiezan con una bella figura, o unos ojos nuevos por los enigmas que centellean en sus luces, o unos labios nidos de provocadoras promesas, dejan su mensaje en esas antenas si están servidas por buenos operarios, y afirman que las mujeres lo son y de excelentísimas cualidades.

El "flirt" nació en un barco.

Todo lo referido lo aprendí más tarde con dulces experiencias. ¡El tiempo y el viajar, enseñan tantas cosas! Ah!, por poco se me olvida comentar una de especial rareza, ésta: que los besos, dados y recibidos en el mar, pese a la sal que los rodea, son tan dulces como los que se canjean en tierra.

Me impresionó la figura del timonel, bien plantado, con las manos asidas a las espigas de la rueda del timón, el ojo avizor, tocado con una gorra con la visera puesta hacia atrás.

Por la tardecita de ese día, el sol se puso rojo de ira. De nada le valió el gesto, le ahogaron las olas en el horizonte. Parece que no fué tarea fácil y la lucha recia y enconada, aún cuando no se percibían voces ni ruidos, por lo lejano del campo de batalla. Todas las nubes del contorno se tiñeron primero de sangre, luego se vistieron de luto.

Se explica la timidez con que empezaron a salir, primero los luceros, luego el infinito enjambre de chispas de luz que saltan de la fragua del forjador de mundos.

¡Aquella noche, los ángeles, que tiraban de la soga del fuelle cósmico eran forzudos y animosos y Dios debía trabajar con más júbilo y brío que nunca!

No hablo de la luna porque es difícil hacerlo en propiedad para describir una naturaleza mudable de esos seres como la celeste Diana que, unas veces cuida de sus formas y aparece con figura esbelta y línea estilizada, otras, en cambio, se aparece con cara de joven rolliza y rubia aldeana holandesa rebosando satisfacción y salud. Esa noche era la luna un arco tendido por la mano invisible de una deidad que disparaba la flecha de mi destino hacia las Islas de Sotavento.

Y el barco, mensajero, corría alegremente sobre los abismos del mar de inquieta faz, bajo la se-

rena infinidad de los cielos, con sus velas tensas como si estuviesen hartas de viento y henchidas por el deseo de llegar al puerto que lo espera.

La noche era propicia para los cuentos. El capitán me contó varios, como nunca los había leído ni escuchado mejores, porque éstos eran de verdad, vividos por el propio narrador, o por amigos suyos y tan verídicos como él. Eran como aquel de los delfines, siempre amigos del hombre, pero que hablan y maldicen al marino que viaja en Viernes Santo. Con éste comenzaron las narraciones. El cuentista se fué entusiasmando y aún las aventuras corrientes adquirieron tamaño y contenido fabulosos. Dizque... le había ganado una apuesta al segundo de a bordo: la de nadar todo un día en plena alta mar al lado del barco sin que éste lograra dejarlo atrás. El segundo estaba allí delante. En la obscuridad no podía verles bien la cara ni a él ni al narrador, pero el segundo confirmaba todo lo que decía el capitán, con signos afirmativos de cabeza. Cuando la nota heroica de alguna aventura subía de tono, el chupetazo que daba al cigarro que tenía en la boca hacía que la punta encendida brillara en las sombras como un sol, en miniatura, que alumbraba con rojizo y tenue fulgor una faz surcada por maliciosas arrugas. Al pedirle testimonio de aquella estupenda apuesta que había perdido, comenzó a toser, se alzó y fué a escupir al mar por sobre la borda.

Para remate de historias, relataron ésta: La goleta "Leonor", conocía tan bien su camino por



haberlo recorrido tantas veces, que de soltarle las amarras en el muelle de Curazao, era capaz de llegar por sí sola sin gobernalle ni tripulación, a su amado Santo Domingo.

Parece que el silencio mío, después de escuchar los últimos relatos, se le hizo sospechoso al capitán y de repente me preguntó:

—¿Y qué?, ¿lo dudas?

Por toda respuesta me dieron ganas de inquirir si en los barcos, como todo se mueve al compás de los bandazos, también la verdad se bamboleaba. Pero fuí prudente al contestarle, porque un capitán en alta mar es tirano absoluto en su buque. Me limité a decirle:

—Si usted lo asegura, debe ser cierto.

Pero "in petto" hice reserva de derecho, en beneficio de la verdad, para hacerlo valer oportunamente cuando estuviese en terreno neutral, y, sobre todo, más firme bajo mis plantas.

La fama de la "Leonor", antigua "Capotillo", barco de guerra que fué con tan glorioso nombre, y supo batir al enemigo, era merecida; sobre todo cuando bogaba con bríos, graciosamente ladeada, mojando en las crestas de las olas las puntas de su par de botavaras, con sus velas hinchadas por un fuerte brisote, semejava entonces, un Pegaso marino, en jubilosa carrera. Las espumas que se desprendían de sus ijares las dejaba en prenda sobre

el paño azul con que le enjugaban las ondinás que acudían gozosas para verlo pasar.

En la alborada del tercer día de mar y cielo, el capitán me señaló una nubecita hacia el Sur, a rás de la línea del horizonte, y me dijo:

—¡Tierra!

Cualquiera hubiese creído que más bien la adivinó, pues sólo después de mucho rato vine a cerciorarme de que aquel pedacito de celaje gris, era la tierra que ansiábamos pisar pronto.

A mediodía desembarcábamos en uno de los más bellos y transitados puertos de las Antillas, el de Willemstad, en Curazao.

Ya estaba yo en el muelle y me despedía del capitán cuando me acordé de sus cuentos y de mis reservas mentales y como desquite le dije:

—“Capi”, acérquese que tengo que decirle algo al oído y no quiero que la goleta me oiga.

Se acercó sonriente y yo le confié este secreto:

—Anoche, cuando casi todos dormían en la goleta la oí hablando sola. ¿Sabe lo que decía? “¡Mañana por la noche, me suelto yo misma del muelle y me voy para mi casa!” y añadí: se lo digo para que no lo deje en tierra. ¿verdad “Capi” que ella es capaz de eso y mucho más?

Por toda respuesta soltó el aludido una carcajada y dirigiéndose a mi padre, testigo de la escena, le aseguró: ¡Este embustero sería un buen marino! Luego me dió la mano y con ella este saludo:

—¡Adios, tocayo!

## CAPITULO XXI

### UN TIO PROVIDENCIAL

El fenómeno es muy conocido; de él tiene experiencia todo dueño de gallinero. Cada vez que se introduce en el mismo un nuevo huésped de casta plumífera, tiene éste que sufrir, irremisiblemente, los picotazos que, a modo de cuotas de entrada, cobran las gallinas y los pollos dueños de la casa, para hacer valer su derecho y prestigio.

Algo similar me aconteció al llegar, a título de pollo nuevo, al corral de mis primos de Curazao. Al parecer desconocían que los andaluces trajeron consigo a Quisqueya gallos de pelea de muy buena pinta.

Celebrábase en casa de uno de mis parientes una fiesta memorable, con una comida a la que asistía toda la familia con su prole correspondiente, que era numerosa.

La muchachería estaba reunida en el patio. Los nativos formaban un gran grupo, que reían, cuchicheaban entre sí: evidentemente se burlaban del primo exótico: Ya fuese porque la moda de mi traje no correspondiera con la de los suyos, o que les chocara mi aspecto huraño y receloso, el caso es que las



risas y los gestos burlones correspondientes no cesaban, haciéndome a mí poquísimas gracia.

Estaban ellos en un extremo del patio y yo de pie en el opuesto cuyo piso estaba cubierto por un cascajal de piedras coralíferas.

Mis presuntos adversarios pasaron de la risa a la acción hostil, primero me tiraron una piedra pequeña. No les hice caso. Luego fué creciendo el número de las emisarias del insulto. A la tercera acometida creció el calibre de los proyectiles y la frecuencia y hasta el ritmo. ¡Válgame Dios! ¡Y “dizque” venirle con piedrecitas a un “miguelete”, y graduado en Santa Bárbara! Todavía Santa Prudencia era dueña de mi ánimo. Me limitaba a sortear, con agilidad, las piedras. El juego aquel parece que les hizo tanta gracia a los primos, cuyo número llegaba a la docena, que los alentó a mayores desafueros.

Yo me sentía extraño todavía, estaba en patio ajeno.

Por fatalidad para mí, o suerte, eso se verá después, atinaron a darme una pedrada. El dolor y quizá también el recuerdo de la última recomendación de despedida que me hiciera el “Gacho”, o el hábito inveterado, me impulsaron a la defensa con las armas disponibles. Recogí un par de piedras, solté otro de “ternos”, a modo de signos de admiración, uno delante y otro después, con esta amenaza.

—...;si me vuelven a dar le rompo la cabeza a! que sea! ...!

Aquella gente civilizada no entendió, de momento, eso de cabeza rota, y rieron a carcajadas. Muchos volvieron a las andadas y me dieron. Un golpe que recibí en la cara me dolió. ¡Entonces fué aquéllo!... A la primera pedrada que lancé se oyó un grito, luego otros y otros. Se me antojó tener a la pandilla a mi lado y arremetí con tal coraje y buena suerte en la puntería —quizás asunto de práctica— que puse en fuga al enemigo. Y realmente sí que hubo cabezas rotas y golpes de diversos calibres y colores con variantes, desde el azul verdoso hasta el rojo vivo.

El enemigo en retirada entró en tropel y dando chillidos en la casa de la fiesta, en el momento en que llamaba el “gong” a la mesa. Los vibrantes y repetidos toques parecían trocarse en voces de alarma en vez de invitación al convite. Y sí que lo fueron para la acción punitiva. Los enfurecidos papás y más de una tía —algunas me parecieron gallinas grifadas por la cólera y en actitud de defensa de sus crías— salieron a conocer y castigar al “asesino”. Tal fué el calificativo que escuché repetido varias veces en tonos de indignación, alarma y encono.

Retrocedí prudentemente, y ya a buena distancia, con una piedra en cada mano y sin ningún respeto a mis venerables tíos y tías, les dije a mis perseguidores esta barbaridad:

—¡Al que se me acerque, le rompo el “casco”!

En tal momento actuó de providencia y oportu-  
nísimo parlamento, una voz. Venía de los altos. Des-  
de un balcón que daba al patio, se impuso la autori-  
dad superior de otro tío. No sólo el mayor de todos,  
sino el más rico de la familia y con merecida fama  
de filántropo y sabio, era por todo ello el mayor pres-  
tigio de la misma.

—¡Dejen quieto a ese niño!—

Eso dijo, y fueron mágicas palabras. Se aplaca-  
ron los indignados progenitores de mis enemigos he-  
ridos. me alegré yo y bajó el admirable tío al patio  
diciendo a los maltrechos sobrinos:

—¿No les da vergüenza? ¡Tantos contra uno!  
Y ustedes llorando, y mírenlo a él, sangrando y su-  
frido.

Caray!, dije para mis adentros. Y me sentí tan  
hinchado de orgullo que me cabía toda la fama de  
la Pandilla.

Luego dirigiéndose a mí me preguntó el feliz  
mediador:

—¿Dígame Jefito, de quién es hijo usted?

—Yo?, de mi papá Mon.

—¿De mi hermano Ramón? ¡Acabáramos, si es-  
te ciudadano es dominicano!

Se rió de buena gana, miró como si lo compade-  
ciese, al grupo enemigo vencido, y prosiguió diciendo:

—Escuche generalito, usted y yo somos medio  
paisanos. Déme garantías para su enemigo derrota-



do. Yo a mi vez se las ofrezco contra sus aliados. Suelte esas armas, acérquese y veamos esas heridas.

Me gustó el tío, tuve confianza en él y tiré las piedras al suelo. Cuando me acerqué me echó el brazo sobre los hombros y me condujo a los altos de la casa. Una vez en su aposento me lavó los magullones con una esponja y agua fresca. En el momento en que me aplicó el agua de Colonia, en sustitución del yodo, sin querer se me cerró un ojo pero no me quejé.

—Esta cura merece un premio. Me dijo el magnánimo curandero. Sacó su portamonedas y de él una reluciente monedita de oro, mientras me advertía:

—No vayas a comprar algún revólver con ésto, gástatelo en frutas y dulces.

Al recibir aquella moneda tuve un pensamiento y sin darme cuenta lo expresé de viva voz:

—Se lo voy a mandar a mamá.

—Nada de eso —replicó él— eso es tuyo, para ella te ofrezco un regalo mejor.

Al decirme ésto me pasó la mano por la cabeza. Aquel gesto me recordó a la señorita Julia. Parece que el amor tiene idénticas modalidades de expresión entre sus elegidos.

Tenía yo mi moneda en las manos y la contemplaba. ¡Feliz edad aquella en que yo ignoraba el valor del oro!

Después supe que era una libra esterlina y lo que valía. En una cara tenía grabado el busto de una mujer gruesa, cuyo rostro era de amable aspecto. Yo pensé: esta debe ser una mamá muy buena cuando acuñan su retrato en oro.

—Qué?, ¿te gusta la señora?— me preguntó mi tío.

—¿Y quién es?— inquirí yo a mi vez.

—La reina Victoria de Inglaterra.

Este fué el primer contacto que tuve con el poder económico de los ingleses. ¡Por suerte mía fué en sentido positivo! ¡Magnífico augurio!

Papá, que acababa de llegar con retraso a la casa de la fiesta, no salía de su asombro al ver las víctimas del lazareto del piso bajo y escuchar que su hijo era el autor de aquel desastre. Al informarse donde estaba yo, subía alarmado pero al tiempo con ademán de amenaza. Al verlo le dijo su hermano:

—No lo reprendas ni lo castigues. Le agredieron muchos e injustamente. Escuché una mitad de la refriega y fui testigo de vista de la otra. Te garantizo, y el mismo testimonio te ofrecen los sujetos maltrechos que están abajo, que se portó bien. Ya está curado. Es bravo y bueno.

Pensé al escucharle, con agradecimiento: ¡Caray, que tío tan bueno me he encontrado!

Después preguntó a mi padre:

—¿Tienes más hijos varones?

—No, es el único— respondió el interrogado.

—Bien, ahora resulta ser este generalito dominicano, el futuro “senior” del apellido nuestro en su generación. Yo no tengo hijos y los otros sobrinos no son Linares Pereyra.

Acababa él de arreglarme el traje y la chalina. Cogió del tocador el peine y el cepillo y me los ofreció diciendo:

—Arréglese el pelo.

Tomé el cepillo y de espaldas al espejo del tocador, con un par de cepillazos quedé listo. El tío que miraba sonriendo dijo:

—Este no es hombre de espejos.

Luego dirigiéndose a papá, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer de él? ¡Si te descuidas se hace general!

—Tanto lo temo— respondió mi preocupado padre— que pienso dejarlo aquí en un colegio para que lo amansen un poco.

Mi tío se quedó mirándome fijamente. Ya no reía; sus ojos me contemplaban bondadosamente, con interés. Eran expresivos y luminosos. Por ellos oteaba el mundo un alma grande y bella, de poeta y de filántropo. Había hecho fortuna en Colombia porque era genial; había fundado una compañía de vapores fluviales para el transporte por el Magdalena. Después de su muerte uno de los buques llevaba, y aún conserva el nombre suyo.

De repente me preguntó el agente de la Provi-  
dencia:



—Qué edad tienes?

—Doce años— le contesté.

Aquel instante fué decisivo en mi vida. Entonces se pronunció la sentencia de gracia:

—Lo voy a mandar educar a Europa.

Toda mi vida escuché aquellas palabras y en cien veces que renaciera las seguiría escuchando con un eco cálido y hondo de imperecedera gratitud.

Y siguió hablando el oráculo de mis favores:

—En la próxima primavera voy a Europa. Si quieres confiármelo, hermano, me lo llevo.

La contestación de mi regocijado padre, fué un abrazo.

Mi tío David, que así se llamaba el protector de la cultura de mi espíritu, era hombre de corazón y de palabra. Gracias a él Inglaterra, Alemania y Francia, cada una me dió un poco de lo suyo para mi formación.

Con las históricas pedradas me conquisté, pues, un tío amantísimo, un viaje a Europa, el amor a los eternos valores y un título de ingeniero.

Lo del título me ha valido como la etiqueta de registro que exige el mundo para reconocer un valor oficial convenido. No digo auténtico. La capacidad para adquirir valores legítimos nace con el individuo, se lacta en el seno de la madre. No sólo se hereda el lunar de la piel y la figura física, también el genio y los instintos. Parece que la hormona po-

## LA PANDILLA

see alma. La semilla de la vida tiene en la memoria el plan del nuevo ser. El invisible, de que habla Maeterlinck, se tiende desde el presente hacia el futuro, como un puente de inmortalidad. ¡Por él pasa el torrente de la vida!







## CAPITULO XXII

### UNA CARTA

Londres, 2 de abril de 1890.

“Esta carta mía la escribo para la Pandilla, vía Manolín.

Después, tú, todo lo que digo se lo repites a los otros muchachos especialmente al “Gacho” y a Toñito.

Ahora te voy a contar:

Esto no es tanto como decían allá. De todo lo que he visto nada se puede comparar con el baño nuestro, el de “Güibia.”. Adonde!

Las casas son muy altas y algunas bonitas pero, ¿de qué les sirve ésto, si no tienen patio? Hay muchas iguales las unas a las otras, de fachadas lisas, con muchas ventanas y puertas y como las personas que entran y salen de ellas son rubias y coloradas, me parece que estoy viendo enormes panales de avispas puestas en hilera.

La gente camina de prisa. ¿Por qué será? Yo creo que no les alcanza el tiempo. Lo que te digo es que el tiempo allá, el nuestro, es más grande que el

de aquí. Nosotros hacíamos todo lo que nos daba la gana y nos sobraba.

En la Iglesia todo el mundo canta. Me gusta más la misa de aquí por eso. Lo malo es que yo le he perdido a Dios una cosa y no me ha hecho caso. Yo no sé rezar todavía en inglés. ¿Será por eso? Así debe ser, los santos de aquí no me entienden y no dan los mandados. Cuando tú estés en misa, pídele a nuestra Virgen de allá que me saque pronto de aquí, yo quiero irme para mi casa.

Yo no sé qué decirte de las campanas de aquí. Cuando suenan bonito parece que cantan. Lo corriente es que doblen, como las esquilas de allá, pero en ningún caso repican como las nuestras.

Otra cosa. Aquí en Inglaterra la gente casi no se ríe. ¡Cuanta cara seria! Yo creo que las tienen así, como nubladas, porque siempre están inconformes con el tiempo tan feo que constantemente están mirando y que se compone de agua, neblina y nieve. ¡Los pobres!

La gente aquí parece que no tiene nada que decirse, apenas se hablan. Se pueden pasar mucho tiempo sentados unos al lado de los otros como si no fuesen personas vivas sino estatuas. Eso sí, si tropiezan con uno dicen: "Excúseme", en ocasiones en que nosotros le damos un empujón al otro y le decimos: ¡Tan bruto!

A propósito de brutos, sí que lo son los muchachos de aquí. No saben rehilar trompos como nos-

otros. Usan unos trompitos pequeños y los manejan con látigo. ¡Cuándo se van a comparar con los trompos nuestros, criollos, torneados en madera de caoba, ni con la manera de arrollarle la pita y lanzarlos, con tanto brío que zumban, y saberlos coger luego para que “reguilen” en la mano y tirarlos de puya en el juego de botones, o en la pelea de trompos a puyazos!

Otra zoquetada de los muchachos de aquí es el “juego de pájaros”. Sus volantines los remontan y los dejan quietos en el aire. No quieras ver el asombro de chicos y grandes cuando yo hice un “pájaro”, a estilo nuestro y lo “encampané” y comencé a “cambearlo” hacia todos lados y lo hice cabecear y que trazara un ocho en el espacio sin que “cogiera calzoncillos”. Me aplaudieron como a un héroe. El asombro casi rayano en espanto fué cuando le pasé la cola del mío al hilo de otro papelote que tenían volando y se lo corté y se fué “en banda”; yo le había puesto un par de “lajas” a la cola del mío.

—Pájaros tan bien enseñados valen caro. Esa era mi expresión corriente cuando me pedían que les hiciera alguno. A falta de plata, que no abunda en el colegio, me pagaban con sellos de correo. De resultados de este negocio tengo un bonito álbum y buena colección de estampillas postales. Otra cosa, por un sello dominicano se vuelven locos y me dan muchísimos de otros países en canje.



Los muchachos de aquí, sabrán más cosas de escuela que nosotros, pero ¿de muchachos?, ¡qué va!

En los juegos casi no discuten. Cuando el juez pronuncia un fallo, todo el mundo lo acepta sin hablar. Siempre predicán esto: “saber ganar y saber perder”. ¡Qué zoquetes son éstos!, pensé yo la primera vez que lo oí. ¿Quién no sabe ganar? Pronto demostraron que yo no tenía razón. El equipo de “foot-ball” en que yo jugaba, ganó y entonces vino el capitán del team contrario y le dió la mano al del mío y éste le echó el brazo contrario y le dijo: —Ustedes jugaron mejor que nosotros, pero no tuvieron suerte.— ¡Caray, me gustó ese dicho! Aquí no se burlan del que pierde. A todo eso le llaman saber ganar. Saber perder es más difícil. Con las ganas de pelear que le entran a uno cuando se pierde. Poner cara risueña y felicitar al que le pegó a uno, ¡recórcholis, eso sí que es cosa seria!

A propósito de juego de pelota. A mí me ha costado caro aprenderlo y jugarlo. Ahora mismo tengo el brazo derecho “entablillado”, se me fracturó de resultas de una caída en el juego. Me tumbó y debió ser de mala fe, un muchacho que a mí no me gusta; es del “team” contrario. ¡Tú ves? Yo no sé si esto será contra las reglas del juego, pero cuando yo pueda hacer buen uso de mi derecha, ella tiene algo que decirle, en privado, a la nariz del que me tumbó.

Que no digan nada a los de mi casa, de mi brazo partido. Ya eso está pasando y la pobre mamá se apurará mucho.

Tú te creías que esta carta tan larga y que te escribo con tan buena letra y tanto dicho bonito, era escrita por mí. Yo la dicto y otro muchacho la escribe. El pertenece a uno de los cursos más altos, es colombiano y el único sudamericano en el colegio. Tenemos discusiones cuando no quiere escribir lo que yo digo, sino, poner otras palabras más finas. Yo no se lo dejo hacer porque le digo que tú no las entenderías tan bien como las nuestras. El dice que en su tierra es donde mejor se habla y se escribe el castellano en América.

Volvamos a tratar sobre el deporte. Hablando sobre el particular me dijo mi tutor que con el correcto y cortés ejercicio del deporte se hace el "gentleman". Eso me está gustando y si lo aprendo se lo enseñaré a ustedes cuando vaya. Si tú no sabes lo que es un "gentleman" pregúntaselo a tu papá. Yo me imagino que ser un "gentleman" es así: como el colombiano éste de la carta, que escribe fino lo ordinario que yo digo, el "gentleman" debe ser fino para todo, especialmente para estar furioso y no decirlo. Todo esto lo tengo todavía medio "emburujado" en la cabeza para podértelo escribir ahora.

Esta gente sí que es extravagante para comer. Al principio por poco me muero de hambre. Yo no podía con sus "roastbeefs" desabridos y chorreando sangre. A lo salado le echan dulce y a todo le exprimen limón o lo untan de mostaza, que allá usan con sebo de flandes para plantillas, o lo rocían con

unas salsas que le asan la boca a uno. ¡Cuándo ni cómo, se va a comparar esta comida disparatada con un "sancocho" nuestro, de gallina y tocino, con sus bollitos de harina de maíz y una buena tajada de aguacate!

En asuntos de frutas también les ganamos. Nosotros conocemos y comemos, al natural, sus uvas y peras, manzanas y ciruelas; pero aquí me dicen que sólo los ricos son los que logran algunas de nuestras frutas frescas. En mi imaginación he puesto en línea las frutas de aquí frente a las de allá. Estas hacen una tropita en oposición a las legiones aquellas con generalas y coroneles, como la piña, la naranja, y el coco, el níspero, el caimito, y el guineo, el mango, la guanábana y la guayaba, etc., etc.

Los refrescos aquí son botellitas, con burbujitas de colores. ¡Ay, yo suspiro por una champola de guanábana o un refresco de tamarindo!

Mira, Manolín, ¡más vale que deje esta carta... porque me estoy poniendo triste!

Memorias para todos, tu amigo:

MONCITO



## CAPITULO XXIII

### LA NOVIA DEL SOL

Después de diez y seis años de ausencia volví a mi patria.

Al día siguiente fuí a la misa del alba de Santa Bárbara. La mañanita era fresca y bella. La naturaleza, con su voz cargada de inefables y dulces misterios; su mirada azul desde los cielos; su gala de follajes, color de esperanza, en la tierra y su hálito de monte en los aires, me hablaba el mismo idioma que aprendiera de muchacho. Sólo las cosas y su autor, el hombre, me parecieron más pequeñas y no me decían lo mismo que en mi infancia.

Terminó la misa. Yo estaba de pie en el atrio de la Iglesia, cuando de súbito ví un milagro: ¡en el marco de la puerta apareció la Virgen con la forma de la señorita Julia! ¿Soñaba yo? ¿Despertaba acaso de un largo sueño de encantamiento?

Cuando la admiración y el asombro fueron vencidos por el sentido de la realidad, pensé en la edad que debía tener la señorita Julia. Esta otra figura de mujer en flor, la admirable visión de belleza que habían mis ojos y me embriagaba el alma, era más

joven de lo que fué mi amada maestra cuando dejé de verla.

La divina aparición tenía el mismo rostro e idéntica figura. Cuando pasó a mi lado me miraron los mismos ojos aquellos y a mí me pareció como si me dijeran por encargo de su dueña: ¡Síguenos que te esperábamos!

Me descubrí, reverente, a su paso ante la suprema gracia que me ofrecía la vida.

El imán de aquellos ojos, atraieron a los míos hasta la puerta de su casa. Seguí los pasos de la bella figura, a discreta distancia. Al entrar ella por la puerta del zaguán de mi querida y antigua escuela, debí creer que a la cinta de la película de mi vida la corrían al revés. La muchacha se detuvo un instante, volvió el rostro y nuestras miradas se encontraron de nuevo y se dijeron tales cosas en clave, que fué menester de mucho tiempo para que los mensajes relámpagos cambiados fuesen descifrados en plenitud. Hay miradas promesas que contienen la felicidad de dos vidas que se hacen una, por amalgama de amor.

Poco rato después del feliz encuentro, fuí a visitar a la señorita Julia, tal era el nombre que conservaba aún la directora de la que fué mi antigua escuela de primeras letras y que iba a serlo de un primer amor.

Cuando entré en la sala de la casa me recibieron dos figuras, una la hermosura hecha distinción y

bondad; la otra, la belleza en capullo con fragancias de promesa. Cuatro ojos me contemplaban. Parecían idénticos. Dos despedían calor de ternura y atraían. Los otros no sólo deslumbraban sino que me hicieron bajar la vista y paralizaron mi acción. ¡La belleza imponía su señorío!

¡Oh, dulce esclavitud; risa y gracia de la vida! Fideas te plasma, Beethoven y Goethe te cantan, todo noble corazón es tu lámpara votiva!

¡Dios debe ser belleza!

Un abrazo de la señorita Julia me despertó con estas palabras:

—¡Moncito, que hombrazo y que buen mozo vienes! y dirigiéndose a su hermana, le dijo:

—Aquí te presento uno de los peores elementos que tuvo esta escuela: ¡pendenciero y enamorado!

Cuando el capullo de mujer en flor me tendió la mano, yo le dije:

—Señorita, ¡por Dios no lo crea! Si acaso, pregúntele quien me hacía pecar.

—Ah bribón, esas cuentas las vamos a arreglar— me previno mi antigua maestra.

—Conforme! —repliqué yo— y desde ahora me inscribo de nuevo en la escuela.

—Aquí?, no puedes ser, ¡sí tu te huíste!—a la canción de su sonrisa puso estas otras palabras:

—Tu decisión es harto sospechosa, Moncito; debo pedir nuevas referencias de tu persona y tomar luego determinadas precauciones.



La visita fué alegre y cordialísima. Hicimos música. La señorita Julia tocó primero al piano. Luego Amparito y yo lo hicimos a cuatro manos. La señorita, de pie junto a nosotros, volvía las hojas y nos miraba sonriente. Al terminar, vibrantes aún las notas del piano y las de nuestras almas, todavía sentados frente al teclado, me hizo el hada buena por segunda vez en mi vida, esta pregunta:

—¿Te gusta la música? al par miraba con ternura y picaresca sonrisa a su hermana.

Mis ojos miraron a la bella encarnación humana de la canción de primavera que cantaba allí a mi lado en tono de belleza, de vida y de promesa.

Mis labios pudieron haberse ahorrado el sí que dijo mi alma en la mirada.

\* \*

En la tarde de aquel día de gracia subí al antiguo campanario a visitar las mismas campanas. Ya no las tocaba, pero seguía siendo campanero. Los pájaros de bronce repicaban gloria, todavía, en mi corazón.

De las tres campanas que aún cantan en mí, la Bondad, la Verdad y la Belleza, es ésta la que más me cautiva.

Mis amores hoy son ambiciosos: los eternos valores. No importa que no los alcance, siempre que ellos, como la señorita Julia entonces, tengan un

gesto de piedad y tan sólo me besen en la frente a modo de oferta de una suprema cita.

Aquella tarde mi alma estaba citada con el sol. El paisaje y el cielo, en primorosas gamas de colores, eran melodías de una magnífica fiesta de luz. El "director de orquesta" de aquel divino concierto desapareció detrás de las lomas de San Cristóbal e improvisó con ellas el cósmico "golfo místico" superwagneriano, propicio a la apoteosis final de la sinfonía de vida de aquel glorioso día.

En ese instante tuve una revelación: Supe por qué el alma mía le dijo adiós a la hermana suya que mora en la mujer del norte, aquella que asoma sus ansias a ventanas azules, viste sus gracias de tez blanca y cabellera rubia y conoce el albo sueño del invierno. La mía, alma dominicana, había salido de viaje pero volvió, porque era novia de este paisaje de la más bella isla de América, del júbilo de las olas que triscan en sus playas, del reír de las aguas de sus ríos, del aliento balsámico de sus montes, del trinar de sus ruisseños, de la gloria de sus ortos y, sobre todo, ¡era la novia de su sol!

—No te vayas— díjole, en aquel momento, el alma mía al divino amante que se iba. El contestó con su sonrisa de luz: —deja tu ventana abierta, en el alba de mañana te despertaré en tu lecho.— Y los cielos se encendieron en oro, rosa y carmín.

Todo el poniente ardía en colosal hoguera. Impregnó en ellas sus pinceles el Artista Máximo y pintó

en las nubes, cemiés para la fe del indio que duerme en su regazo, arcángeles con espadas flamígeras que alcanzaban el cenit y un Moisés ciclópeo, para cristianos y hebreos.

El panteísta que contemplaba aquel milagro, cayó de hinojos, cubrióse la vista con la mano, miró hacia dentro y allí estaba, ¡oh prodigio, la imagen de la Suprema Belleza!



## I N D I C E

Capítulo		Pág.
"	I.— Mi pandilla y yo .....	9
"	II.— Una pelea .....	15
"	III.— Porqué me llamo "Moncito" y me gusta el mes de diciembre .....	21
"	IV.— Remordimiento de mayor a menor .....	29
"	V.— Una cotorra que habla hasta después de muerta .....	37
"	VI.— El Campanario de Santa Bárbara ..	45
"	VII.— Las Novenas de la Virgen del Amparo .....	53
"	VIII.— Huelga, Güibia y "Merodeo" .....	59
"	IX.— Los búcaros de "Seña" Remigia ....	69
"	X.— La carreta de mangos .....	79
"	XI.— Sistemas de comunicaciones y otras empresas .....	85
"	XII.— El Patio dominicano .....	99
"	XIII.— Los exámenes y su origen .....	105
"	XIV.— El Bazar .....	111
"	XV.— Las gallinas de la Virgen .....	119
"	XVI.— La Señorita Julia .....	129
"	XVII.— Epifanía de lo Santo .....	135
"	XVIII.— El ocaso de una diosa .....	141
"	XIX.— La pandilla se echó a perder ....	153
"	XX.— Viaje en goleta .....	161
"	XXI.— Un tío providencial .....	177
"	XXII.— Una carta .....	187
"	XXIII.— La novia del Sol .....	193





